

LOS NATCHES.

LOS WATCHES

PARIS, IMPRENTA DE E. POCHARD,
Calle del Pot-de-Fer, n. 14.

LOS NATCHES

NOVELA AMERICANA

POR EL SEÑOR

VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND

REFUNDIDA

EN CASTELLANO AL GUSTO DE LA LITERATURA
ESPAÑOLA

POR DON MARIANO JOSÉ SICILIA.



Como Segundo.



PARIS

LIBRERIA AMERICANA,

CALLE DEL TEMPLE, N° 69.

—
1850

LOS NAVEGANTES

DE LA AMÉRICA

DEL SUR

VIAGRO DE CHATELAIN

DE

EL REYERRE ALGUNTO DE LA DISTRICCIÓN

ESTADAL

FOR DON MARIANO JOSÉ SILE

San Domingo

PARIS

LIBRERIA AMERICANA

CALLE DEL PRINCIPAL

1823

LOS NATCHES.

LIBRO SEXTO.

«Nosotros partimos, en fin, la mañana siguiente, prosiguió otra vez Cháctas después de un rato de silencio. Cuando el Espíritu del día hubo enganchado al sol en su trineo de llama, la familia de nuestro huésped nos llevó hasta la puerta de la cabaña móvil que debía trasladarnos al gran village de la Francia. Después de los abrazos á nuestros bienhechores que íbamos ya á dejar para siempre, los fogosos caballos partieron con nosotros á la señal del guía, y henos aquí encerrados volando entre las cuatro ruedas estrepitosas y centellantes, al modo de los Genios que hacen sonar el trueno en la nube y atropellan y precipitan delante de ellos el huracán.

Todo estaba previsto y dispuesto para hacernos sentir la grandeza y el agasajo del Poder que se ocupaba de nosotros. A donde quiera que llegábamos, recibíamos la hospitalidad en cabañas que por orden del Sol estaban preparadas con cierto lujo salvaje. Se procuraba prevenir nuestros gustos, se exploraban nuestros deseos, y en los mas de los pueblos se nos hacian obsequios y festejos. Nuestra poca experiencia nos inducia á pensar que aquellos hombres que veíamos, eran los esclavos del Sol; que los campos labrados que atravesábamos, eran tierras ganadas que cultivaban los vencidos para los vencedores; que estos dueños afortunados habitaban sin duda en el gran village y formaban la parte libre de la nacion, los guerreros independientes y los verdaderos Franceses. ; Cual fué nuestra sorpresa cuando llegamos y atravesamos vuestras calles y vuestras plazas! Donde quiera no veíamos sino esclavos mas afanados que en lo demas de la Francia, mayor bullicio de trabajo y de gente solícita, un servicio mucho mas grande, todo el mundo ocupado, turbas

que se suceden y se atraviesan sin descanso; movimiento y agitacion y embarazo por todas partes, cual se ve entre nosotros en un dia de conflicto al anuncio de una calamidad, ó al amago de una irrupcion.

« Nuestra choza rodante llegó con mil estorbos é interrupciones en su carrera á la puerta de nuestro amigo el Onontio Frontenac. Nos tenia allí preparada una tienda india en el centro de un gran parque, en donde descollaban algunos árboles del desierto. Cuando entramos en ella y vimos las paredes de caña, las esteras y las pieles de oso tendidas, el hogar encendido y las piedras ahumadas, y todo el ajuar de una casa salvaje colocado á nuestra manera, nos postramos por tierra, y besando con reverencia aquellas semejanzas sagradas de la patria, ofrecimos á nuestros Okkis (1) ausentes cuatro collares, y esparcimos las porcelanas (2) á los cuatro lados del mundo. El Onontio pareció allí rodeado de sus ami-

(1) Genios domésticos.

(2) Las cuentas ó granos de los collares.

gos , nos abrazó , y sentóse á fumar con nosotros el calumé del hospedage y de la amistad. Allí hablamos con él nuestra lengua , y formamos el simulacro de un consejo , y plantamos el nuevo árbol de la alianza. Un banquete de cazadores , y una danza salvage que imitaron con gran destreza vuestros juglares , coronaron aquella noche deliciosa. Los jardines brillaban , á manera de nuestras plazas , con las alegres teas de acacia y de pinabete que esparcían el olor de nuestras fiestas ; el tambor y el chickikue (1) estremecían de júbilo nuestros huesos , y una máquina hacía sonar á lo léjos las ventolinás del desierto y el caer de un torrente. El Onontio nos anunció al retirarse que al dia siguiente iríamos juntos á otro village , y encenderíamos el fuego del consejo con el Gefe de los gefes. Cuando quedamos solos y extendimos nuestros cansados miembros sobre el lecho querido del cazador , los sueños placenteros , que an-

(1) Especie de pífano que usan los Salvages del Norte de América.

duvieron ausentes de nosotros por tanto tiempo, vinieron á posarse de golpe al redor de nuestras sienes, y prolongaron hasta el día en nuestras almas resucitadas las visiones del país natal.

El sol alumbraba ya largo rato las tareas que su luz impone á los hombres, cuando vinieron á llamarnos para partir á la aldea de las fuentes (1). Los corceles briosos del Onontio nos hicieron llegar á la tienda de mármol del Gran Gefe en menos espacio de tiempo que emplea una nube desde lo alto de las Montañas Blancas hasta los prados de la izquierda del Meschacébe. Ofrecia aquel parage el aspecto de un gran campo de guerra; y la casa de vuestro príncipe parecia mas bien una fortaleza en poder de enemigos en donde se aguardaba algun ilustre cautivo. Al traves de una turba de guardias nos hicieron pasar cien umbrales hasta la estancia del mensage. Allí vimos al Sol sentado en medio de celages de púrpura y de oro á manera de un Genio

(1) Versailles.

que se muestra á los hombres entre los flancos de una nube resplandeciente. El Onontio nos presentó y le dijo: «Señor, vuestros
« vasallos canadeses...» Yo expliqué en el momento estas palabras tan extrañas á los demas diputados. Ellos me respondieron: «Eso es falso,» y tomaron asiento en el
« suelo con las piernas cruzadas. Yo levanté entonces la voz en frances, y hablé así á vuestro padre:

« Poderoso Sachem, á quien el Grande
« Espiritu ha hecho vecino del imperio de
« las Cinco Naciones: El Onontio acaba
« de pronunciar una palabra que algun Ge-
« nio enemigo de la paz le ha inspirado sin
« duda. Nosotros somos amigos tuyos y alia-
« dos antiguos que hemos peleado al igual
« de los tuyos contra los hombres rubios (1)
« en favor de la Nueva Francia; pero no
« somos, ni hemos sido, ni seremos jamas
« esclavos vuestros ni de nadie.»

« A estas palabras que salian ingenuamente de mis labios, se turbaron y dieron

(1) Los Ingleses.

muestras de agitacion, todos los circunstantes. Yo seguí mi discurso:

« Gefe de los gefes, tu nos has retenido
« en la huta de la esclavitud, sin habernos
« vencido, por la indigna traicion del Onon-
« tio Denonville que ha marchitado tu glo-
« ria. Si te hubieras tu presentado á en-
« tonar la cancion de paz entre nuestros
« ancianos, nosotros hubiéramos respetado
« en ti á los Manitús vengadores de la fe
« de los pueblos. Sin embargo, la gran-
« deza de nuestras almas te perdona la in-
« famia de tu esclavo. Tu has abierto los
« ojos; la luz de tu justicia no volverá á
« eclipsarse en las tierras del Occidente.
« El soberano Espíritu quita y da la razon
« segun quiere y en este dia te la ha vuelto
« y ha disipado la tempestad.

« Gran Sachem, yo te reverencio. Los
« guerreros que me acompañan te reveren-
« cian tambien. Mi voz corre á tu oido; es-
« cucha mis palabras y oye lo que nosotros
« pensamos en nombre de las cinco cabañas
« Iroquesas. Los Sonontuanos, los Goyo-
« quanas, los Onontagües, los Oneyutas y los

« Añeres, dicen que replantemos el árbol de
« la paz y enterremos el hacha cuyo mango
« está teñido de sangre. Nosotros cargaremos
« de dones la encina de la alianza, y ar-
« rancaremos la yerba de los caminos del co-
« mercio. Tú, dirás á tus siervos que nues-
« tros lagos y nuestras selvas son inviola-
« bles, que nosotros nacimos libres y no
« pendemos sino del Grande Espíritu que
« reparte el dominio de la tierra, y consa-
« gra el derecho de los pueblos. He dicho.»

« Al acabar estas palabras me acerqué á
presentar al Sol el calumé de la amistad;
mas sin duda algun Genio lo hirió de sú-
bito con su dardo invisible, porque la pa-
lidez extendió un velo blanco sobre su frente,
y su vista giró al contorno como una llama
agitada por el viento. Disolvióse el con-
sejo, y nosotros salimos con el Onontio
en medio de aquel concurso brillante; donde
hallamos no pocas muestras de complacen-
cia y aprobacion. Muchos de los guerreros,
con especialidad los mas jóvenes, me apre-
taban la mano al paso, y me dieron el pa-
rabien al oido.

«Nuestro huésped nos presentó luego á tres héroes que se acercaban á nosotros. Lleno de dias el primero de ellos, y brillando no obstante en todas sus facciones y movimientos el vigor de la vida; á su fiero talante, á la fuerza de su mirada y á la altiva magestad de su rostro, se le podria haber tenido por el viejo inmortal que maneja el rayo y se esconde en la luz del relámpago. Toda el alma guerrera, ingeniosa y creadora de la Francia resplandecia en el alma de aquel Sachem.

«Menos aventajado de presencia y figura el segundo, se mostraba no obstante entre las formas rudas y austeras de su rostro un espíritu superior, una virtud probada y maestra, un valor sin jactancia, y una cierta manera de grandeza y simplicidad, que rayando en la altura del primero, permitia ser mirada de cerca, y sin tener su brillo, arrojaba mas claridad.

«El tercer guerrero era jóven, y llevaba asentada en sus ojos la modestia, y la sabiduria gravada en su frente. Su fisonomia era dulcisima; su mirar, dete-

nido y observador ; su palabra , tranquila y grave.

« Guerrero de las selvas , me dijo el mas
« anciano , me sabrás tu decir en que cosa
« consiste la libertad de un pueblo ? »

« En no haber mas imperio , le respondi,
« ni precepto de hombre , que el que está
« estipulado por asenso comun , sin nin-
« guna coaccion , en los consejos de la Pa-
« tria. »

« ¿ Y qué entendeis vosotros por patria ? »
me preguntó el segundo.

« Nuestra tierra , nuestros hogares , nues-
« tras familias , nuestros templos , y nues-
« tras tumbas , » le respondi.

« Permitidme , bravo Iroques , dijo en-
« tonces el tercero , que yo os haga tambien
« una pregunta . ¿ Puede haber Patria sin
« libertad ? »

« Si en el lugar donde yo tengo mi asien-
« to , le contesté , hay alguno , ó algunos
« que me puedan privar de mi bien , de mi
« honor , ó de mi libertad á su antojo , vio-
« lentar mis afecciones legítimas , ó impo-
« nerme su voluntad á medida de su ar-

« bitrio , podrá allí haber un corral ó un
« establo de hombres , como los hay tam-
« bien de animales domésticos apegados á
« su pesebre ; ¿pero como podría encon-
« trarse en semejante estado una Patria!»

« ¡Grandemente! dijo el segundo: ved
« allí nuestro Monseñor (1) que se acerca ;
« no le estaria de más el hacer un año de
« estudios con Cháctas.» Llegó entonces á
ellos un Sachem jóven , de soberbia pre-
sencia , los saludó con una sonrisa aprestada
y les dijo: «He aquí los diputados de las
« Cinco Naciones que han estado hoy mui
« cerca de obtener una encomienda en la
« Bastilla.» Yo , ¡ignorante de mí! le di
gracias pensando que nos decia algun fa-
vor. Despues supe que la Bastilla era otra
huta de esclavitud , donde mandaba el Sol
encerrar los Sachems que se adelantaban á
hablar verdad.

« Cuando hubieron partido , « miralos bien ,

(1) Manera de indicar irónicamente al Minis-
tro Louvois que exigia el tratamiento de Monseñor
de los militares.

« me dijo el Onontio, á esos tres guerre-
« ros con quienes acabas de hablar, que
« la Francia podria oponer, bien segura,
« contra el mundo entero conjurado. El mas
« viejo es el gran Condé, el mejor capitan
« de la Europa y el primer hombre de nues-
« tro siglo. El que le va en edad y te
« preguntó que era patria, es el célebre
« Mariscal de Turena, que marcha ya con
« él, casi casi, sobre un mismo nivel de
« gloria; generosos rivales y amigos que
« poséen unas mismas virtudes con gustos
« y caracteres contrarios. El tercero es un
« nuevo genio que se forma en la escuela de
« estos dos grandes hombres, el modesto
« y amable Catinat, que será el heredero
« de su gloria. El que llegó despues, es el
« grande Sachem de la guerra, el temido
« Louvois, que no piensa en punto de li-
« bertad como los Iroqueses. La fuerza de
« su espíritu y el suceso feliz que han te-
« nido sus grandiosas y atrevidas empresas,
« le han ganado un poder inmenso cerca
« del Sol, con que oprime, á un mismo
« tiempo, á su patria y la cubre de glo-

«ria. Si hubiera consistido en él solo, no
«estarias tu á estas horas en libertad.»

El sincero y comunicable Frontenac tomó de aquí ocasion para explicarme el motivo de habernos dado el nombre de vasallos ante un príncipe poderoso, y un ministro soberbio, embriagados por la fortuna, que veian á sus pies la mitad del mundo, y median sus derechos por su poder. «Tu no
«sabes, me dijo, lo que has aventurado
«hoy tu suerte y la paz de las Cinco Na-
«ciones: tu discurso en la boca de un di-
«putado europeo hubiera producido un in-
«cendio. Felizmente, á lo que yo infiero
«despues de lo que ha dicho aqui Louvois,
«el nublado que tu verias en el rostro del
«Sol, ha pasado. Sin saber lo que hacias,
«has hecho bien en dar gracias á ese fiero
«Sachem.»

«A este tiempo sonó una puerta con estrépito, y arrebataron mis ojos dos hermosos guerreros que entraron en la sala, animados y bulliciosos como quien sale de un festin, no mui seguro el paso, perfumado el aliento con esencia de fuego de las is-

las (1), los ojos sin aliño ni falsedad, el candor y la ingenuidad derramados en sus miradas y en su grata sonrisa. A sus maneras nobles y atractivas, á yo no sé que aire, liberal, negligente y franco, y sin embargo altivo, superior y magestuoso que resaltaba en sus personas, á una especie de mezcla de popular y heróico que se veía en sus semblantes y en su gentil apostura, hubiera yo afirmado que eran dos hermanos gemelos, hijos de la Alegría y del Dios de la guerra. «¿Quien son esos dos jóvenes, « pregunté á nuestro huésped, que tienen « la soltura y la gallardía de los valientes « de las selvas? ¿Son quizás los guerreros « libres de tu país?»

El Onontio se sonrió y me dijo: «No « son esos guerreros mas libres que los otros, « pero hierve en ellos la sangre de un Rey « famoso por sus proezas y sus amores, de « quien descenden por una línea bastarda. « El que va á la derecha, es Luis de Ven- « doma: el que parece mas jóven, es su

(1) Licores espirituosos.

« hermano Felipe. Uno y otro se han en-
« sayado y han hecho ya sus pruebas en
« combates gloriosos.

« He allí otros dos valientes , continuó
« el Onontio , que se juntan con ellos. El
« primero, de mas edad , es el Duque de
« Luxemburgo , contrahecho un poco de la
« espalda , pero cuyo defecto no han visto
« nunca , ni verán en su vida los enemi-
« gos de la Francia. El segundo es Villars,
« que ha comenzado ya una carrera de gi-
« gante.»

« Estos cuatro guerreros se acercaron á
nosotros , y no esquivaron el hablar á un
Salvage. Los dos hermanos me pregunta-
ron si los banquetes eran largos y alegres
en las selvas , si eran bellas las Iroquesas,
si sabiamos amar los salvages , si eran no-
bles y generosos con las mugeres los hijos
del desierto. Yo procuré dar honor á mi
pais , y sin duda me fovoreció algun Es-
piritu , porque les contesté cosas buenas y
picantes. Complacidos de mis respuestas , se
incorporaron con nosotros , y vinieron á
acompañarnos á la visita del palacio del Sol.

«Nosotros recorrimos con ellos aquella gran montaña labrada, y anduvimos uno por uno aquellos largos tramos de columnas y de aberturas simétricas, y aquellas galerías prodigiosas, donde, al traves del yello (1), se veían otros cien palacios llenos de gente y se perdían los ojos sin poder encontrar el término; y aquellas grandes salas entalladas de plata y oro, y aquellas ricas lutas tapizadas de púrpura y pobladas de Genios (2); tantos en fin, tan varios, y tan costosos asilos que ha labrado allí la opulencia de vuestros príncipes, para alojar en ellos el tedio de la vida, y engañar la amargura y los desconsuelos del poder soberano.

«Los guerreros blancos quisieron saber lo que yo pensaba de tamaños prodigios.
«Huéspedes míos, les respondí; yo os diré
«la verdad, como los Manitús me la inspiran y la siente mi corazón. Nunca he echado yo menos tanto como echo menos en

(1) Los espejos.

(2) Estátuas, bustos, pinturas, etc.

« este dia la cabaña de mi padre Utalissi, y
« la estera de junco en donde yo escuchaba,
« de niño, sus palabras, recostado en el pe-
« cho de mi madre. Vosotros me pareceis
« miserables, y me inspirais compasion,
« cuando os veo tan ufanos de esta inútil y
« dispendiosa grandeza, que no os hace ni
« mas valientes ni mas sabios. ¿Es acaso que
« la mirais como el premio de la virtud,
« como el árbol de las ofrendas, donde viene
« á tomar reposo, debajo de los cielos ami-
« gos, en medio de su pueblo librado, el
« Sachem del desierto? ¿No han costado
« ningun dolor, ningun hambre, ningun
« suspiro, ningunas lágrimas, estos muros?
« ¿Han edificado los Dioses estos palacios
« con sus manos, ó han bajado los Genios
« de su órden para labrarlos y decir al hom-
« bre de bien: «Esta es tu recompensa, ten
« aquí tu morada, y comienza sobre la tierra
« el premio de la inmortalidad?» En verdad
« que se necesita una virtud magnífica para
« osar habitar aquí sin temor ni vergüenza;
« porque el vicio haria mal papel entre tanta
« grandeza, y temblaria á menudo, al es-

« trueno del rayo, debajo de estas bóvedas
« tan pesadas y estos techos tan altos. Como
« quiera que sea, nobles huéspedes míos,
« yo no creo que los Manitús pacíficos que
« hacen la dicha de la vida, se complazcan
« en estos sitios. ¿No sentís vosotros tam-
« bien, como yo lo siento, el espesor del
« aire que se respira en este lugar, esa es-
« pecie de yelo que embaraza aquí el movi-
« miento del corazón, esta nube impalpable
« de tristeza que desnatura el color de la
« luz? ¿No se experimenta aquí cierta an-
« gustia, cierta desconfianza, cierto género
« de temor ó aprehension de una cosa si-
« niestra, que oprime el alma y no le da
« licencia para gozar? ¿Cuanto mejor, y
« mas alegre, y mas ancha, y mas rica de
« placeres y libertad, es mi pobre choza de
« cañas y de ramage, fabricada en menos
« de un día! Si la derriba el viento esta
« noche, yo la levantaré mañana mas bella;
« mas si cae este edificio, ¿será tan fácil
« renovarlo? ¿Y quien sabe si mis colum-
« nas de encina echarán todavía nuevos ra-
« mos en la puerta de mi cabaña, cuando

« los pilares de mármol de este palacio no
« fueren sino un monton de escombros y de
« ruinas abandonadas ! »

« De esta suerte, René, un Salvage ig-
norante de la Nueva Francia departia y ra-
zonaba con los hombres mas grandes de tu
patria, en la corte de Luis XIV, en me-
dio de las pompas de Versalles. Los guer-
reros se sonreían entre sí con una cierta
risa de estima y aprobacion. Sin embargo,
uno de ellos, el que tenia mas edad, re-
plicó dulcemente y me dijo : « Cháctas, no
« nos es nueva esa filosofia del desierto,
« pues hay tambien algunos entre nosotros
« que la profesan y hacen ruido con ella.
« Pero guarda, no sea mas bien la preocu-
« pacion ó la envidia, que la razon ó el
« sentimiento, lo que dicta esa amargá cen-
« sura del poder y la gloria de los hombres
« civilizados. De la misma manera que vo-
« sotros haceis la critica de estas obras del
« arte, y de estas invenciones del genio,
« los osos y los búitres que son mas libres
« ó mas independientes que vosotros, os
« podrian censurar vuestras cabañas, y re-

« procharos la soberbia y el lujo de vues-
« tras chozas. ¿Y por que no iriais , á su
« egemplo , á encerraros en el hueco de un
« árbol , ó en la abertura de una peña?
« ¿Cual de los dos extremos te parece mas
« adoptable? ¿El bajar al nivel de las bes-
« tias feroces que perseguis en vuestras sel-
« vas , y os sirven de alimento y de di-
« version ; ó elevarse mas bien á la altura
« de los Seres inteligentes que gobiernan
« los cielos y la tierra, penetrar sus secretos,
« adivinar sus leyes , rivalizar con ellos en
« gloria , y ofrecerles en competencia del
« mundo fisico que ellos han producido, el
« mundo de las artes que nosotros hemos
« creado?

« No pienses tú por esto , prosiguió aquel
« Sachem , que me agraden á mi los pala-
« cios , por lo que es la ambicion ó el in-
« sulso placer de habitarlos. La mejor de
« estas casas , aunque estuviesen hechas de
« rubíes y diamantes cuadrados , tiene siem-
« pre la sombra y el ceño de una cárcel.
« Vamos al aire libre , donde veas otras ma-
« ravillas que simpatizen mas con tus ojos y

« que puedan costarte un suspiro.» Nosotros descendimos entonces á los jardines en medio de un inmenso bullicio y del ruido de armas y de tambores que atronaban aquellos pórticos.

« Cual fué el pasmo de mis sentidos y la sorpresa de mi espíritu en aquella morada de los Genios! ; Cual la conservo impresa en mi mente despues de tantos años! ? Qué podré yo decirte de aquella gran fachada del palacio del Sol, extendida á manera de una ciudad por enfrente de los desiertos! ¿Que, de aquellas carreras y avenidas magestuosas de árboles, y aquellas altas bóvedas verdeseuras bajo las cuales se camina á un sin fin de retiros y de boscajes encantados! ¿Que, de aquellos estanques cristalinos, y de aquellas anchas cascadas extendidas como una gasa de plata, y aquellos grandes juegos y laberintos de aguas saltando entre las estatuas y los cuadros de flores! ¿Que, de aquellos inmensos patios y graderias de jaspes, y aquel vasto salon magnífico de los Dioses, alfombrado de verde césped ; y de aquellos lagos lejanos, y aque-

llas riberas retiradas, y aquellas hondas selvas salvages, de un verdor religioso, semejante á la lobreguez de los bosques sagrados! Te aseguro, René, que mis ojos desfallecieron delante de aquel grande espectáculo y entre tanta gente escogida que lo animaba, vagando alli y contemplando las triples maravillas de la naturaleza, del poder y del arte. Yo comencé á entrever un gran pueblo donde pensé al principio que no habia sino esclavos, y por la primera vez de mi vida me sentí avergonzado de ser *Salvage*.

«Nuestros huéspedes nos hicieron seguirlos entre los bronces, los mármoles, las aguas y las dulces florestas. Cada una de las olas que salian de la tierra, parecia obedecer á la accion de un Genio. Los habia allí de mil formas y especies: los unos estaban armados de tridentes, los otros embocaban una concha marina, otros iban en carros, estotros vomitaban un torrente. Embebido mi espíritu entre tantas bellezas, una recia avenida de gente que se empujaba por ver al Sol que pasaba allí cerca

en medio de los vivas y los aplausos, me hizo perder mis guías y mis compañeros. Cuando me encontré solo, el instinto y la simpatía me llevaron lejos de allí á un bosquecillo donde habia algunas chozas desamparadas entremedias de erablos y magnolios cerca de un baño solitario. Allí me senté al pié de uno de aquellos troncos viageros, cuyos ramos enfermos y amarillos no tenían sino una sombra de vida en la tierra del destierro. La mas dulce de las tristezas del corazón, la de la patria ausente, se apoderó de mí en aquel sitio: un desvarío profundo, una tropa de pensamientos y de recuerdos sumergieron mi espíritu en el dolor de los años pasados, y en las nubes del porvenir.

«Allí me halló bien tarde la guardia que habia salido á buscarme en los bosques. El Onontio y mis compañeros me aguardaban con impaciencia: yo no pensaba en ellos y les sali al encuentro como un hombre que vuelve á pesar suyo de un sueño. La cabaña volante estaba ya largo rato á la puerta: la freseura, y la noche alumbrada por la Reina del cielo, nos convoyaron al gran village.

« La mañana siguiente, el Onontio me
tuvo este discurso: « Cháctas, hijo de Uta-
« lissi, tu me has dicho ya muchas veces
« que tenias ansias de conocer y de hablar
« á los hombres libres de mi nacion; yo
« quiero que se te cumpla este gusto. Un
« esclavo va á conducirte á las cabañas donde
« se juntan diferentes especies de Sachems.
« Ve y observa la sociedad todo el tiempo
« que nos queda de estar aquí, y haz pre-
« vencion de ciencia para el desierto. Nada
« instruye tanto á los hombres como el es-
« tudio de los pueblos: el que no ha sa-
« lido de su pais, no conoce la mitad de
« la vida. Quanto á tus compañeros, como
« ellos no poséen la lengua de la tierra de
« las carnes blancas, preferirán sin duda
« quedarse sobre la estera á fumar sus pi-
« pas, ó salir á correr los ciervos en los
« bosques vecinos.»

« Yo acepté con grande contento la pro-
posicion del Onontio, y salí con mi guia
como un águila que pide su pasto, porque
el hambre de aprender y saber devoraba mi
espíritu. Un trineo nos condujo en mui poco

tiempo á la puerta de una cabaña magnífica, semejante al palacio del Sol (1), donde habiendo subido, encontré reunida una asamblea venerable (2). Presentéme con gran respeto delante de aquellos graves ancianos, los cuales permanecieron inmóviles sin parar su atención en mí, ni estrañar mi presencia. Cuando yo ví este modo de recibir semejante á los usos de mi patria, me alegré grandemente, y dije entre mi mismo: «He aquí ya la nacion francesa y los hombres libres... ¡lo mismo!... idénticos, como nuestros Sachems!» Diles entonces gracias á los Genios, y tomando una pipa consagrada á la paz, me apresté á responder á las preguntas que yo aguardaba que irian á hacerme, tocante á las costumbres y á las leyes de los pueblos salvages. A este fin apliqué mi oído con cuidado, y ofrecí á Michabú un oso blanco, si me enviaba la prudencia que yo queria para lucir mi ingenio,

(1) El Louvre.

(2) La Academia de las ciencias.

y dejar bien puesto el honor de las carnes rojas.

« ¡ Por la Gran Liebre (1), René, que me quedé confundido al ver que no entendia ni una sola palabra de cuanto hablaron aquellos divinos Sachems. ! Yo eché la culpa de esto á algun Manitú enemigo de mi gloria, y pensé en retirarme no pudiendo sufrir mas tiempo mi vergüenza, cuando uno de los viejos, mirándome atentamente, dijo á sus compañeros : « El color rojo de este hombre denota una anomalia, una aberracion de la naturaleza, una diferencia esencial de nuestra especie, y de consiguiente hay tambien una diferencia en su espiritu. »— « Pero el color, dijo otro, cuando todas las demas formas son de hombre, no basta para mudar su esencia ; fuera de que, yo no creo que ese color sea nativo. Pregun- témosle alguna cosa y probemos á ver su ingenio. »— « Si se tratase solo de su color, replicó otro Sachem, suspenderia yo mi juicio ; mas ¿ no veis esa rara con- formacion de su cabeza ? Las ideas de este

(1) Divinidad soberana de los cazadores.

« hombre no se extienden, creedme, mas
« allá de las sensaciones, una poca memo-
« ria, y algunos juicios oscuros.»

« Pensando yo, en la simplicidad de mi
corazon, que los Sachems se divertian, me
eché á reir. « Vedle ahí, dijo entonces el
« último que habia hablado, si aun quereis
« mas señales de estolidez. Sin estar á otra
« cosa mas que á la forma de su cabeza y
« á sus largas orejas, no tendria ya reparo
« en decir que los Canadeses son una es-
« pecie media entre el hombre y el mono.»
De aquí se originó en la asamblea un vio-
lento debate, donde los mas de los sufra-
gios colocaron al pobre Cháctas en la cate-
goria de las bestias. « Mas no obstante,
« véamos, dijo el que presidia aquel con-
« sejo; no juzguemos con prevencion, y en-
« sayemos alguna prueba.» Levantóse el
Sachem, y acercándose á mi, no sin algun
recelo de que yo le embistiese, y tomando
las precauciones que creyó necesarias, me
dijo: « Amigo mio, ¿de todo lo que has visto
« en este pais, que es lo que te parece mejor?»

« Yo estaba todavía avergonzado, y la

desconfianza que sentia de mí mismo me ofuscaba como una nube. Sin embargo como yo habia entendido alguna cosa de estos últimos discursos, y la pregunta, á mi ver, era fácil, me animé á responder, y le dije:

« Respetable Sachem, se ve bien en tu edad
« y en tu rostro, que los Genios te han
« concedido una gran sabiduria. Por lo que
« hace á mí, tu lo ves, yo podria ser uno
« de tus hijos. Cuando yo dejé las riberas
« del Meschacébe, los magnolios habian flo-
« recido diez y siete veces, y la nieve ha
« caido otros diez años despues que lloro la
« choza de mi madre. Yo no tengo expe-
« riencia todavía para juzgar los pueblos;
« mucho menos el vuestro, que he comen-
« zado apenas á visitar. Sin embargo, á
« pesar de mi ignorancia, en lo poco que
« he visto, si he de decir verdad, lo que
« mejor me ha parecido, ¡excelente, bravo,
« bien ordenado! son vuestras lutas de co-
« mercio donde se expone la carne de las
« víctimas (1).»

(1) Las tiendas de carniceros y salchicheros. Los Salvages traídos á Paris en tiempo de Luis XIV, no

«No hube acabado de decirlo, cuando una risa general, que no acababa, se apoderó de la asamblea y hizo saltar de sus asientos á los Sachems. Mi conductor me invitó á salir, y pidió perdon al consejo en favor de la estupidez de un pobre Salvage. Al momento de retirarnos, comprendí que el Sachem mas viejo daba orden de notar aquel dia en los collares de sus juntas como el mejor de la luna en que nos hallábamos.

«En seguida pasamos á la asamblea de otro género de Sachems que en vuestro pais hacen satisfacer los agravios, y terminan las discordias. Yo iba triste, pensando en mi primer aventura, y corrido de no tener mas talento. Llegados á una isla, en el centro del gran village, atravesamos algunas hutas oscuras y solitarias, y entramos en el lugar del consejo. Los Sachems revestidos de ropas rojas y negras, escuchaban sentados y tranquilos á un orador, que se

hallaron ninguna cosa mas digna de admiracion que la abundancia, la limpieza y el orden de las tablas de carnicería.

agitaba vivamente, y llenaba la sala con el sonido de su voz penetrante. « He aquí, « dije yo interiormente, los verdaderos « Sachems: los otros, ahora lo veo yo « bien, no eran sino mágicos y juglares.»

« Coloquéme pues lo mejor que pude en el cerco de los espectadores, y al que estaba mas inmediato le dije: « Noble habitante, « ¿me sabrás tú decir, de que injusticia se « queja ese orador con tan grande vehe- « mencia? ¿Está hablando en favor, ó en « contra de la guerra?»

« El extranjero, mirándome con una triste sonrisa, me respondió: « ¡Buena « guerra por cierto! La guerra, sí, contra « ese miserable que está ahí en medio donde « le ha puesto el furor de un partido que « lo empuja á la muerte y á la infamia.» « ¿Pero qué delito ha cometido?» le pregunté. — « ¡Delito! ¡ Ah! si fuese verdad lo « que le acumulan, las leyes lo condenan; « pero no hay pruebas, y á falta de testi- « gos, le han hecho confesarse culpado, es- « trechándolo con apremios y con espau- « tosos tormentos.» — « ¿Es quizá que le han

« cogido en la guerra? repúse; porque en
« mis desiertos es licito atormentar sin pie-
« dad al enemigo.» — «Nó, Salvage que-
« rido, me contestó: lo han sacado del lecho
« de su esposa y del seno de sus hijos que
« gimen en la miseria y en el llanto des-
« pues de un año de esta horrible perse-
« cucion...» Mas iba á decir aquel hombre
amigo de la virtud; pero llegó allí cerca un
Alues (1) que parecia observarle, y sus pa-
labras se helaron de repente como el ro-
cío de la tarde cuando la estrella fria en-
camina sobre la tierra su aliento.

« Yo comencé entonces á comprender al
orador, el cual pedia la muerte del infeliz
prisionero. « ¡ La muerte nó! se oyó allí, de
« una voz lastimosa de muger; sus enemi-
« gos tienen bastante con sus bienes y su
« destierro. No hagais huérfanos estos seis
« desgraciados que reclaman siquiera la som-
« bra de su padre inocente.» Un murmullo
general del concurso asombró tal vez á los
Sachems, pues mandaron salir todo el pue-

(1) Guardas, Gendarmes, etc.

blo. Hubiera yo querido acercarme y proponer la adopción de aquel extranjero desgraciado; mas el guía y los Alues que guardaban la sala, no me dieron lugar de hablar. El corazón saltándome de dolor, dejé aquellos umbrales tristísimos, y le rogué al esclavo que me volviese con los míos á la estera de la paz y de la ignorancia.

«Yendo ya de camino para la casa de mi huésped, vimos mucha gente apiñada en las puertas del gran palacio del Dios de Atala (1); varios trozos de guerreros en armas ceñidos de bandas fúnebres, ocupaban los dos costados y el frente de la plaza: un gran número de cabañas volantes con los caballos y los esclavos enlutados, conducían sin cesar personajes ilustres: las músicas militares y los cimbalos religiosos no se cansaban de anunciar el dolor. Mi conductor me dijo que era aquella una fiesta de la muerte. Yo quise entrar, y por dicha, un guerrero que entendió mi deseo, pudo abrirme camino, y logró introducirme á una logia secreta del templo.

(1) La Catedral.

« ¡Qué magníficas son, René, vuestras aras! ¡Qué elevacion, que pompa, que magestad, la de vuestros ritos cristianos! Era el medio del dia, y la noche reinaba no obstante entre aquellos muros colgados de estofas negras, y esclarecidos tristemente de millares de antorchas amarillas. En el centro del santuario se levantaba el simulacro de una tumba, semejante á una selva encendida. El altar y los Genios protectores de la patria, estaban cubiertos de un velo; los sacerdotes decian himnos y quemaban resinas olorosas, mientras una turba brillante de guerreros, de Sachems y matronas oraban en silencio, á lo largo de la cabaña santa.

« Al cabo de algun tiempo cesó la dolorosa plegaria, y apareció en lo alto de una galería suspendida en los aires, un hombre venerable, con la vista inclinada y las manos cruzadas sobre el pecho, recogido en su pensamiento, inmóvil, como una sombra que habria salido de un sepulcro para hablar á los vivos y revelarles los misterios del tiempo. De repente se abren sus ojos,

y se extienden sus brazos, y su voz, intérprete de la muerte, llena las bóvedas del templo, como la voz del Grande Espíritu. A aquel hombre lo entendia yo perfectamente: me parecia que hablaba la lengua de mi pais; mi corazon se ardia con el fuego de sus palabras; yo estuve transportado mas de una hora: la verdad suena y mueve de un mismo modo en todas las lenguas del mundo.

¡Como habria yo querido tener otro orador semejante que hablase un dia de esta suerte sobre mi tumba, y alegrase mi espíritu en la region de las almas! « ¡Oh! « ¡como será grato, me decia yo, sentir « pasos junto á la puerta del sepulcro, y « escuchar en la oscuridad el recuerdo y la « voz doliente de sus amigos!» Y volando « mi pensamiento á la fosa de Atala: «¿Quién « consuela tu soledad, exclamé, tierna víctima del amor y de la virtud, sola, desamparada para jamas, junto á la orilla « del torrente, en donde no se oye sino el « murmullo de los vientos, y el sonido del « agua que se derrama!»

«Yo no pude salir de la cabaña de la oracion sin invocar allí á vuestro Dios mucho tiempo, y renovar largamente mis promesas cristianas. Cuando llegué á mi posada, aun estaba exaltado mi espiritu, sin que acertase á hablar de otra cosa que del discurso de aquel ministro de la súplica. «Tu has tenido la suerte, me dijo el Onontio, de oir al gran Bossuet. La religion y «la naturaleza, de acuerdo, le han dado el «supremo poder de la palabra. Si se hicieran visibles los Dioses y hablaran á los «hombres, hablarian como él.»

«La mañana siguiente, apenas la fresca Aurora se asomó á los cielos con el hijo á la espalda envuelto en sus paños de púrpura, nos despertó el estrépito del cañon y de las clarinadas que poblaban los aires como un dia de batalla. Nuestro primer encuentro al dejar los lechos, fué un presente soberbio, que nos entraban los esclavos de Frontenac, de grandes mantos de castor, de mocasines bordados, de jubones de hilo de oro, camisolas de encages, briales, brazaletes, collares, penachos y armas salva-

ges. Nosotros nos creimos que el enemigo estaba á las puertas de la ciudad, que se hacían los aprestos para el combate, y que se contaba, como era justo, con nosotros. Al momento entonamos nuestra cancion de guerra, y adornando con plumas rojas nuestras pipas, fuimos á buscar al Onontio y á ofrecerle nuestros brazos. Recibiéronos este riyendo y nos dijo: «Perdonadme un instante de sorpresa y error que han podido causaros esas salvas marciales: á propósito yo no quise ayér advertiros, por ver hoy como lo estoi viendo, á mis bravos amigos y aliados de las Cinco Naciones, no menos valerosos y leales que en el desierto, en la tierra de sus hermanos de Europa. Yo acepto vuestros brios contra los enemigos de la Francia en el Canadá: de esta parte de acá, no hay ninguno que se atreva ya á levantar el hacha contra nosotros. Ese estruendo guerrero es la señal del regocijo: nuestro Principe da este dia una gran fiesta á su corte en obsequio de los valientes que le han acompañado en sus triunfos: nuestra paz está hecha con

« todas las naciones , y firmada sobre el
« escudo en el campo de gloria.»

« Frontenac nos dijo despues que el Sol
habia mandado colmarnos de presentes , y
hacernos concurrir en gran gala á las fiestas
en el balcon contiguo al de la embajada de
los Siameses , distinguiendo y honrando de
un mismo modo á los Diputados de sus dos
pueblos amigos de Occidente y Oriente
venidos de la otra parte de los mares. De
esta suerte el orgullo de vuestro Rey ha-
lagaba la vanidad de unos pobres Salvages
que acababan de salir del oprobio y de la
miseria de una cadena de forzados ! En ver-
dad , no podian despintarse las miras de
estas demostraciones exageradas ; sin em-
bargo , yo te diré con vergüenza que senti
ablandarse aquel dia la fiereza indomable
de mi espíritu , y que me hallé tocado de
aquella especie de encanto que ofrece la ser-
vidumbre magnífica. ¡ De que penden las
opiniones, la virtud , el carácter de los hom-
bres !

« En fin nosotros partimos á la cabaña de
las fiestas , y aumentamos la turba y el apa-

rato de aquella corte soberbia. Cuanto habia de mas rico, de mas brillante, de mas ilustre en la Francia, se encontraba reunido aquella tarde. A la grandeza, al lujo, á la pompa que desplegaba cada individuo, se podria haber pensado que se juntaba allí algun pueblo de reyes: al orgullo de sus semblantes y á sus formas gloriosas, parecian ser los dueños del mundo. El ruido de las cajas, las músicas marciales, y el estruendo de las descargas que estremecian los bosques cercanos, anunciaron la llegada del Príncipe. Cien guerreros vestidos al uso de los antiguos héroes, abrieron el camino al augusto jayán, que volaba, resplandeciente de pedreria, oprimiendo los lomos de una yegua pisadora, mas blanca que un rayo de la luna, mas ligera que el dardo de un cazador. Cuando ocupó su estrado y saludó á su corte, las ventanas y los tablados parecian una selva florida de magnolios y de copáibas que agitaban sus ramas y mecian sus penachos blancos, bajo las frescas brisas, á la entrada del jóven Dios de la primavera.

« Los clarines sonaron , los palenques se abren : cien parejas de héroes se avanzan en sus fieros corceles , y convoyan el carro de la victoria , que conduce á la Paz sentada á su derecha repartiendo los dones de la tierra y los ricos productos de las artes. Un Salvage no tiene voces para explicar los juegos y el brillante manejo de caballos y armas que ocupó lo demas de la tarde , á la usanza , decia el Onontio , de los viejos torneos de vuestros padres. Tal parecen de noche bajo la estrella inmóvil los combates aéreos que figuran los Genios (1); tal se cruzan las armas , y resplandecen en los cielos las lanzas y los dardos ; tal se agitan entre los vientos los escuadrones luminosos , y se ven ondear los penachos y las crestas de fuego ; tal se muestran los gallardetes , y las coronas , y las palmas lucientes que parecen coger al paso y llevarse en triunfo los Espiritus vencedores por medio de las bóvedas inflamadas.

« La noche puso fin á estos juegos visto-

(1) Auroras boreales.

sos de hombres , para empezar los juegos de los Dioses , y ostentar al abrigo de las sombras los encantos y los prestigios de las artes celestes. Los bosques parecian alumbrados á competencia de los cielos ; veianse en ellos por todas partes estrellas de colores , sin cuento , repartidas entre las gasas y verdes mallas del espeso follage de los árboles : á la orilla de los estanques , sobre la superficie móvil de las aguas , dentro de las cascadas , y al traves de los caños y surtidores de las fuentes , ardian grupos y haces de luces , que tan pronto imitaban las peregrinas formas y el matiz delicado de las flores , tan pronto parecian anegarse y correr mezcladas con las ondas , tan pronto se elevaban y formaban pirámides y coronas diáfanas de azucena y de púrpura. De esta parte se abrian pavellones de rosas y de jazmines brillando de una luz encantada cuyo origen no podia hallarse ; mas allá convidaba al misterio una gruta de tinieblas resplandecientes , llena adentro de simas y de profundidades luminosas : hácia alli deramaba la claridad del dia una lámpara sola

que el Genio de la Gloria sostiene en la cima de una montaña; á otro lado brilla en los aires un hermoso lucero de artificio, que representa la estrella de la Francia, por delante del cual se agrupan y se deshacen alternativamente nubes tempestuosas, formando maravillosas figuras y soberbios celages. Aquí hay un laberinto de columnas y arcadas transparentes coronadas de grandes piras de llamas rojas y azules; allí sale, y descuella entre los laureles como un ascua de oro, una cúpula solitaria; mas allá se cree ver una ciudad iluminada: mas lejos todavía se perciben montes y campamentos y llanuras interminables alumbradas por las hogueras.

« En esta grata calma de ilusiones sublimes que ofrecia aquel jardin de los sueños, he allí una luz lejana que aparece de súbito de la parte de Oriente, que se acerca, que va creciendo, que desciende precipitada, y al caer en la superficie de un lago oscuro, se retiemblan los cielos y la tierra, se iluminan cien faros en las orillas, y aparece una isla sombreada de laureles, con

las mesas apercebidas para el festin , llenas y derramadas como las mesas de los guerre-ros dichosos que preside Areskui en los bos-ques afortunados del Oeste (1). Una flota ligera de piraguas , gobernadas por Genios, con los remos pintados , con los bancos de púrpura, con las popas ornadas de Maniús de oro , cubren las ondas , y se acercan á las riberas , y reciben para el banquete á las Diosas del Louvre. La flor de los guer-ros las acompañan ; vuestro Príncipe se pasea en medio de ellas delante de las me-
sas ; y un favor , una risa suya , una sola mirada afable que repartan sus ojos , trans-
porta de contento y hace perder el seso á aquellas fieras hijas del orgullo y de la au-
licion.

« Acabado el banquete, resplandece en los

(1) Las tradiciones religiosas de los Salvages del Norte , ponen su paraíso en una region descono-
cida, mui retirada hácia el Oeste , donde el Dios
de la guerra sienta con él á la mesa á los cazado-
res y á los guerreros que han triunfado de sus ene-
migos y han sido felices en todas sus empresas.

aires un golpe de luz vivísima semejante á un relámpago, y las grutas vecinas al lago se transforman en pabellones y en galerías magníficas, donde echados dos puentes levadizos, pasan los convidados y se junta toda la corte. Otra nueva explosión de luz anuncia nuevos prodigios; desaparece la isla, y se muestra un pórtico suntuoso y un salón profundísimo alumbrado de adentro y resplandeciente como el cielo de Mediodía en una dulce tarde de Otoño.

«Un fragor armonioso de instrumentos llena el vasto recinto de este soberbio anfiteatro y arrebatada los ánimos; se hace un alto silencio, y comienzan los coros, las comparsas y los juegos divinos de una tropa radiante de inmortales. Los ojos, los oídos, están suspensos; los espíritus, arrobados de placer y delicias, cuando llega un heraldo, habla al Gefe algunas palabras secretas, su semblante se turba, se oyen voces desentonadas y lamentos profundos á la espalda de los jardines, se interrumpen los cantos, y el terror se apodera de la asamblea.
«Príncipe, ten piedad de tus súbditos,»

se entendió entre otros gritos confusos; mas las voces pasaron como una ráfaga que atraviesa las selvas y se pierde en la anchura de los páramos. Poco á poco se serenaron todos los rostros, y la miseria agena fué olvidada entre aquellas gentes felices!

«Preguntéle al Onontio la causa de aquel suceso tan raro. Al principio rehusó el hablar; un momento despues me dijo estas solas palabras: «Son unos desterrados: la
« malicia ó la negligencia de la tropa que
« los escolta, ha comprometido esta noche
« la corte, y ha enturbiado el placer de
« las fiestas.»—«¿Pero son delincuentes? le
« repliqué; yo los tendria mas bien por des-
« graciados: el dolor de los inocentes tiene
« un acento que no engaña.»—«Desgracia-
« dos, si, respondió Frontenac, porque si-
« guen un rito religioso diferente del nues-
« tro, que es el único verdadero. Millares
« de Franceses sufren en este instante la
« misma suerte por todo el reino.» (1).

«¡He aqui pues, exclamé, que es la voz

(1) Revocacion del edicto de Nantes.

« de millares de desgraciados la que acabo
« de oír en esta pompa francesa ! ; O naci6n
« incomprensible ! Con una mano haces li-
« baciones al Manitú de la alegría , y con
« la otra destierras tus propios hijos , y los
« condenas al mayor de los males , ; á aban-
« donar sus Genios domésticos ! »

« ¡ Cháctas ! ; Cháctas ! clamó el Onontio,
« interrumpiéndome vivamente ; no se pue-
« de hablar aqui de esto ! » Yo callé ; pero
lo demas de los juegos me pareció empon-
zoñado. Espiando el momento de volvernos ,
cerré mis ojos y tapié mis oídos : ; me pe-
saba una losa en el corazon ! Cuando volví á
mi estera , « ¡ Feliz , dije al ceder al sueño ,
« quien tiene un arco , una piel de oso , una
« esposa y un amigo ! »

LIBRO SÉPTIMO.

Los viajeros habian llegado á la confluencia del rio de los Yasues , donde era necesario sacar á tierra las piraguas , y esperar hasta el dia para tomar el rumbo á la parte de los Ouyapas , y ganar otra vez la corriente pacífica del Meschacébe. Cuando saltaron á la orilla , « he aqui el lugar , dijo « Cháctas á René , donde llegó Atahansia « desterrada del cielo , y tomó su primer « asilo entre los hombres. Este sitio es sagrado para todas las tribus del desierto , « de cualquiera raza que sean. Sobre esta « tierra entredicha no es licito tan siquiera « tocar á la rama de un árbol , ni coger un « puño de yerba : el cazador que desplecase « su arco ó lanzase su dardo en estos cotos,

« seria maldito; un guerrero que persiguiese
« aquí á su enemigo rendido, no tendria mas
« entrada en ningun techo salvage. Al via-
« jante tan solo se le permite el paso por
« estas sendas á la espalda del promontorio:
« mas adentro, no hay memoria de hombre
« que haya osado explorar los retiros de esa
« Diosa terrible. Los árboles se caen de ve-
« jez en lo interior de esos yermos, y el
« heno de los prados forma vallas impene-
« trables en medio de esos riscos altísimos
« erizados de maleza y espinas. Los jugla-
« res conservan mil tradiciones, y nos cuen-
« tan historias espantosas de estos lugares
« guardados por los Genios. Yo mismo que
« te hablo, y aprendi á ser incrédulo entre
« vosotros, siento no sé que grima delante
« de este cielo enojado, donde el dia es mas
« horrible que la noche, y se ve reinar el
« terror y el silencio de la naturaleza en-
« lutada.»

Mientras Gháctas decia estas cosas, el Sa-chem Aganasko, asistido de Otugamiz, sacó de su piragua dos haces de laurel y de mirto, les puso fuego, y entonó la cancion dolo-

rosa del destierro. Todos los demas Indios alternaban cantando y hacian ruido con las manos al rededor de la hoguera. Durante el sacrificio se vió brillar siete veces el relámpago, se oscureció la luna, y se oyeron bramidos y voces desconocidas. Los salvages se dieron prisa á trepar el promontorio; Otugamiz y René sacaron en sus hombros á Cháctas: nadie durmió aquella noche ni reposó un instante: los primeros rayos del sol alumbraron ya las piraguas en el bello canal de los Ouyapas.

Lo demas del viage hasta los Ilineses fué dichoso. Cháctas, á manera del rui señor que embelesa las siestas y las noches de primavera, acabó de contar á René los recuerdos de su vida.

«La mañana del dia siguiente á las fiestas, continuó el hijo venerable de Utalissi, la ocupé con mis compañeros en los bosques cercanos al gran village: á la noche me hizo montar Frontenac en su trineo, y llegamos al pórtico de una larga cabaña, inundado de un gran concurso de pueblo. Nosotros penetramos por una puerta secreta y

subimos á una pequeña huta tapizada de púrpura, cuya puerta nos abrió una esclava. ¡Que impresion admirable recibieron allí mis ojos! Cuatro órdenes de cabañas semejantes á la nuestra, se levantaban en redor de un espacioso circo, coronado de una gran cúpula, adornado por todas partes de maravillosas labores y vistosas pinturas. De en medio de la bóveda descolgaban tres círculos de luceros encerrados en canales de nieve (1), y llenaban de claridad el salon anchuroso con una luz suave, tal como luce el sol cuando pasa al traves del espeso follage de un bosque de flores. Todas las hutas estaban llenas de guerreros, de matronas y de virgenes; los héroes, con su gran cabellera empolvada y sus ricos vestidos de oro, las mugeres brillantes con sus altos plumages, y sus collares de perlas y de piedras preciosas, y sus largas ropas talaras de brocado. Por bajo de nosotros, en lo hondo de un abismo, se veia un diluvio de gente apretada, los mas de pie derecho,

(1) Las arañas de cristal.

ondeando como las aguas del gran lago. Un murmullo festivo de sociedad y de contento resonaba en la muchedumbre: no se veía ningún rostro triste, no parecían esclavos ni pensativos como en las fiestas de la víspera; no aguardaban para reír la señal del dueño: el alegría y la vida se deramaban como la luz dentro de aquel recinto, y brillaban en los semblantes, como brilla el rocío en las blandas corolas de las flores abiertas para el festin de la mañana.

«Mientras yo contemplaba estas cosas que para mí eran tan nuevas, y el Onontio y otros Sachems que acudieron á nuestra huta, estudiaban sobre mi rostro las sensaciones de un Salvage; los hijos de la harmonía estremecieron la cabaña con sus arcos y sus trompetas, y comenzó el silencio. Despues, á poco rato, sonó un silbido como el de las cotorras de nuestros bosques, y he allí un velo que se levanta y se pliega y desaparece en los aires, cual si el Genio del dia, desplegando sus alas entre las sombras de la noche, descorriese los toldos de

los cielos, y mostrase el asiento y las fiestas de los Dioses.

« Un soberbio palacio de cien columnas aparece alli dentro, cesa la música, y un profundo silencio reina de extremo á extremo de la sala. Dos guerreros, el uno jóven, y el otro ya cargado de años se adelantán sobre los pórticos. René, yo no soi mas que un hombre tosco de las selvas; mis oidos groseros no pueden percibir toda la melodia de una lengua hablada por el pueblo mas culto de la tierra; pero á pesar de mi rudeza nativa, ¡cual fué la conmocion de mi alma, cuando aquellos dos héroes desataron sus labios en medio de la cabaña muda! Yo juzgué que era aquella el habla del cielo: habia allí alguna cosa muy parecida á los acentos sublimes de la música, y sin embargo no era un canto, sino otro género de armonía que presentaba un medio entre la palabra y el canto. Yo habia oido la voz de las vírgenes de la soledad en el silencio de las noches: mas de una vez habia yo puesto mi oido á las brisas de la luna cuando despiertan en los

bosques á los Genios de la armonia ; pero todos estos sonidos me parecieron menos, comparados con el poder, la magestad, la fuerza de aquel alto lenguaje de las pasiones, de aquel habla medida y acompasada del corazon.

« Mi arretrato se fué aumentando por grados ; el interes de aquella historia que estaba viendo como una realidad , crecia cada momento y tocaba en las cuerdas mas sensibles del alma. ¡ Ay Atala ! ¡ que cuadro de la pasion , fuente de nuestros infortunios ! Vencido por mis recuerdos , por la verdad de las pinturas (1), por la poesia de los acentos , se agolparon las lágrimas á mis ojos como un torrente. Mi dolor fué tan grande que turbé la cabaña entera y aumenté con mis gritos el pasmo y el terror de aquella grande catástrofe.

« Cuando el lienzo volvió á extenderse y ocultó á nuestros ojos el espectáculo doloroso , la habitante mas jóven de una huta vecina á la nuestra (2) me dijo : « Querido

(1) Fedra.

(2) Ninon de Lenclos.

« Huron , tu tienes el alma sensible , y sin
« duda conoces el amor : yo quisiera tenerte
« á cenar esta noche en mi cabaña con tu
« padre Frontenac.» El Onontio me advir-
tió que aceptase y me dijo en mi lengua
que aquella graciosa muger era una ilustre
Ikuessen (1), en cuya casa se reunia la me-
jor sociedad de la Francia. Prevenido de
esta suerte , le respondí : « Hija de los pla-
« ceres , tus labios son muy amables , y no
« permiten rehusarse á tus favores. Sola-
« mente , tu me pasarás mi simplicidad ,
« porque soi del pais de las selvas y de
« los lagos.»

« Otra vez volvió á alzarse el velo. El
segundo espectáculo fué todo consagrado al
placer y á los chistes , y aunque hallé mu-
chas cosas que admirar , no comprendí la
fábula tan á fondo como en el otro , ni acer-
taba yo algunas veces á concebir los mo-
tivos que hacian reir de tan buena gana
á los Blancos. Las pasiones que vosotros
llamáis trágicas son comunes á todos los

(1) Cortesana.

pueblos , y las puede entender un Náche como un Frances: los llantos son por todas partes los mismos, mas las risas se diferencian segun los tiempos y los lugares, y varian con las opiniones y las costumbres que dividen la tierra.

«Acabados los juegos, envolvióse en su manto la bella Ikuessen, y cogiéndome un brazo y apoyándose en él con donoso desgaire, bajamos juntos entre dos largas filas de expectadores. Ningun Indio se acorta jamas ni se tiene en menos que otro delante del mundo entero: yo pasé firme en medio de aquella valla de curiosos con mi cabeza bien erguida, y sentí que aplaudian el ingenuo orgullo y la franca soltura de mis maneras y de mi continente salvage.

«En la puerta subimos á un trineo iluminado, en medio de las armas protectoras, de las hachas flamígeras y las turbas de esclavos que hacian resonar los pórticos con los nombres pomposos de sus dueños. Y he aquí una cosa bien estraña, que aquellos siervos, colocados en lo mas alto de las cabañas móviles, insultaban impunemente

à los hombres libres que iban á pie , y agitando sus fuertes látigos en los aires , y gritando como señores en un campo de triunfo , se abrian paso con el terror , y egercian un dominio que entre nosotros no osarian arrogarse los Reyes del Meschacébe.

« Mas veloces que el rayo nos condujeron los fogosos caballos hasta el Marais (1), y parando delante de un gran vestibulo de mármol , descendimos á un patio poblado de naranjos y limoneros en medio de una arcada magnífica. Desde alli penetramos á otras cabañas , á cual mas ricas y vistosas con los techos de ébano cuartelados en paisages de oro , con los muros de jaspes y de cristales , con los suelos de cedro , adornados de pabellones de brocado finisimo y de muelles y anchurosos estrados de púrpura. Por delante de los espejos brillaban , entre las Horas (2) y las flores , mil Amorcillos que sostenian las luces surtidas de los tesoros

(1) Cuartel de Paris donde estaba la casa de Ninon de Lenclos.

(2) Los relojes de sobremesa.

de las hijas de las encinas y las rocas (1). Una tropa de amigos y adoradores aguardaban allí á la Diosa de la alegría.

« Mi primer diligencia fué encomendarme al amor hospitalero, Manitú de aquella cabaña ; y sin duda me oyó , pues me encontré aquella noche tan á mi salvo y tan dueño de mi mismo , cual hubiera podido estarlo en el Nátche entre los amigos de mi infancia. « He aquí donde se muestra , y podrás « conocerlo , me dijo Frontenac , el verdadero carácter de los Franceses , como ellos « son , dulces , urbanos , francos , condescendientes , galanteadores , vivos , un poco « vanidosos , otro poco inconstantes ; pero « buenos amigos en la ocasion , y con el « extranjero los patrones mas generosos « y los mejores huéspedes de la tierra. Los « que has visto hasta ahora te han parecido « esclavos , y lo son en efecto hasta cierto « punto , pero son los esclavos de la gloria. « Las cadenas aparejadas por el honor no « las sienten los Franceses : tu verás sin

(1) La cera.

« embargo en ellos un pueblo , que si no es
« libre , ha nacido para serlo , y que se pre-
« para á la libertad.»

« Yo queria ya ensayar mi ingenio y mez-
clarle en los dulces corrillos de los Sachems
que llenaban la sala , cuando ví en un rin-
con un hombre solo , sentado (1), que no
miraba á nadie , recogido en sí mismo , y
los ojos suspensos , cual los tiene el Salvage
pensando en la cima de una montaña ó á la
orilla de un lago. Una especie de instinto
me llevó á él , y le dije : « Cazador , yo te
« deseo un cielo azul , abundancia de cor-
« zos y de búfalos , y una capa de castor.
« ¿ De que desierto vienes tú ? porque á
« mí no me cabe duda que tu vienes tam-
« bien de alguna selva.»

« El Sachem me miró como un hombre
dormido que despierta , y me respondió :
« Sí , yo vengo de una selva.» Despues
tomó otro tono , y á manera de los jugla-
res , cuando habla algun Genio por su boca ,

(1) La Fontaine.

con los ojos clavados en mi rostro, decia de una manera muy dulce :

- « No los techos dorados ,
 « Ni la cama de pluma ,
 « Me darán blando sueño ,
 « Si con necios cuidados
 « Mi corazon abruma
 « De la fiera ambicion el loco empeño.
 « Vale mas mi cabaña ,
 « Y mi lecho rehenchido
 « De retama olorosa ,
 « Donde escapo á la saña
 « Del mar embravecido
 « Que se agita en la corte procelosa.»

« Cuando acabó, le dije: « Ya lo habia
 « yo acertado ; tu exterior es simple, pero
 « tu eres un excelente Sachem. ¿Y que im-
 « portan las apariencias? ¿Hay alguna cosa
 « menos brillante en el mundo que el cas-
 « tor, elruiseñor y la abeja?»

« Acercóse entonces á mi otro Sachem (1),
 y mirándonos á los dos con un ojo burlesco

(1) La Bruyère.

y penetrante: «Apostaría yo, nos dijo, que
 « nuestros dos Salvages se han enamorado
 « el uno del otro. Vente conmigo, buen Hu-
 « ron, y te mostraré esta sala brillante.»—
 « ¿Y dejaremos solo, le repliqué, á este
 « hijo de los bosques?» — « ¿No ves que no
 « nos oye, me contextó, y que tiene ahora
 « puesta la oreja á las brisas de los Ge-
 « nios? (1). »

« Mi nuevo conductor me alargó su bra-
 zo, y pasando adelante, vi llegar un Fran-
 ces de bellissima figura en medio de otros

(1) El exterior de La Fontaine era muy desali-
 ñado y su carácter tan sencillo como los héroes de
 sus fábulas. Hablaba poco, y ocupado habitualmente
 de sus pensamientos poéticos, padecía frecuentes
 distracciones que le hacian no conocer algunas ve-
 ces las personas mas íntimas de su trato. Se cuenta
 de él que estaba un dia en un salon frente de un
 espejo, y que viendo en él su figura, se levantó
 y les dijo á sus amigos: «Yo conozco á ese forastero
 que está ahí enfrente y le voi á hablar.» Cuando
 hubo andado algunos pasos, reconoció su error, y
 se volvió diciendo: «Mi peluca nueva me ha enga-
 ñado!»

dos que le acompañaban con grandes muestras de aprecio. Dirigióse á él mi guia, y apretándole la mano, exclamó: «¡Oh querido Racine, ¡que gran obra maestra acabais de dar á la Francia! ¿Que tiene ya que envidiar nuestra patria á la patria de Eurípides en el arte sublime de Melpomene! ¿Habeis visto esta noche el rebato que habeis causado en el alma de nuestro Huron? A fe mia, que su testimonio vale mas que las criticas del Duque de Nevers y de madama Deshoulieres (1).»

«Yo os confieso, le contextó aquel hermoso Sachem, que esta noche ha sido una de las mejores de mi vida: el guerrero iroques me ha ayudado á triunfar de la envidia.»—«Sin embargo, repuso el uno de aquellos dos amigos con quien venia, yo no hubiera querido que Racine cediese tanto al gusto de su siglo. Yo quitaria de

(1) Alusion á la cábala que formaban en favor del poetastro Pradon, y en contra de Racine, varios literatos de aquel tiempo, y algunas personas distinguidas de la corte.

« su tragedia el personaje de Aricia , mas
 « que perdiese la escena que ha hecho llo-
 « rar al Salvage.» — « He aqui pues tus in-
 « consecuencias , mi buen Moliere , replicó
 « el otro amigo : tú que has hecho tu *Mi-*
 « *santropo* , no has tenido despues reparo
 « e n ajar hasta el saco de Escapin por ha-
 « cer reir al pueblo.» — « Pero , señor Boi-
 « leau , dijo entonces el primero , nuestro
 « amigo no tiene que mantener como yo
 « con el dinero del pueblo una tropa de ac-
 « tores. ¿ Quien obliga á Racine á dar gusto
 « á los petimetres de Paris? (1).»

Los tres amigos se apartaron disputando.
 « ¡ Son estos pues , dije yo á mi guia , esos
 « hombres amados del cielo , cuyos cantos
 « vengo de oir ! A lo que yo entiendo no
 « son del todo dichosos esos Sachems. ¿ Cual

(1) El grande Arnand, excelente juez en litera-
 tura no menos que en teología , no encontró otra
 cosa que reprender en la tragedia de Fedra sino el
 amor de Hipólito. « ¿ Y qué hubieran dicho los pe-
 « timetres de Paris , respondió Racine , si mi Hi-
 « pólito hubiera sido enemigo de todas las muge-
 « res? »

« es entre vosotros la suerte de esos gran-
 « des intérpretes de la inteligencia y del
 « sentimiento? » — « Mientras viven, me res-
 « pondió, su particion mas cierta es la en-
 « vidia y el odio de sus contemporáneos:
 « luego que dejan de existir, los hijos de
 « sus perseguidores les levantan aras y es-
 « tatuas sobre el polvo de sus sepulcros. »

« La bondad y la complacencia que me
 mostraba mi ilustre guia, me animaban á
 hacerle mil preguntas. « Siéntate aquí con-
 « migo, me dijo: yo quiero satisfacer tus
 « deseos, y que te formes una idea de este
 « siglo y de mi patria.

« Observa primero ese grupo de amigos
 « que estan ahí muellemente recostados so-
 « bre esa media cama de plumazo (1). Aun-
 « que los mas de ellos son viejos, se diria
 « que sus deseos y sus gustos son inmorta-
 « les. Todas las horas de la vida las han
 « consagrado al deleite. Con las sienes or-
 « nadas de yedra, coronados de flores, pasan

(1) Los amigos de la sociedad llamada del Ma-
 rais, Chapelle, Chaulieu, La Fare, etc.

« los días enteros sentados en banquetes,
« los collares divinos de los Genios de la
« poesía y la música en una mano, y las
« risueñas copas coloreando en la otra, las
« espaldas vueltas al mundo, sin tomar
« cuentas al tiempo. Y no pienses por esto
« que son hombres afeminados sin ningun
« valor. El guerrero mas fuerte que haya
« en el mundo, está menos desapegado que
« ellos de la vida: cualquiera de esos hi-
« jos voluptuosos de los placeres que ves
« ahí, la sabria romper con las mismas risas
« y la misma indolencia con que rompen
« los vasos frágiles que han servido en los
« festines.

« ¿Que me dirás tu ahora de esa especie
« de hermitaño, continuó mi Sachem, que
« ves allí hacer la corte á la Ikuessen! Ese
« hombre singular es el rey Casimiro V,
« que primero fué jesuita, como los padres
« de ropa negra que van á predicaros al
« Canadá; en seguida fué príncipe entre
« los sacerdotes que se visten de púrpura y
« disputan el paso á los reyes; luego ha
« sido rey de Polonia, ha mandado eger-

« citos , y ha ceñido mas de una vez su ca-
« beza con el laurel de la victoria : última-
« mente se cansó de reinar , abdicó su co-
« rona , se ha hecho abad , y está aqui ,
« como tu lo ves , convertido en un simple
« juglar. Todavía , si es verdad lo que se
« dice , viejo como es , acaba de desposarse
« en secreto con una lavandera , viuda de
« un mariscal (1). Mas allá al otro lado ve-
« rás un hombre magníficamente vestido
« con un bonete de púrpura en la mano : ese
« es tambien un rey que ha venido de la
« ciudad de Mármol para ofrecer su pueblo
« á los pies del Sol de los Franceses (2). Mira
« allí todavía otro hombre que ha sido sobe-
« rano en el pais de los Rubios , que os son
« bien conocidos. Su padre Olivier Cromwel
« le dejó la corona teñida en sangre , que
« arrebató de la cabeza de su rey. Pero el
« hijo , mas sabio que su padre , ha prefe-
« rido el reposo y la oscuridad á la agita-

(1) Claudina Mignot , hija de una lavandera ,
y viuda del Mariscal de l'hôpital du Hallier.

(2) El Dux de Génova.

« cion de una vida ruidosa y brillante. Mas
« abajo, á la izquierda , estan los mensage-
« ros de las puertas del Alba á quienes viste
« ayer en las fiestas (1). Mas felices que tú,
« han encontrado aqui algunos sabios que
« les hablen la lengua de su patria. Aque-
« llos hombres blancos que departen con
« ellos , son viageros ilustres que han cor-
« rido la tierra (2). Los unos han recogido
« yerbas , flores y árboles peregrinos; los
« otros han excavado en el polvo de los si-
« glos , y nos han traído un tesoro de por-
« celanas y collares (3) que envolvía la
« noche del tiempo. Estos hombres que ves
« reunidos en el derrame de esa ventana,
« son sabios extrangeros , que la munificen-
« cia de nuestro Rey ha salido á buscar
« hasta en las mismas tierras de sus ene-
« migos para colmarlos de presentes. Las

(1) Los Embajadores de Siam.

(2) Tournefort , Boucher , Gerbillon , Char-
din , etc.

(3) Medallas , mármoles , manuseritos , inscrip-
ciones , etc.

« cartas que tienen en sus manos, y que
« leen con tanto interés, son las correspon-
« dencias de otros Sachems que forman en
« la Europa una insigne república cuyo cen-
« tro es Paris. Por medio de esas cartas
« se comunican sus nuevos descubrimientos
« en las ciencias: uno de ellos acaba de en-
« contrar el verdadero sistema de la natu-
« raleza (1), y otro le envia en respuesta
« sus cálculos de la cantidad infinita (2). No
« léjos de esos extranjeros puedes notar
« aquel hombre vestido de negro que dis-
« curre tranquilamente con otros dos Sa-
« chems, el ilustre legislador de las colonias
« inglesas vecinas vuestras, Juan Locke.
« Albion es su patria. Su salud quebrantada
« le ha traído á la Francia, donde acaba
« de publicar un libro sobre el espíritu hu-
« mano que inundará de luz las escuelas de
« los filósofos, y pondrá fin á un gran nú-
« mero de disputas vanas de los juglares (3).

(1) Neúton.

(2) Leibniz.

(3) Los escolásticos.

« Por último mira allí aquellos cuatro hom-
« bres apoyados sobre una mesa de alabas-
« tro: esos son los cuatro grandes artistas
« que han creado las maravillas de Ver-
« salles : El primero que está enfrente, ha
« levantado las columnas, el segundo ha
« diseñado los jardines, el tercero ha escul-
« pido las estatuas, y el cuarto ha pintado
« los cuadros (1).

« He aquí pues Cháctas , siguió diciendo
« mi noble intérprete , una pequeña mues-
« tra de la buena sociedad francesa , cuyos
« elementos se extienden, cuyo espíritu va
« cundiendo y promete á la Francia un por-
« venir delicioso. Repara bien en ese tono
« sincero de urbanidad, de agasajo, de es-
« timacion, y de indulgencia recíproca, que
« reina en esta compañía, harto bien dife-
« rente del que viste ayer en la corte. Pero le
« quedan aun muchas conquistas que hacer
« á la virtud cultivada por la razon para ga-
« nar ciertas clases que influyen mucho en
« la suerte de los pueblos. Nuestro estado

(1) Mansard , Le Nôtre , Coustou , y Le Brun.

« social se parece ahora á la entrada de
« una primavera precoz, que se muestra lle-
« na de flores, pero tímida todavía y mal
« segura de los vientos y de las nieves del
« invierno. Quien no ve nuestra corte y
« nuestros negocios por dentro, no ha visto
« nada del mundo. Se diría que el caos y
« la luz, el bien y el mal, la razón y la
« locura están á las garras, y que no pu-
« diendo vencer ninguna de estas partes be-
« ligerantes, han transigido entre sí por el
« pronto, para obtener cada cual un turno
« de imperio. La justicia alternando con la
« fuerza, la verdad con la mentira, la pic-
« dad con el fanatismo, la virtud con la
« truhanería; la razón premiada á un mis-
« mo tiempo y proscripta, las artes promo-
« vidas á toda costa con una mano, y lan-
« zadas fuera del reino, sin piedad, con la
« otra; todos los elementos de la prosperi-
« dad de un gran pueblo desenvueltos en
« medio de todos los abusos y todos los ca-
« prichos del gobierno absoluto: monumen-
« tos soberbios é imperecibles, alzados á las
« letras, á las ciencias, al genio, al valor

« y á toda suerte de méritos y servicios glo-
« riosos ; el comercio y la industria fundados
« en medio de las guerras y las discordias,
« caminos y canales abiertos en todas direc-
« ciones , la marina sacada de la nada , y
« doscientas naves de guerra cubriendo to-
« dos los mares , colonias nuevas estable-
« cidas , los lindes de la Francia ensancha-
« dos , la Europa casi entera postrada delante
« de nuestras armas ; tal es este siglo admi-
« rable de mi patria que no tiene compañero
« en la historia , que prepara la dicha de
« nuestros nietos , que influirá sobre el mun-
« do entero para su bien , que algun dia
« contarán nuestros venideros como el prin-
« cipio de una era nueva de perfeccion para
« el linage humano , que se acerca ya y la
« presienten entre nosotros todos los cora-
« zones leales.»

« Mas iba á decir mi elocuente instructor,
cuando entró en la sala un Sachem de ro-
pas negras , la cabeza empolvada , la cabe-
llera corta y redonda , los ojos vivos , las
mejillas de rosa , y la muelle sonrisa asentada
en su boca entreabierta guarnecida de per-

las albisimas (1). Llevaba con él un muchacho agraciado, de un mirar penetrante, libre y horro como los hijos de los salvages, bullicioso y ligero como los Genios de la mañana que levantan los velos de la Aurora. El Sachem eclesiástico lo llevó á la Ikuessen y le dijo: « Ved aquí ya á mi ahijado, el
 « pequeño Arouet (2), de quien os habia
 « hablado tantas veces: hace un año que
 « aspira al honor que tiene esta noche de
 « venir á rendiros su homenaje. Al presente
 « ya lo merece, porque ha comenzado á ser
 « hombre, y se viene á hacer jesuita (3).»—
 « Perdon, respondió el rapazuelo; ¿no es
 « verdad, mi buena mamá, que yo no
 « tengo cara de jesuita? »—« Cháctas, Chá-
 « ctas, dijo entonces nuestra bella hechicera,
 « yo he oido contar que los salvages leen
 « los destinos de los hombres en sus rostros:

(1) El abate de Chateauneuf, padrino de Voltaire.

(2) Francisco Maria Arouet de Voltaire.

(3) Alusion á la entrada de Voltaire en el colegio de Luis el Grande, donde estudió humanidades con los célebres jesuitas Porée y Le Jay.

« ¿de que tiene la cara este niño? » Mientras tanto, me miraba el muchacho y bajaba los ojos alternativamente con una risa maliciosa y burlona. Cuando lo hube bien contemplado, respondí á la Ikuessen: « Este
« niño tiene faiciones de águila, de raposo,
« y de mico. Mas ¡por Michabù! yo me
« pienso que será un gran Sachem. » Todos los circunstantes aprobaron mi respuesta y encontraron exactas las semejanzas. La expresiva Francesa le hizo muchas caricias, y ofreció á su padrino dos mil granos de porcelanas como un don de amistad para que le comprasen collares (1).

« Mientras tanto anunciaron los esclavos el banquete. Las mesas estaban cubiertas de flores, de frutas y de pájaros. El vino, la alegría, los propósitos y los finos raagos de ingenio, no menos vivos y picantes que los de los Hurones, sazonzaban aquel festin. La donosa Ikuessen daba cuerda á los convidados; sus ideas y sus chistes cambiaban

(1) Don de dos mil francos que Ninon de Lenelos hizo en favor de Voltaire para que le comprasen una pequeña biblioteca de libros escogidos.

como las brisas de primavera en las cumbres del Nácthe. Las primeras conversaciones rodaron sobre el amor, la belleza, la libertad y los cortos dias de la vida « Si yo hubiera asistido, decia ella, al consejo de los Dioses cuando arreglaron la reforma de las mugeres, les hubiera pedido una vida aun mas corta. » — « ¿Y cual es la reforma de las mugeres? » le preguntó un Sachem. — « Que lo adivine Cháctas, le respondió, y le prometo una buena rueda de sandia de Virginia. » Por fortuna rei Manitú me asistia aquella noche: yo la habia comprendido, y con un tono apasionado le sali al instante al encuentro y le dije: « Musgo blanco de las encinas donde los héroes reposan su cabeza, ¿ que tienes tu que temer la reforma? La palabra de tu enigma es la vejez; pero tú serás como el árbol de los amores que conserva su verdura y su fragancia el invierno. » Una salva de aplausos acogió mi respuesta. — « Cháctas entiende mejor á las mugeres que á los juglares de la gran huta (1), dijo en-

(1) La Academia.

« tonces la hermosa encantadora. Bello Hu-
 « ron, la respuesta que tu les diste, y que ex-
 « citó su risa tan sin piedad, yo la encuentro
 « admirable; he aquí otra mui parecida:
 « ¿que es lo que tu has hallado de mas
 « sensato entre nosotros? » — « Hija de la
 « alegría, respondi sin detenerme á pen-
 « sarlo, los presidarios y las mugeres como
 « tú, son las gentes de mejor juicio que
 « he visto yo en tu nacion.» Esta rara sa-
 lida hizo reir de corazon aquella mesa ga-
 lante, y la copa de la libertad fué apurada
 en honor de Cháetas.

« La conversacion se animaba entre los
 brindis y se hacia cada vez mas brillante:
 de las cosas mas frívolas se elevaban los con-
 vidados á los pensamientos mas altos, y en
 medio de las risas se pronunciaban las sen-
 tencias mas graves. Un Sachem discurrió
 finalmente sobre los bienes y los males de
 cada época de la vida, que encontraba, de-
 cia, de tal modo balanceados, que ninguna
 valia la pena de preferirse. Yo me declaré
 por la infancia. « ¿Tan mal te va con tu ju-
 « ventud? » replicó la Ikuessen. — « Yo no

« he gustado en ella sino dolores, le respondi;
« la mocedad es el reinado de las tormen-
« tas. » — « Joven Huron, me dijo un Sa-
« chem que opinaba por la vejez, aun te
« falta por probar otra época. Las pasiones
« engendran tempestades, pero al cabo de
« cierto tiempo se serenán los cielos, y se
« vuelve á ganar la paz de los primeros años,
« mucho mas grata. La naturaleza, que
« sabe bien lo que es la vida, nos ha dado
« dos infancias, la una para que entremos
« sin temor en el mundo, la otra, para que
« lo dejemos sin pena: cuando experimen-
« tes la última, no echarás menos la pri-
« mera. » El Sachem era viejo, y la edad
añadia testimonio á sus palabras. Sin em-
bargo me animé á responder, y le dije: « Yo
« no soi todavía sino un guerrero novel de
« las selvas, que se debe poner el dedo en
« los labios cuando hablan los ancianos;
« pero repetiré las palabras de mi padre
« Utalíssi, que me dijo una tarde sentado
« al paso de las aguas, cuando tenia siete
« veces diez nieves:

« Las aves, tan parleras y tan alegres al

« primer crepúsculo de la aurora, no can-
« tan al crepúsculo de la tarde: el que sale
« de una fiesta no tiene la alegría del que
« entra: el río que desemboca en los mares
« ó se pierde en la arena, no es la onda
« limpia y bulliciosa que triscaba en los
« prados y salía murmurando por debajo de
« la colina. La inocencia y la razon, son dos
« árboles plantados en las extremidades de
« la vida: á sus pies se coge igualmente el
« reposo; pero el árbol de la inocencia está
« cargado de perfumes, de botones de flo-
« res y de jóven verdura: al contrario el de
« la razon, es una encina vieja, cuyas ramas
« estan ya muertas, despojada de su som-
« brage por el rayo y los vientos del cielo.»

« Todos los convidados me aclamaron por
un perfecto Sachem. Terminado el ban-
quete, se repartieron á su placer en las
mesas de juego, en el salon de música y
en sabrosos y dulces corrillos. La compañía
de Amigos sin pena del Marais, descendie-
ron á los jardines á prolongar la alegría
debajo de los árboles, y arrastraron de mí
para hacer, me dijeron, un leetisternio á

los Manitús de las vendimias. Uno de ellos tomó una cítara, y pulsando ligeramente las suaves cuerdas entonó la cancion del Sedito. Mientras tanto bullian los vinos espumando en las altas copas, y se dió la señal juntándolas, y sonó el coro entero de aquellos bravos hijos de las viñas, y mui pronto perdimos la cuenta de los tragos. El tumulto festivo fué creciendo mui parecido á nuestros regocijos salvages; estos cantan, aquellos danzan, otros hablan la lengua de los Genios (1), otros oyen y rien, echados á lo largo en los bancos de césped, escanciando sin medida los vasos. Y yo tambien, René, derramado como un truhan entre aquellos cofrades de la alegria, no hacia menos mi parte de libertino, bebia, fumaba, aplaudia, y mezclándome á todas las locuras, aparentaba no temer á los Dioses.

«El contento y la agitacion de nuestras almas beodas habia llegado á su colmo y los cansados cuerpos comenzaban á pedir el

(1) El verso.

reposo. La seriedad mas grave se sucedió de repente á las risas, los Manitús del gozo se fueron yo no sé adónde, y con sus alas pesadas descendieron sobre nosotros los Genios de los sepulcros. Tal se ve en una hermosa noche de luna, cuando cantan los ruiseñores, y parecen los campos embelesados y borrachos de amor. Los zagales y las zagalas retozan en los ejidos, forman bandadas y arman combates en que se arrojan coronas de magnolias, y se disparan dardos de mimbres forrados de cardenales y mayaplas (1). Pero una leve sombra aparece sobre la frente de la reina del cielo; una mano invisible va extendiendo el oscuro velo, los juegos paran, las tinieblas cubren la tierra, y en los cielos no se ve mas que una mancha sangrienta, semejante al farol de la piragua que zozobra á lo léjos en las

(1) Se llaman así las flores de una especie de manzano salvaje que en la Virginia llaman *Mayapple*, de un perfume exquisito. Las cardenales son mas conocidas en nuestros jardines con el nombre de *Escurripas* ó *Cardenales de Tencin*.

aguas del lago. No son de otra manera nuestros placeres, René; la saciedad de los sentidos apaga la llama de la vida, y rodea de tinieblas la existencia. El mas vivo, el mas animoso de aquellos deleitantes que era rey del festin, se sentó en medio de nosotros, se quitó la corona de pámpanos y de rosas que ceñia su cabeza, y llamando la atención con la mano, comenzó á perorar, y de un tono doliente, con la voz quebrantada y la lengua borrosa, nos habló de este modo:

« Compañeros y amigos: bien sabian lo
« que se dijeron los antiguos, cuando afir-
« maron que la dicha mas grande entre
« todas las dichas posibles es no nacer; y
« que la segunda, si se ha nacido, es el
« morir pronto. ¿Para cuando aguardamos á
« deshacernos de esta vida prestada y mi-
« serable que ninguno de nosotros es dueño
« de retener á su grado? Hasta ahora, gra-
« cias, amigos míos, á nuestra buena suerte
« y á nuestro espíritu, ningun Dios ene-
« migo ha turbado nuestro hospedage. Es-
« perais por acaso á que llegue el aprenio

« y os obligue el dolor á dejar la posada á
« pesar vuestro? ¿No se acerca ya la vejez
« armada de sus terribles hoces para yer-
« mar el campo que nosotros hemos plan-
« tado de flores? ¿No vale mas salir de la
« fiesta en paz, bien á bien, sin querella,
« por nuestros propios pasos, que aguardar
« á que nos despidan con afrenta y nos sa-
« quen en peso? Cada dia de felicidad que
« se logra sobre nuestro triste planeta, debe
« contarse por una vida entera: nosotros
« hemos vivido ya bastante. Al presente
« que aun somos vencedores y los caminos
« son nuestros, evacuemos la plaza, y sal-
« vemos nuestra gloria, antes que el ene-
« migo ponga el asedio y nos oprima: yo
« me siento á esta hora con fuerzas para
« partir, y vosotros no sois menos bravos.
« ¿Por ventura no veis blanquear á ese lado
« las aguas del Sena, y brindarnos afables y
« silenciosas una noche pacífica? ¿Qué podria
« deteneros para emprender esta honrosa
« jornada? Yo os propongo arrojarnos en
« compañía entre los brazos de ese rio pro-
« tector de los valientes á quienes ni el

« halago de la vida corrompe , ni el espec-
« tro pálido de la muerte les pone espanto.
« He dicho.»

« ¡Apoyado! ¡apoyado! » clamaron todos á derecha y á izquierda , y tomando la voz, cada cual á su turno , hicieron largos discursos , y aprobaron unánimes el glorioso proyecto. Yo tambien á mi vez les dije:
« Huéspedes míos , la accion que vosotros
« os proponeis esta noche , es bien digna
« de unos guerreros que conocen y que
« desprecian las ilusiones de la vida ; sola-
« mente yo noto que le dais una impor-
« tancia mas grande de lo que vale. Como
« de estas cosas se ve todos los dias en el
« desierto. El fastidio de vivir pesa aun
« mas que las desgracias , porque deseca la
« esperanza. Cuando estamos nosotros can-
« sados de la luz , nos juntamos los ami-
« gos, lo mismo que habeis hecho vosotros,
« celebramos nuestro banquete , y en se-
« guida nos aliviarnos con nuestras mazas ó
« nuestros dardos. Hace tiempo que á mi
« me espera una paloma que se voló de en-
« tre mis brazos en las selvas, y me siento

« esta noche nacer las alas para partir y
« alcanzarla en las regiones del Oeste. Hués-
« pedes míos, no nos tardemos; las resolu-
« ciones generosas pierden su mérito en
« discutirse y se desvanecen cuando nos
« detenemos á pensarlas.» Yo me tercié mi
manto, me calé mi penacho, y cebando de
nuevo mi pipa, y ofreciendo la primer bo-
canada á los Genios conductores de las al-
mas, di los tres gritos de despedida y en-
toné mi cancion de muerte. No era aquello
una chanza ni un pasatiempo: asidos de
los brazos unos con otros, partimos de la
mejor buena fe del mundo, resueltos á tirar-
nos al agua atados, y á acabar de una vez
la carrera incierta de la enojosa vida de la
tierra. Discurriamos despiertos como unos
hombres dormidos y embelesados con las
imágenes de algun sueño vivísimo. Un de-
lirio gozoso nos llevaba á la muerte como
á un lecho de bodas.

« Por fortuna, mis gritos y mis cantos
alborotaron la casa, y llegó el ruido á los
salones. Al dejar el jardín, la Ikuessen y
el Ouontio nos salieron al paso, y encon-

traron no poco de que reir y tenernos lástima. Nosotros les revelamos nuestro intento invitándoles á seguirnos y partir nuestra gloria. La Ikuessen tomó entonces la palabra y nos dijo: « No seríais vosotros mis amigos, si vuestras almas grandes no se sintiesen capaces de una hazaña que sobrepuja cuanto reza la historia de los filósofos más célebres y de los más respetables Sachems. Hace días que pensaba yo también dar al mundo ese mismo ejemplo con tan noble desinterés como vosotros, y por cierto no me aguardaba á encontrar tan pronto la ocasión favorable que hoy me brinda vuestro heroísmo. Yo me quiero pues asociar á esa brillante fechoría que immortalizará vuestros nombres y el mio; pero yo amo la gloria otro tanto como desprecio la vida; yo no apruebo que nos abogemos de noche á oscuras, sin aplauso, sin espectáculo, como suelen abogarse los miserables. Nosotros vamos á renunciar á la vida dejando un mundo de placeres que nos rodea y nos corteja á que quierres boca: este ejemplo asombroso de liber-

« tad y fortaleza debe darse á la vista de
« todo un pueblo congregado que nos ad-
« mire y nos tenga envidia. Para mañana,
« caballeros, al medio dia, en el puente
« de la Tournelle.» — « Convenidos... bien
« dicho... conformes... para mañana... en
« público... viva Ninon de Lenclos!» tales
fueron los gritos de mis nuevos compa-
ñeros de armas. El autor del proyecto nos
dijo entonces: «Pues si es así, y aun te-
« nemos esta noche mas de vida, volvamos
« y apuremos el vino que nos queda.» Yo
no sé lo demás que pasó aquella noche. El
Onontio me hizo subir á su trineo con bas-
tante trabajo. La mañana siguiente me hallé
en mi cama vestido como la víspera, con mi
capa manchada, con mi plumage ajado, con
el corazón pesaroso, corrido de vergüenza,
y temiendo ver entrar á mi huésped que
habia sido testigo de la ignominia y de la
desdicha de mi razon.

«Un esclavo me trajo otro manto nuevo
y un hermoso penacho. Poco despues pa-
reció Frontenac, como un hombre que no
habria visto nada ni sabia cosa alguna. Yo

tambien por mi parte saqué fuerzas de flaqueza y disimulé mi embarazo. « Padre mio
« Onontio , le dije , he aqui ya algunos dias
« que llevamos de regocijos y aun me queda
« por cumplir un deber sagrado que me im-
« pone la gratitud. Yo traigo la encomienda
« de una visita que me encargó en Mar-
« sella el Gefe de la oracion para el Maestro
« de vuestros principes (1). » « A ese ilustre
« Sachem, me dijo, le debes principalmente
« tu libertad; yo quiero que le hables y
« que le oigas y que no atraveses en vano
« la Francia.» El Onontio aplaudió mis deseos , me contó los oficios que aquel digno ministro de vuestras aras habia interpuesto por la legacion iroquesa, y mandó poner la carroza y que me condujesen sus esclavos. Yo preferí el ir á pié porque hacia hermoso tiempo y deseaba ver la ciudad. Frontenac mandó entonces á un guerrero que me guiase.

« Despues de haber atravesado muchos caminos estrechos y tortuosos sali á un gran

(1) Los Duques de Borgoña , de Anjou y de Berri.

puente, en donde saludé la figura llena de paz de un rey montado en su caballo, que aun parecia conversar dulcemente con su pueblo (1). Desde allí, subiendo á la derecha del rio de las aguas blancas, llegué á la plaza de la sangre (2) donde habia un gran concurso de gentes, y una turba de guerreros armados. Preguntéle á mi guia, y me dijo que se iba á colgar una víctima de la máquina que estaba levantada en medio de la plaza. El Genio de la muerte en figura de hombre (3) estaba allí ocupado en poner unas cuerdas, y aparejaba el funesto instrumento de destruccion.

«Yo pensé que era aquello la egecucion de muerte que se iria á hacer de algun prisionero de guerra, y me senté para oirle cantar, y para alentarle á sufrir los tormentos como un Indio. Mi guia me pareció conmovido, y le dije: «Ese prisionero

(1) El Puente Nuevo, y la estatua de Enrique IV.

(2) La Plaza de la Grève.

(3) El verdugo.

« es algun valiente que ha sido cogido pe-
« leando con firmeza? porque si fuese al-
« gun cobarde que huia cuando el homicida
« Areskui le habria llegado á alcanzar, tú
« no le tendrías compasion.»

« El guerrero me respondió: « El que va
« á cesar de vivir no es soldado, ni pri-
« sionero de guerra, sino un gefe de la
« oracion (1), que desterrado de la Francia
« por opiniones religiosas, no ha podido
« suportar la ausencia de su patria. Ven-
« cido por el amor de la tierra natal que
« subyuga á todos los hombres, se volvió
« disfrazado: de dia se estaba escondido en
« los subterráneos, y de noche vagaba en
« los huertos de su familia á la luz de los
« astros, harto fatales, que presidieron su
« nacimiento. Algunos miserables que no
« tienen corazon, lo acecharon en sus pa-
« seos mientras que respiraba en secreto el
« aire de sus lares domésticos, y estos bár-
« baros, estimando hacer á Dios un obse-
« quio, lo han denunciado. La ley le con-

(1) Un ministro protestante.

« dena á muerte por haber quebrantado su
« destierro.»

« El guerrero acabó de hablar , cuando vi adelantarse en medio de las armas á un anciano venerable , que llegando debajo de los pilares de la sangre , se quitó su manto , se arrodilló , y adoró al Grande Espiritu. Levantóse despues , y poniendo su pié con firmeza sobre el primer barrote de la escala , y subiendo de escalon en escalon con un aire tranquilo , parecia caminar al cielo. Sus cabellos blancos ondeaban sobre su cuello arrugado y ennegrecido por los años : se veia su pecho desnudo que respiraba sin sobresalto bajo su túnica entreabierta. Cuando estuvo en lo alto , derramó su postrer mirada sobre la Francia , y la muerte lo lió por la cima como una garba cortada por la cuchilla del guadañil.

« La turbacion de mis sentidos , y el inmenso bullicio que me atajaba los pasos no dejaron que me apartase del horrible espectáculo. « ; Que me lleven á mis desiertos ,
« clamé ; que me restituyan á mis selvas ;
« que yo no viva mas entre hombres que

« sacrifican á la gloria de Dios la inocencia.»
Con las lágrimas en los ojos y mis miembros convulsos , me di prisa á salir de aquel lugar donde aguardaba por instantes ver caer el rayo. Sin tener mas cuenta con mi guia , me entré por las primeras calles que encontré menos ocupadas , calles tristes , inmundas , con los edificios ruinosos , donde todos sus habitantes andaban en las puertas cubiertos de arambeles y de todo género de desdichas , los rostros macilentos , y la fisonomía degradada. Aquella muchedumbre de infelices parecia sin embargo contenta , y conversaban unos con otros sin ninguna amargura. La agitacion que habia sufrido mi espíritu , me habia dado una sed devorante; yo me entré en una de aquellas hutas á pedir algun refrigerio á mi ardor. Habia en ella cuatro niños llorando , y su pobre madre , marchita como una adelfa en los sequerales del desierto , ofrecia sus pezones secos y denegridos á un infante de pocos dias , pálido , consumido , y marcado ya por los calcañares de la muerte. Levantóse no obstante , y ofreciome un jarro de

leche que era toda la provision de aquella casa del llanto. « ¿Por qué gimen estos niños? » le pregunté—« Tienen hambre » me respondió, y volvió á otro lado sus ojos arrasados en lágrimas. » Yo reparti á sus hijos la leche, y le puse un grano de oro en la mano. « ¿Eres tú Cristiano? me preguntó; ¿tienes tú también una esposa? ¡oh! ¡que los cielos te guarden para ella, y bendigan tu casa, como tú has consolado hoy la nuestra! » Yo no habia visto á su esposo que estaba enfermo arrumbado sobre la paja en un rincón oscuro del hogar apagado de aquella triste cabaña. « Mensagero del cielo, » me dijo con una voz casi muerta « tu has salvado en este día una familia que debia perecer, agotada toda esperanza: acércate, y que yo bese esos pies que han corrido la mitad del mundo para traer hoy la salud á la puerta de un sepulcro. » Yo le alargué otro grano de oro, y parti enternecido, y otro tanto admirado de ver mostrarse las flores y la fragancia de la virtud entremedias de los estragos de la miseria y la corrupcion. No de otra suerte se ve el

manejo de romero que llevan á la tumba nuestros gefes difuntos, y enterrado con ellos prende no pocas veces sobre el barro del hombre, y germina, crece, y da su perfume en la mano misma de los muertos.

« El guerrero que me guiaba, me venia ya buscando y en breve tiempo llegamos juntos á la cabaña del prelado francés. Los esclavos de aquel Sachem inspiraban confianza por sus modos afables y corteses. Uno de ellos pasó adentro volando, y á muy pocos instantes volvió y me dijo: « Señor Sal-
« vage, mi amo os ruega que le hagais el
« honor de pasar á su cuarto.» Yo subí detras de él las gradas de mármol que daban vuelta al rededor de una baranda de bronce, y pasando por varias hutas donde reinaba con el silencio una media luz al traves de las estofas de púrpura, llegamos á una gran sala toda embutida de collares (1). Allí ví por primera vez á aquel sabio sentado que trazaba sobre el papel los signos del pensamiento. Su semblante era flaco, su estatura

(1) La biblioteca.

elevada, su color algo pálido, su frente magestuosa, la expresion de sus ojos mezclada de autoridad y de un género de dulzura que era mas que el amor. Ningun pintor, me dijo despues Frontenac, habia podido coger en sus lienzos ni en sus tablas, aquel aire sublime de inteligencia, y aquel rayo divino de bondad que animaba el conjunto de sus faiciones diseñadas por la virtud. «Hijo de Utalissi,» prorrumpió en viéndome, con el rostro bañado de una sonrisa celeste; «yo te conocia ya por las cartas de un misionero, pariente mio, que me escribió en favor vuestro: yo te oí tambien en Versalles y me agradó tu elocuencia, porque la verdad es sincera, y tiene alguna cosa de la franqueza y del carácter salvage.» — «Sachem benéfico,» exclamé yo abrazándome á sus rodillas, «si me dieran á mí á pintar el Genio de la sabiduría bajo una forma humana, escogeria tu retrato, y levantaria una cabaña redonda y un altar para darle culto, te ofreceria un cisne virgen, y le daria despues la libertad en tu nombre. Tu has

« nombrado á mi padre Utalíssi que tenía
« ese mismo mirar de tus ojos, y un alma
« generosa que se mostraba á los sentidos
« como la tuya: recibe el homenaje de su
« hijo que ha encontrado en tí un nuevo
« padre que redima su vida del dolor y la
« infamia. Los demas diputados del Canadá
« te saludan tambien por mi boca, y en-
« comiendan tu galardón al Espíritu Sobe-
« rano que tiene cuenta de los justos.»

« Mi respetable huésped me hizo alzar de la tierra y me extendió sus brazos. Invi-tóme en seguida á sentarme con él á la mesa, y se sirvió el pan y el vino, la fuerza del hombre. Los esclavos se retiraron, y yo comencé á alternar las palabras de la confianza con el servidor de los altares.

« Como yo expresaba mi admiracion de que un hombre elevado á tan altas funcio-nes en una corte magnífica, hubiera po-dido ocuparse de nosotros, pobres salvages aberrojados como esclavos rebeldes en las masmorras del olvido, me interrumpió aquel sabio y me dijo: « Cháctas, nosotros hemos
« nacido en países harto distantes el uno del

« otro, bien diferentes en gustos y en cos-
« tumbres, mas la virtud es una sola en el
« universo, y los verdaderos deberes son
« unos mismos por todas partes. Nuestra
« suerte en el mundo pende de su obser-
« vancia. Dios tiene cuenta de los justos,
« como tu has dicho, y castiga las malas
« obras, y no deja jamas las buenas sin re-
« compensa á lo largo de nuestra vida. Tú
« salvaste á otros desgraciados en el de-
« sierto; ¿qué encuentras pues de extraño
« que el Grande Espiritu me moviese á mí
« para libertaros? ¿Piensas tú que los pue-
« blos civilizados conocen menos los oficios
« que prescribe la humanidad? ¿Será cierto
« lo que nos cuentan los viajeros, que os
« creéis vosotros mas inocentes y os juz-
« gais mas felices? Hace dias que yo deseaba
« escuchar de la boca de un Salvage la opi-
« nion que ellos tienen de nosotros.»

« Padre mio, le respondi, si he de decir
« verdad, á lo poco que he visto, los erro-
« res y la injusticia son la oruga del hom-
« bre, que donde quiera que sea desme-
« jora ó se come el fruto de su virtud; pero

« esta oruga hace menos destrozo en los hi-
« jos de las selvas, porque nos contentamos
« con poco, y hay menos intereses contra-
« rios que desenvuelvan esa plaga mortí-
« fera. Bajo de este concepto tu verás que
« debemos ser tambien mas felices. Las na-
« ciones civilizadas se ensoberbecen con sus
« artes, y se ríen de nuestra ignorancia;
« mas si toda la vida se limita á unos pocos
« dias, ¿qué importa que este triste viage
« sea hecho en una pequeña canoa de cor-
« tezas de árboles, ó en una gran piragua
« cargada de enredaderas y de máquinas?
« Aun mas bien, la canoa es preferible,
« porque viaja sobre el rio, á la vista de
« tierra, donde puede encontrar mil abri-
« gos; pero la piragua europea se engolfa
« en un mar tormentoso y desamparado,
« donde los puertos son raros, los escollos
« frecuentes, y los abismos profundos. ¿Y
« que añaden las artes á la felicidad del li-
« nage humano? Dar contento tal vez á la
« vanidad y lujuria de unos pocos, excitar
« en los otros, deseos que las mas de las ve-
« ces son imposibles de cumplirse, y pro-

« mover envidias engendradoras de toda es-
« pecie de delitos y torpezas. Hasta ahora
« habia tenido yo la simpleza de creer que
« aun no habia visto vuestra nacion, pero
« mi salida de hoy me ha dado otras ideas,
« y he acabado de abrir mis ojos. Yo me
« afirmo en pensar que los pueblos cultos
« no son sino rebaños de hombres, condu-
« cidos y esquilados á beneficio de algu-
« nos insensatos que se llaman felices por-
« que son ellos solos los que gozan: mezcla
« odiosa de clases y de fortunas, de gran-
« deza y humillacion, de señorío y servi-
« dumbre, de opulencia y miseria; donde
« no hay alegría sino al precio del lloro
« ageno, ni se funda la gloria sino en la
« mengua y en la ignominia del mayor nú-
« mero. No sucede asi en nuestras selvas.
« Entra en las lutas de los Iroqueses; tu
« no verás en ellas grandes ni pequeños, ri-
« cos ni pobres, dueños ni esclavos. To-
« dos los derechos son allí comunes, todos
« los deberes recíprocos, todos los servicios
« gratuitos. Persuadidos que ningun hombre
« debe nada á otro hombre por la fuerza,

« mas que todo lo deben unos á otros por
« hermandad, viven en paz, y se respetan,
« y se prestan garbosamente sus auxilios.
« Los enfermos, las viudas y los huérfanos,
« reciben la mejor parte de estos oficios fra-
« ternales, y el peregrino encuentra la mesa
« puesta y el lecho aderezado en cualquier
« cabaña á donde le conducen los Genios.
« Los guerreros son estimados altamente, y
« los viejos recogen el profundo homenaje
« que reclaman sus años y su experiencia;
« pero ninguno se cree señor, ni el en-
« deble paga tributo al fuerte, ni se pone
« á subasta el sudor del hombre, ni se tra-
« fican los obsequios. Nuestra vida se pasa
« entre los brazos de nuestros hijos, la paz
« de nuestras cabañas, las dulzuras de la
« amistad, la actividad y el egercicio de
« nuestras fuerzas y nuestra industria en
« la pesca y en la caza, y cuando el honor
« lo requiere, en los juegos de Areskui,
« sobre el campo de gloria, frente á frente
« del enemigo. Para nuestro gobierno no
« necesitamos nosotros levantar gerarquias
« que nos digan nuestro derecho, ni pagar

« sabidores que interpreten nuestra justicia.
« El sentido infalible del corazon que no-
« sotros no hemos gastado con disputas ni
« con doctas mentiras, es una guia mas se-
« gura que vuestras leyes escritas y vuestra
« razon vacilante, que obedece á las impul-
« siones del egoismo, como las flechas de
« vuestras torres á los soplos del viento. Sin
« tribunales y sin cárceles, la execracion
« y la infamia pública hacen justicia de to-
« dos los delitos: los criminales, que son
« raros entre nosotros, ellos mismos se des-
« tierran ó se dan la muerte acosados por
« los remordimientos y la vergüenza. Ni ne-
« cesitamos tampoco testigos, ni escrituras,
« ni intervenciones de quien quiera que sea,
« para entendernos y observar nuestros pac-
« tos: la palabra de un Iroques es un jura-
« mento inviolable, la verdad es su ley, la
« lealtad y la buena fé una especie de sa-
« cramento que nosotros guardamos aun con
« los enemigos. De esta suerte atravesamos
« el mundo, y corremos imperturbables las
« sendas del destino, sin conocer esos gra-
« ves dolores y esas ansias continuas que

« agitan á los hombres de las ciudades. No-
« sotros soportamos los males de la natura-
« leza, condicion necesaria de la existencia
« humana, que nos es comun con vosotros,
« pero no añadimos los males facticios de
« la opresion y de la servidumbre civil,
« perdonando de buena gana vuestros pla-
« ceres á trueque de no llorar vuestras lá-
« grimas. ¿Cual de los dos estados es mas
« dichoso? Para mí está resuelta esta gran-
« de cuestion por la evidencia de una sola
« verdad de hecho. Yo no tengo noticia ni
« de un solo Salvage que haya podido ha-
« cerse á esa vida, sembrada toda de abro-
« jos y cubierta de flores, que vosotros lla-
« mais social. Al contrario contamos muchos
« transfugas de ella que se hallan bien entre
« nosotros, y se estremecen á la idea de
« volver á doblar su cuello bajo el yugo de
« oro de vuestras leyes, vuestras ciencias y
« vuestras artes. Y en verdad, padre mio.
« si el reposo del corazon y la libertad del
« hombre valen algo sobre la tierra, tu
« verás que estos fugitivos tienen razon,
« porque esos grandes bienes no se encuen-

« tran entre vosotros ; ¿y qué cosa es un
« hombre sin reposo y sin libertad esperando
« ó temiendo siempre á merced del capricho
« ageno? Que los Genios , Sachem ilustre ,
« te hagan feliz , si esto es posible , en los
« palacios de los reyes , otro tanto como no-
« sotros lo somos en este instante por la sola
« esperanza de volver á nuestros dulces re-
« tiros y de sentarnos sin cuidados á la som-
« bra de nuestros árboles ; mas si los hom-
« bres , con quienes vives , te son ingratos
« y te llega á ser enojosa su compañía , no
« te olvides de nuestra deuda , pasa el lago
« salado , y aparécete como un Dios en nues-
« tras puertas. ¡ Ah ! tu verias entonces dos
« cosas : la primera , cuan barata y cuan
« simple es la dicha del hombre en los cam-
« pos libres de la naturaleza : la segunda ,
« que pura , que sagrada , que ardiente y
« que duradera es la gratitud y la amistad
« de un savage. »

« Aquel hombre divino me escuchó aten-
tamente y me dió muchas muestras de agrado.
En seguida se soltaron sus labios como
una vena de aguas dulces , y me habló de

esta suerte: « Cháctas , hijo de Utalissi ,
« ciertamente tu no has perdido las leccio-
« nes de tu padre , cuya fama llegó con
« aprecio hasta nosotros. En el cuadro que
« has hecho de la vida salvage , y en la
« crítica de la nuestra , resaltan muchas
« verdades y observaciones que los hom-
« bres civilizados deberian no olvidar ja-
« mas. El estado de la naturaleza merece
« preferirse sin duda á la suerte de un pue-
« blo degradado , en donde algunos hom-
« bres son todo , y los demas hombres son
« nada ; mas te engañas si piensas que esta
« suerte es la ley de la sociedad , y que el
« órden civil sea un sistema de esclavitud.
« Un gobierno trazado segun las miras del
« Grande Espiritu , léjos de que derogue
« en ninguna cosa la ley de la naturaleza,
« al contrario , la fortifica , la protege , la
« asegura , y la pone á salvo de la fuerza.
« Ni las leyes , bien entendidas , son otra
« cosa que ese mismo sentido infalible del
« corazon , de que tu hablabas ahora poco ,
« por el cual se regulan los derechos y los
« deberes , puesto de manifiesto , y adop-

« tado como la regla de las acciones por
« el asenso espontáneo y libre de los pue-
« blos ; ni la autoridad es tampoco un do-
« minio , sino un depósito de la fuerza pú-
« blica, administrado por un poder legitimo
« que obedece á las leyes y mantiene por
« todas partes su observancia. Esa grande
« desigualdad que te choca tanto , no es la
« obra de los hombres , ni merece impu-
« tarse á la sociedad : la naturaleza , ella
« misma nos ha hecho á todos desiguales en
« virtudes , en talentos y en fuerzas. En vez
« de producirlas ó promoverlas, el estado so-
« cial corrige estas diferencias, educando á los
« individuos , elevando su espíritu , desen-
« volviendo sus talentos , facilitando á todos
« las sendas de la fortuna , y proclamando
« la igualdad de los derechos. Si me argu-
« yes que estos principios y estas reglas se
« hallan violados en los mas de los pueblos,
« tu verás que la culpa de esto la tienen
« solo los hombres , y podrás acusar su fla-
« queza , su ignorancia , su corrupcion y su
« desacuerdo , mas no el orden á que los
« llama la sociedad , bajo el cual no hay

« ninguno que no pudiera ser dichoso. Un
« estado en el cual pudieran todos los hom-
« bres ser felices, y en que lo son con efecto
« muchos pueblos, es sin duda ninguna
« bueno en si mismo. Despues de esto, no
« hay otro modo con que pueda salvarse
« la comun existencia. Donde quiera que
« sea, llega un tiempo precisamente en que
« los hombres se multiplican sin proporeiou
« con los medios de subsistencia que les
« ofrece la naturaleza ella sola, y no siendo
« posible que vivan todos de la caza y de la
« pesca, se necesita recurrir al cultivo, es-
« tablecer la propiedad, y fundar un go-
« bierno asentado sobre leyes y condiciones
« que aseguren á cada uno el producto de
« su trabajo y refrenen los crímenes. Cuan-
« do crecen los pueblos, el poder patriar-
« cal no alcanza á imponer respeto á las
« grandes masas, y el sentido comun de la
« justicia se ofusca ó se desatiende en la
« concurrencia de intereses y de pasiones
« que ocasiona la muchedumbre. Desde en-
« tonces se hace precisa una autoridad que
« se encargue de la razon de los pueblos, y

« que lleve con mano fuerte las riendas que
« contienen al individuo en los lindes de su
« deber. Tal es por todas partes el progreso
« natural de las gentes sin ninguna excep-
« cion de tiempos ni lugares: la sociedad
« civil es la obra del instinto comun de la
« especie humana que trabaja por conser-
« varse y vivir en paz.

« A esta grave necesidad de la vida, se
« añade todavía una necesidad mayor del
« espíritu. La razon y la inteligencia que
« forma el dote de los hombres no es un
« presente estéril de su Criador. Cuanto
« existe en el mundo se desenvuelve y obra
« en razon de sus atributos: no hay prin-
« cipio ninguno ocioso en el universo; cada
« ser se encamina y tiende irresistiblemente
« hácia el fin prescrito á su naturaleza;
« cada cual se despliega y anda hasta donde
« alcanza en la esfera de su poder. ¿Será
« tan solo el hombre el que tenga, entre
« todos los demas seres, facultades inútiles,
« y será el solo uso que él haga de su ra-
« zon, condenar los favores mas señalados
« que ha recibido del Grande Espíritu, y

« renegar su destino? Si condenas las cien-
« cias y las artes ¿que hará el hombre de
« ese sexto sentido, donde los otros cinco
« se refunden, el sentido de la belleza, de
« la armonía, del orden, de los princi-
« pios, de la esencia constitutiva de las co-
« sas? Las ciencias y las artes nos encum-
« bran á las regiones de lo infinito, de lo
« sublime, de lo divino, que estan cerra-
« das á las demas criaturas: hay por cima
« de la naturaleza otros orbes altísimos don-
« de alcanza el vuelo del hombre, donde
« le ha sido dado elevarse al nivel de los
« Genios, donde tiene parte con ellos en
« los juegos de la creacion, donde ha sido
« llamado á comprender el universo, á es-
« tudiar los modelos del grande artifice, á
« copiar sus bellezas, y á servir sus desig-
« nios conservadores entre las filas de los
« seres inteligentes á quienes se ha mos-
« trado su voluntad. ¿Valdrá mejor que-
« darse al nivel de las bestias, y ceñirse á
« pacer la yerba de los campos y á devorar
« las carnes de la tierra?

« No son, Chætas, las ciencias ni las ar-

« tes las que engendran discordias y pro-
« mueven la corrupcion en los pueblos :
« al contrario son ellas las que desbastan
« nuestra fiereza y mejoran el corazon, cul-
« tivando el entendimiento, endulzando los
« ánimos, y atrayendo la voluntad á los
« goces pacíficos y á los deseos inocentes. Y
« no digas que los placeres y los contenidos
« que ellas nos brindan , son el lote exclu-
« sivo de una corta porcion de hombres que
« se llevan la recompensa de los afanes y
« los sudores del mayor número. Cuando
« cunden las luces en un pueblo , y el amor
« del trabajo se desenvuelve por el cultivo
« de las artes , la felicidad se divide y se
« distribuye en la muchedumbre , como el
« bálsamo de la vida que discurre por las
« arterias y por las venas del cuerpo hu-
« mano , y que llena todos los vasos á me-
« dida de su calibre y de su capacidad res-
« pectiva. La felicidad no consiste en la
« multitud de las goces , ni le conviene al
« hombre agotarlos , y extinguir sus deseos
« en la hartura. Un labrador bonrado en
« sus campos , y un honesto artesano en su

« taller, son por lo comun mas dichosos
« que los hombres de los palacios y del po-
« der, porque gozan sin sobresalto, á su
« anchura, los bienes de la naturaleza; no
« conocen nunca las penas y la tortura del
« fastidio, y les toca tambien su parte y
« su colacion no pequeña en los gustos y
« en los placeres que produce la sociedad.
« A la sombra de un buen gobierno, bajo
« el amparo de leyes imparciales y protecto-
« ras que difundan la ilustracion sin envi-
« dia, y promuevan y faciliten la actividad
« productora del hombre, no hay ninguna
« clase infeliz, ni se encuentra olvidado
« un tan solo individuo. El tesoro comun
« de un pueblo laborioso es inagotable; el
« trabajo de un pueblo entero rinde siem-
« pre de sobra para gozar, y para hacer
« ahorros y establecer recursos en favor de
« los impotentes y desvalidos. En llegando
« los hombres á este estado de vida y de
« felicidad solidaria, el torrente de las pa-
« siones se enfrena, y entra en caja y ca-
« mina en un lecho pacífico, á manera de
« un gran canal de aguas vivas que pasea.

« la llanura entre las alamedas y el lozano
« verdor de los campos contiguos, repar-
« tiendo por todas partes la animacion y
« la abundancia, sin hacer ruido, sin tur-
« barse sus ondas, sin desbordarse por el
« furor de las tormentas. ¿Y donde hay una
« dicha en la naturaleza, ni que podrias
« contarme de vuestros bosques, que se
« compare á la suerte de un pueblo de
« millones de almas puestas de acuerdo,
« donde trabajan todos y gozan de manco-
« mun, animados de un mismo espíritu, y
« ajustados á una regla conforme de debe-
« res, de oficios, y de compensaciones y
« servicios reciprocos? La desigualdad se
« hace entonces el lazo de la comun exis-
« tencia, y el fundamento de la felicidad
« general. Trabajando para si mismo cada
« individuo, y anhelando mejorar su for-
« tuna, hace esfuerzos que se refunden en
« pro de todos: cada industria, cada talento,
« cada invencion del genio de las artes aña-
« de un goce nuevo, ó acrecienta y extiende
« los que ya existen: todos los intereses
« concurren y conciertan su movimiento en

« favor de la conveniencia y el bienestar
« de la muchedumbre; cada cual en su
« puesto cumple y llena la parte que le
« cabe para el provecho de los otros, y re-
« porta á la vez su cuota del trabajo de los
« demas. De esta suerte crece la vida, y
« perfecciona el hombre su existencia, y
« despliega sus facultades por entero, y se
« cumplen las intenciones de su Hacedor.

« Junta luego á estas grandes ventajas de
« los pueblos civilizados las virtudes que
« desarrolla la educacion moral y religiosa,
« y la altura que toman nuestros afectos
« cultivados por la razon y acrecidos en el
« calor de la sociedad. En los pueblos sal-
« vages los lazos de familia no se sujetan
« con mas nudos que los que exige la ne-
« cesidad de las cosas: el amor conyugal
« es de ordinario frio, indiferente, vago,
« extranjero á los dulces goces de la amis-
« tad de parte de los hombres; tímido,
« comprimido, esclavo en vuestras muge-
« res humilladas, y reducidas á un verda-
« dero estado de servidumbre: los hijos se
« emancipan á un mismo tiempo al amor

« y al poder de sus padres : todas las afec-
« ciones del parentesco, todos los cariños de
« la vida, y hasta la amistad misma, se
« fundan entre vosotros sobre miras intere-
« sadas de socorros, dados y recibidos como
« deberes, que sin duda sabeis cumplir y
« apreciar ; pero nada de esto levanta llama
« en el corazon. Entre nosotros, Cháctas, esas
« miras y esos deberes se cambian en sen-
« timientos ; se ama solo por amar, se pu-
« rifican los afectos y se deshacen de toda
« escoria de la tierra, se conglutinan las
« almas, se penetran, se comunican, y ca-
« minan asidas hasta el fin de la carrera
« por medio de una vida llena de amor. La
« condicion política que nos encorva hácia
« la tierra, que nos obliga á sacrificarnos los
« unos por los otros, que hace ricos y po-
« bres, y te parece que degrada á los hom-
« bres, es al contrario la que los eleva por
« cima de la flaqueza de su ser, y enno-
« blece su ánimo : la generosidad, la com-
« pasion, la lealtad, la indulgencia, el per-
« don de los agravios, la caridad que extiende
« su mano bienhechora hasta al mismo ene-

« migo y que no sabe nunca aborrecer, la
« resignacion y la paz en las aflicciones no
« merecidas, la constancia de la virtud en-
« tre las injusticias y la dureza de los hom-
« bres, todas estas cosas divinas naceu de
« nuestra condicion politica y religiosa. ¿El
« ciudadano caritativo que va á buscar la
« humanidad sufriente á los sitios donde se
« esconde para llorar, y que enjuga sus lá-
« grimas sin mas testigos que su concien-
« cia y su corazon, te podrá parecer un
« objeto de menosprecio? ¿El sacerdote vir-
« tuoso que abandona la paz de sus hogares,
« y que arrostra las olas del Océano, por
« llevaros hasta el desierto esas mismas vir-
« tudes de valde, sin mas premio por lo co-
« mun que las cadenas ó la muerte, me-
« recerá por ventura tus desdenes? ¿El
« hombre venerable que por espacio de mu-
« chos años ha luchado con la desgracia, y
« ha suportado, sin quejarse ni corromperse,
« todo género de miseria, te parecerá me-
« nos fuerte menos digno de admiracion,
« que el prisionero salvaje, cuyo mérito se
« reduce á sufrir impertérrito, en presen-

« cia de todo un pueblo , algunas horas de
« tormentos? Cuando tu veas algun hom-
« bre de bien , desgraciado y pobre , no re-
« pares en los girones de su ropa , ni en su
« aire tímido y abatido , sino en su devo-
« cion generosa , y en las virtudes cuoti-
« dianas que al dejar su lecho de paja se ve
« obligado á tomar con sus pobres vestidos
« para hacer frente á las tormentas del dia.
« ¿Quién podria llevar cuenta ; o Cháctas! de
« las grandes acciones ignoradas que se prac-
« tican todos los dias en lo oscuro de las fami-
« lias ; de tantos sacrificios secretos que se
« ofrecen á la virtud , cada instante , en la
« sociedad ; de tantos y tan nobles egem-
« plos de heroismo que presentan por todas
« partes las simpatias sociales , tantos ras-
« gos sublimes que nos ofrecen continua-
« mente los diversos encuentros de afeccio-
« nes y de intereses en estas grandes masas
« reunidas bajo el imperio de las leyes y la
« opinion?

« Ultimamente , Cháctas , sean las que
« fueren las ventajas que creéis hallar en
« vuestro estado los que os llamais por ex-

« cencia hombres libres, vosotros perte-
« neceis tambien, no menos que nosotros,
« al estado social, sin otra diferencia que
« el lugar que ocupamos en su escala. ¿Des-
« conoceis acaso la autoridad que os ofende
« tanto en los pueblos cultos? ¿Por ven-
« tura no teneis vosotros tambien vuestros
« gefes de guerra, vuestros gefes de tribu,
« vuestros consejos, vuestros ancianos, vues-
« tros sachems, y una turba de sacerdo-
« tes y de adivinos que os conducen y que
« os contienen bajo una larga regla de obli-
« gaciones y deberes? ¿No cultivais voso-
« tros ningunas artes? ¿Ignorais del todo
« el comercio, la industria y la propiedad?
« Hijos de la naturaleza, como os gloriais
« aun de llamaros, sois no obstante ya un
« pueblo los Iroqueses, avanzado en poli-
« tica y en cultura, y os podriais llamar,
« ciudadanos, comparados á un Troglodita
« ó á un Ictiófago. La carrera del hombre
« es la misma por todas partes; nuestros
« padres fueron tambien salvages, y vivie-
« ron como vosotros muchos siglos; tu nos
« ves al presente, y no obstante nos falta

« mucho para elevarnos á la altura de los
« destinos sociales : en los progresos de las
« luces y las virtudes que van creciendo
« indefinidamente , llegará acaso un tiempo
« en que los venideros nos llamen Bárba-
« ros. Y vosotros tambien , jóven savage,
« y vosotros tambien , compondreis quizas
« algun dia otra grande nacion como la
« Francia, y penetrando en los desiertos
« las ciencias y las artes en mejor sazon que
« la nuestra, juntareis tal vez á los bienes
« de los pueblos civilizados la independen-
« cia y la libertad de los pueblos salvages.
« Una fuerza secreta , un impulso divino,
« que nosotros no somos dueños de reprimir,
« nos empuja y nos lleva á todos por
« una misma senda á buscar la perfeccion
« moral de nuestra especie : la salida podrá
« tardarse ; podremos detenernos en el ca-
« mino , volver atras , ó quedarnos por largo
« tiempo estacionarios ; pero las necesidades
« aprietan , la energia del espíritu se des-
« pierda , el ejemplo de otras naciones que
« van delante de nosotros ejercita su esti-
« mulo saludable , los principios regulado-

« res del bien se ponen en evidencia, las
« pasiones generosas se engendran, y apa-
« recen los hombres que Dios suscita de
« tiempo en tiempo para alumbrar los pue-
« blos y conducirlos y salvarlos. Desde en-
« tonces no hay ya poder humano que al-
« cance á retenerlos en las tinieblas y en
« la abyeccion: de virtud en virtud, de
« progreso en progreso, se llega al fin de
« la carrera que ha sido impuesta al ser in-
« teligente, y la sociedad se establece sobre
« la triple base del amor mutuo, de la jus-
« ticia recíproca, y de la libertad razo-
« nable.

– «Tal ha sido la ley del Criador, á la
« cual no se opone el hombre ni se subs-
« trae impunemente. Yo te convido á me-
« dítarla, jóven hijo de Utalissi; quédate
« aquí conmigo, si te agrada, los dias que
« aun te faltaren para partir á tus desier-
« tos; y pues conoces nuestra lengua, don-
« de toda la ciencia de los pueblos antiguos
« y de los pueblos nuevos se va archivando,
« y en la cual la razon del hombre se com-
« place particularmente en hacer sentir sus

« oráculos ; pues la suerte , por un golpe
« dichoso de adversidad , te ha traído en
« medio de nosotros , no pierdas la fortuna
« de este viage , y estudiando cuanto hay
« de bueno en los pueblos cultos , y mar-
« cando sus vicios , abastece tu espíritu , haz
« provision de luces y de experiencia , y en-
« riquece con ella tus hermanos de Amé-
« rica. De todas las coronas que se repar-
« ten en los cielos , la mas hermosa es la
« que toca al hombre que ha consagrado
« su vida toda entera á la patria , y que ha
« puesto su alma , al egemplo del Salvador ,
« por el bien del linage humano. »

« Aquí el gefe de la oracion acabó de ha-
blar. La miel destilaba de sus labios ; el aire
se calmaba en su rededor al sonar de sus
acentos. El decir de este sabio-hacia probar
al alma una sucesion graduada de sentimien-
tos pacíficos é inefables : encontraba yo en su
discurso , yo no sé que tranquila armonía , y o
no sé que poso dulcísimo , que largura de
gracias , cuya idea no se abarca en ninguna
expresion , ni podria concebirse sin oírle. Yo
acepté su hospitalidad al instante , y arre-

batado de amor y de respeto, me eché á los pies de aquel buen Genio. « Padre mio, « le dije, tu acabas de hacer de mi un « nuevo hombre; tu me has abierto un camino de verdades y de celestiales doctrinas « que un espeso vallado de ignorancia y de « errores ocultaba á mis ojos: tu me nombras mi patria, y me brindas de valde « los dones de la sabiduría para ella; O el « mas venerable de los Sachems, casto y « puro armiño de las viejas encinas!; que « no pudieras venir tú conmigo, para que « resonara esa voz de vida en las selvas, « y llevases en pos de tí la obediencia y « la adoracion del desierto! ¿ Quien soy yo para recibir, y guardar, y llevar á un extremo del mundo los reflejos de tu luz?; Ah! yo aprovecharé á tu vista, bajo tus doctas y sagradas inspiraciones, los dias contados que aun me quedan de habitar la primera ciudad del mundo á quien pertenece la gloria de poseerte. ¿ Que tasada es sobre la tierra, padre mio, la medida del bien, y que prisa se da á escapar la figura de la felicidad, cuando se apa-

« rece á los hombres ! ; Que suaves hallaria
« yo , despues de haberte visto y oido , esas
« mismas cadenas que tu rompiste , y con
« cuanto contento , prisionero gustoso de la
« sabiduria , volveria yo á tomarlas al pre-
« cio de recibir cada dia una leccion de tu
« boca ! Tu no te fastidiarás de este pobre
« huésped , liberto tuyo , á quien en poco
« tiempo apartarán de ti cien montañas á
« la otra parte del gran lago , y que no te
« pide sino semilla de virtud . »

« El Sachem de la súplica se enterneció hasta las lágrimas , me levantó á sus brazos , y agitando la extremidad de un cordón que se correspondia con un eco de bronce , hizo venir á sus esclavos , y mandóles poner la estera hospitalera , y tratarme como á un hijo de la casa . El Onontio llegó á este tiempo , y los dos amigos se concertaron para llenar mis deseos y satisfacer la necesidad de mi espíritu . Yo no la olvidaré aquella luna , la mejor de mi vida , que pasé toda entera en el domicilio de aquel hombre del cielo . No lograba yo el verle sino una hora cada dia ; los deberes que lo ligaban en la

casa del príncipe, le tenían casi siempre ausente de la suya; pero en aquella hora recibia de sus labios el rocío fecundante de la sabiduría, y se repastaba mi alma de la palabra de vuestro Dios. Allí tambien recorri mucha parte de vuestros collares sagrados (1) en aquellos lugares que él me indicaba, y que estaban mas á mi alcance: mi corazon se empapaba como una esponja en aquellas aguas de la vida. Por las noches me llevaba el Onontio á los dramas líricos que yo amaba de preferencia, y las tardes las ocupaba en visitar los monumentos de las artes, y los suntuosos talleres de vuestra industria. Hasta entonces no habia yo sido avaro del tiempo: la carrera del dia y de la noche me parecia abreviada; un abismo se tragaba las horas: treinta dias se escaparon delante de mis ojos como una tarde de espectáculo.

«Frontenac recibió en fin la órden para partir. El dia en que cayó mi padre á mí

(1) La Santa Biblia.

lado herido de una flecha enemiga, ó la aciaga noche en que cerró sus ojos Atala para siempre, se podrian comparar tan solo á la pena que anubló mi corazon, al tener que dejar aquel nuevo padre que yo habia hallado en las orillas del Sena. Cuando llegó el momento de la partida, mis ojos perdieron su luz, y mi lengua no sabia articular sino gemidos: yo lloraba, René, como un Europeo, y estampaba mis labios sobre aquellas manos benditas extendidas y abiertas siempre á los desgraciados. Cerca ya de su puerta que estaba llena de indigentes habituados á su piedad, me habló las postre- ras palabras el sabio. « Hijo mio, exclamó
« conmovido, mi deber me sujeta en estas
« riberas, y el tuyo es volver á tu patria,
« uno y otro para hacer todo el bien que
« podamos en el lugar que se dignó seña-
« larnos el Grande Espiritu. Vé, Cháctas,
« vé á encontrar tu cabaña; menos feliz
« que tú, yo me quedo encadenado en un
« palacio. Si he podido inspirarte algun
« amor, repártelo en mi nacion, y promo-
« viendo la paz entre los tuyos y los nues-

« tros , sé allí en memoria mía el protector
« de los Franceses. No te canses jamas de
« ser indulgente , misericordioso y pacífico
« con los hombres ; todos mientras vivi-
« mos en este valle de lágrimas , mere-
« cemos mas bien la compasion , que el
« menosprecio ó el odio. Acostúmbrate siem-
« pre á sacar de ellos partido por la sa-
« biduría y la bondad. Dios ha hecho al
« hombre como una espiga de trigo ; su
« caña es frágil , y se atormenta al me-
« nor soplo , pero su grano es excelente.
« Ama á Dios en los hombres , y á los
« hombres en Dios. Esta es toda la ley que
« se ha puesto al linage que habia nacido
« en el paraiso.»

« Aquel hombre inspirado levantó sus
manos en alto para darnos su bendicion ;
nosotros la recibimos todos de rodillas.
Mi corazon se hacia pedazos , mis ideas
se ofuscaban , y entre sollozos y gemidos,
« Bendecid , exclamé , esta cabaña hospede-
« dadora , o Genios de los rios errantes,
« que protegeis á los viajeros ; ¡ que la
« yerba no cubra nunca la senda que guía

« hácia estas puertas sagradas ! ; que jamas
« la injusticia ó la envidia muevan estos
« umbrales , ni entristezcan esta morada de
« la virtud ! »

LIBRO OCTAVO.

«Era el rayar del alba cuando partimos, al dia inmediato, mis compañeros, yo, el Onontio y otros seis oficiales del ejército. El reposo del postrer sueño tenia en silencio la gran ciudad, cual si fuera una sola huta en las soledades del Misóuri. Una luz blanda y ténue mezclada del blancor de la aurora y de los postreros reflejos de la luna que se perdía en los cielos con sus dos puntas abatidas, adulaba el dolor de mi corazón. Si, René, yo sentia tanta pena al dejar la Francia, como si perdiese otra vez mi patria: hay alguna cosa esencial y vivificante en el aire de tu pais, que en ninguna otra parte se respira, y que haria olvidar al Salvage mismo la dulzura y la paz

de su cabaña. Despues de esto, yo habia perdido cuanto se ama mas en el mundo: no existian ya mis padres, no tenia hermanos, y la flor mas hermosa del desierto, la bella Atala, habia envuelto con ella en una noche eterna todos los dias de mi esperanza. El pais de las belicosas naciones del Canadá no era aquel que me vió nacer; salido casi niño de la tierra de las magnolias, ¿qué podria ya encontrar en la choza de mis abuelos, si alguna vez los Genios me llegaban á permitir abordar sus umbrales? Mientras yo pensaba estas cosas, los caballos volaban y mis ojos iban á perder para siempre de vista aquellos muros queridos. Al pasar por un puente donde se descubria de alto á bajo en las dos orillas la hilera prolongada de vuestras casas, derramé la postrer mirada sobre ellas, y lanzando el suspiro de la ausencia, « ¡A Dios, « dije, tierra sagrada de la sabiduria y de « las artes! ¡A Dios, patria comun de los « extranjeros, en donde entré llorando mi « cautiverio, y hoy te dejo, llorando mi « libertad! »

« Pronto salimos en medio de los campos, y la luz del sol alegró los caminos de la abundancia que se dirigen al gran lago. Al principio rodamos bastante tiempo sobre calzadas magnificas guarnecidas de espesos olmos, que corrian á lo largo y se perdian de vista por medio de las anchas campiñas rellenas de los dones del cielo : despues bajamos á la orilla de un rio pacífico (1), y atravesamos un valle de delicias. Toda la tierra brillaba en contorno con el oro de las espigas, con la púrpura de las viñas, con la alegre verdura de los prados y los tiernos matices de los árboles asomando sus frutos, y esparcidos como un recamo de esmeralda y de toda suerte de pedrería sobre el rico tapiz de aquella loca campaña. Las colinas del rededor estaban coronadas de risueños villages, ó de palacios solitarios; y de entre los boscages y las florestas, viase por todas partes subir el humo de las casas campestres escondidas en medio de las rosas y de los pámpanos. Toda la ribera estaba

(1) El Loira.

llena de máquinas y artificios; los declives y costaneras deslumbraban los ojos con la nieve y la grana de los tegidos desplegados sobre las verdes capas de césped: en medio de las ondas se alzaban vistosos grupos de cabañas flotantes y de frondosos jardines, donde se hacia sentir el golpéo y el estrépito placentero de las artes. ¡Qué animacion, René, qué concurso, qué actividad de trabajo, y de industria, y de producción, donde quiera que se paraban los ojos! Las ruidosas cuadrillas de segadores se alcanzaban unas á otras en la llanura; al estruendo continuo de ruedas y de caballos que transportaban las codiciosas garbas, se mezclaban los cantos de los pastores que hacian sus quesos y sus cuajadas á la márgen de los arroyos, debajo de los frescos sombrages; mas allá pacian los rebaños, derramados como una escarcha en los amarillos rastrojos. Allí el cultivador recorria sus pomares, y aliviaba el trabajo de sus árboles, apoyando las ramas desvencijadas con el peso de los racimos; á esotro lado deshojaban sus cepas, y enredaban y dirigian sus sar-

mientos los viñadores en la ladera de una montaña pedrosa. Cada pueblo ofrecia un mercado, cada camino era una feria, los trineos se cruzaban en todas direcciones, y las aguas del rio rebalsaban á entrambos lados debajo de las largas canoas atestadas de la riqueza de dos mundos.

« Como yo expresaba mi admiracion al Onontio, « Tu ves aquí, me dijo, la disculpa de las grandezas que observaste en « Versalles: en toda la extension de la Francia, donde quiera que fueses encontrarias « este mismo movimiento de vida; la abundancia es igual por todas partes; las tareas « productoras y los cuadros hermosos del « pais se diferencian tan solo, porque este « reino encierra cuanto puede servir á las « necesidades y á las delicias de los hombres. « La atencion que el ojo pródigo de nuestro Monarca dispensa á la agricultura, se « extiende sobre las otras partes del estado; nosotros hemos salido á buscar, hasta « en los pueblos mismos enemigos, los hombres que podrian hacer florecer el comercio y la industria. Ese Rey que te ha pa-

« recido tan soberbio, tan ocupado de sus
« placeres, tan embriagado de su gloria,
« trabaja largamente con sus Sachems, y
« descende con ellos hasta á los pormeno-
« res mas pequeños que interesan al bien-
« estar de sus súbditos. El mas ínfimo de los
« ciudadanos halla abiertas sus puertas, y
« le puede ofrecer sus planes y observacio-
« nes en tratándose de la prosperidad de la
« Francia; ningun género de talento se des-
« deña al presente en las gradas del Louvre.
« *El estado soi yo*, dijo hace pocos dias en
« su consejo; muchos le han calumniado
« este dicho; otros han hallado marcada en
« él toda la sabiduria de un gran principe
« que se estima ser una misma cosa con sus
« pueblos. Nó, no es por cierto un tirano
« el rey que trabaja por hacer ricos á los
« que le obedecen, y se esfuerza en sacar-
« los de la abyeccion de la miseria sobre
« la cual se funda la tiranía. Un ciudadano
« rico de la verdadèra riqueza de la indus-
« tria no será jamas un esclavo. Luis ha re-
« velado á la Francia el secreto de la fuerza
« de un pueblo civilizándola, y excitando

« en la muchedumbre la dichosa ambicion
« del comercio y las artes. La barrera está
« comenzada á poner entre los siglos de bar-
« bárie y un siglo nuevo, que entreven
« nuestros ojos y se adelanta á pasos de
« gigante: nuestros nietos recogerán el pre-
« cio de este reinado, y serán algun dia el
« primer pueblo de la tierra.»

« En la vida, René, me han parecido mas cortos los caminos ni mas veloz el tiempo, que en aquellos seis dias de mi postrer via-ge en tu patria. Encantado del espectáculo siempre nuevo, siempre instructivo, siempre lleno de interes y deleite, que ofrecian las ciudades y los campos que atravesaba, desatada la venda de mi ignorancia y de mis preocupaciones salvages, yo veia otro mundo, y comenzaba ya á comprender los destinos sublimes á que el hombre, dotado de un espiritu inteligente, es llamado á su paso sobre la tierra. Yo agoviaba con mis preguntas al Onontio; yo pretendia abarcar en aquellos instantes contados la ciencia de los siglos, yo quisiera agotar la historia de las naciones civilizadas, y formarme un sistema

de principios, por los cuales un pueblo nuevo, sin perder sus virtudes, se pudiera poner á la altura de los pueblos adultos. Agitado de esta ambicion de sabiduria, y componiendo á toda priesa mi pacotilla de ideas para el desierto, al tomar una tarde la vuelta de una montaña, de repente, he alli al viso, al extremo del horizonte, la faja diapreada del gran lago que marcha (1), y con ella el fin, que se apresuraban los Genios á mostrarme, de mi mansion en la tierra de las luces. ¡Desgraciado de mí! parecíame en aquel momento tener dos patrias; la alegría y el dolor asaltaron á un mismo tiempo mi espíritu, las lágrimas se vinieron á mis ojos. Mis compañeros me abrazaban y eran felices.

« Cuando llegamos al puerto (2) redoblé mis esfuerzos por instruirme, y aproveché con ansia los dias que, teniendo piedad de mí, se tardó Michabú en desatar los vientos del Mediodía. Mas que en ningun otro

(1) El Océano.

(2) Rochefort.

lugar de la Francia, vi allí la omnipotencia del trabajo del hombre, la naturaleza forzada por el arte, y las ondas y las montañas sujetas al albedrío del ingenio. La actividad mas viva reinaba en el puerto y en la ciudad: el ruido de las hachas y los martillos estremecía los astilleros y los parques; aquí se armaba una escuadra, mas allá se aparejaba un convoi, ahora entraba una flota en medio de las salvas y de los vivas del pueblo, aquí echaba sus brazos un marinero al cuello de su madre despues de dada la vuelta al mundo; allí recibe el otro, al partir á las extremidades de la tierra, el abrazo de su esposa; mas léjos se prepara el embarque de una colonia entera que va á salir para las islas del Oriente. ¡De que distinta suerte de como yo juzgaba á la Francia en las orillas del Ontario, pensaba yo una tarde sentado en lo alto de una roca por cima de aquel grande teatro de poder y riqueza! « ¿Qué le impide domar el mundo « y poner silencio á la tierra, me decia yo, « al que es dueño de los mares? Pobres tribus valientes y generosas de la Luisiana,

« ¿de que podrán serviros vuestros pechos
« medio desnudos en vuestras largas costas
« desmanteladas y en vuestras tierras abier-
« tas y atravesadas de todas partes por los
« rios que sojuzga el timon europeo? » En
medio de mi asombro, yo no veia mientras
tanto en aquel lugar, ¡o René!, sino una
sola parte de vuestros titulos y derechos al
imperio de las ondas. Yo tenia en la mano
un estado de vuestras plazas y de vues-
tras fuerzas marítimas. Yo habia visto á Mar-
sella; mas arriba en Tolon se abria un puerto
capaz de cien navios de linea: de este lado
sobre el Océano se ensanchaba el puerto de
Brest con la misma grandeza: Dunquer-
que, el Havre de Gracia se llenaban de
bajeles; el canal de Riquet acababa de jun-
tar los dos mares. Doscientas naos de guer-
ra, muchas de las cuales despedian cien ve-
ces seguidas el rayo por cien bocas de bronce,
treinta galeras formidables, sesenta y seis
mil hijos de los vientos y las tormentas, ave-
zados desde su infancia á todos los peligros
y á todo género de combates: una genera-
cion entera de mancebos ilustres versados

en la ciencia de los astros y en los rumbos del cielo, los primeros capitanes del siglo puestos al frente de estos bravos sobre todas las plagas del mundo, todo este gran poder salido de la nada á la voz de un hombre y á la respuesta de una nacion esclarecida con la luz de las artes, ¿qué lecciones para un Salvage! ¿qué distancia del hombre de la naturaleza á la altura donde se eleva y parece tocar el cielo con sus manos el hombre de las ciudades!

« En fin el Grande Espiritu soltó el viento favorable que debia conducirnos; la orden de la partida fué proclamada, todo el mundo corre á embarcarse en tumulto. Las pequeñas canoas nos llevan á los grandes navios y nos ponen debajo de sus costados: allí fuimos mecidos un poco tiempo por la mar engrosada, hasta que ganamos las cuerdas y trepamos como en asalto las murallas flotantes. Cuando estuvimos á bordo, se lanzaron los marineros sobre las vergas como pájaros de borrasca, y el navio del Onontio tronando dió la señal de leva á las otras naves. Todos los bajeles trabajan con esfuerzo para

arrancar sus pies de bronce de los limos tenaces ; la doble garra se suelta de la cabellera del abismo , y las naos se retiemblan de alto á bajo sobre las olas enturbiadas. Los bastimentos se cubren de sus velas ; las mas bajas , tendidas á su anchura , se arredondan como cilindros ; las mas altas , sujetas por en medio , se parecen á los pechos hinchados y botantes de una madre. El pabellon glorioso de la Francia se descoge bajo las brisas armoniosas de la mañana , todos los corazones palpitan , y de la flota esparcida se eleva un coro que saluda con tres gritos de amor las riberas de la patria. A esta postrer señal , los corceles marinos desplegan todas sus alas , y cogiendo en sus ijares los vientos , y excitándose mutuamente á la carrera , rompen su marcha magestuosa , se deslizan en la llanura azulada , y señorean el golfo , vuelta al sol la dorada espalda y trillando delante de él los camos del Occidente.

« Cuando perdí de vista la tierra de las mil cabañas , me pareció entoldarse la luz del sol y cubrirse el cielo y las aguas de ti-

nieblas. Mis ideas eran vagas, tristes, inmóviles, como la oscura fosca que ceñía con su paño los horizontes lejanos. Mi lugar favorito desde un principio fué la cabaña enrejada del grande mástil (1): allí me encaramaba de dia y anegaba mi corazón en la inmensidad. Por la noche, encerrado en mi estrecha cama, ponía mi oído al murmullo de las ondas que corrían á lo largo del bordo: desde allí me bastaba con extender mis brazos para pasar del lecho á la sepultura.

« El cristal de las aguas que nos habían surtido las rocas de la Francia, comenzaba á alterarse despues de algunos dias: el verdor de unas islas alegró nuestros ojos, y el Onontio mandó hacer alto y bajar á llenar de nuevo nuestras urnas. Nosotros saludamos los Genios de aquellas tierras propicias, la Fayala embriagada de sus vinos, la Tercera que da sus mieses embalsamadas de un dulce aroma, Santa Cruz que no conoce las selvas, y el Pico cuya cabeza lleva un pe-

(1) La cofa.

nacho de llama. Como una banda de palomas pasajeras, nuestra flota vino á plegar sus alas en las riberas de la mas sola de aquellas hijas del Océano.

«Yo seguí tras de los marineros que bajaron en tierra. Mientras ellos se detenian á la orilla de una fuente, me dejé ir por las playas, y llegué á la entrada de un bosque de manzanos silvestres: el mar se rompía gimiendo á sus pies, y en las cimas se oia el silvido terroroso del Cierzo. Yo me sentí sobrecogido de espanto en aquel lugar, y para vencerle, penetro en la espesura, salgo al extremo opuesto, y tirando por medio de las arenas y los juncas, veo á la orilla del mar un caballo de bronce cavalgado por la estatua desnuda de un hombre, la cabeza cubierta de un casco, que con su mano derecha extendida señalaba hácia el Occidente (1). Yo me arrimo y registro aquel monumento prodigioso. Sobre su base bañada con la espuma de las olas se veian gravados unos signos desconocidos:

(1) Tradicion histórica.

el musgo y el salitre de los mares desgastaban la superficie del bronce antiguo, las crines y los pechos estaban llenos de conchas apegadas por las tormentas; una selva de coralinas cubria la roca que servia de asiento al coloso. Yo no sé si fué miedo ó si era realidad; pero yo veia moverse y latir los ijares de aquel monstruo, y arrimando el oido á sus narices abiertas, parecíame escuchar rumores y sentir los gritos lejanos de un combate.

« ¿Qué Dios ó que mortal levantó aquel portentoso? ¿Qué siglo, qué nacion le colocó en aquel punto? ¿Y qué cosa queria mostrar aquel brazo extendido? ¿Es acaso algun gran trastorno que amenaza venir desde aquel lugar á la tierra? ¿Es tal vez aquel simulacro el Genio de aquellos mares que señala la senda, tanto tiempo ignorada, para los pueblos del otro lado del Atlántico? Al aspecto de aquel viejo padron de los tiempos que dejaba entrever una serie insondable de siglos ya pasados, yo senti la impotencia y la rapidez de los dias del hombre. Todo se nos escapa en las cosas que

fueron y en las que vienen: salidos de la nada para llegar á la tumba, apenas nos es dado abrir y cerrar los ojos pasando y desapareciendo sobre el océano de la existencia.

«Tarde se me hacia ya volver á los bajeles y contar al Onontio el descubrimiento que habia hecho. Bien hubiera querido este bajar y visitar conmigo aquella maravilla; pero el tiempo amagaba una tempestad, los pilotos instaban, y la flota se vió obligada á largarse y tomar otra vez la anchura de los mares. El temporal fué arreciando por instantes, con tan grande violencia que en menos de seis horas se dispersaron todas las naves: nuestro bajel vagó solo, sin rumbo cierto, á merced de las ondas turbadas, doce dias y doce noches. Al cabo de este tiempo llegamos á los parages donde Michabú hace pacer sus innumerables rebaños (1). Una bruma fria y húmeda envolvía el mar y el cielo en aquel lugar; las encontradas olas aullan en las tinieblas, un

(1) El banco de Terranova.

zumbido continuo sale de los cordages, todas las velas van aferradas, la mar cubre y descubre sin cesar el puente inundado, fuegos siniestros cruzan y se revuelven sobre las vergas; se trabaja, se maniobra con esfuerzo, pero el rigor del tiempo burla todos los recursos del arte, y una oleada nos echa junto á las costas de Terranova.

«Yo era culpable, hijo mio, de un deseo temerario; yo queria ver una tempestad. ¡Qué insensato es el que desea ser testigo de la cólera de los Dioses! ¡Ah! ¡Cuanto aquella noche fué horrible! Yo iba tendido en mi hamaca agitada, yo aplicaba mi oido al golpéo temeroso de las olas que estremecian el bajel; de repente, oigo dar carreras sobre el puente y caer paquetes de cordage; al propio tiempo siento la conmocion que se experimenta cuando una nave vira de bordo. La cubierta del entrepunte se abre, y una voz llama al capitan. Yo no sabré explicarte el efecto de aquella voz solitaria y congojante en medio de la noche y de la tormenta: al instante me incorporo sobre mi lecho, pongo la oreja, y me pa-

rece oír los marinos que discuten la situación de una tierra que aparece allí cerca: en seguida me tiro al suelo y me dirijo hácia el puente. El Onontio y los pasajeros estaban ya reunidos en aquel sitio.

« Al sacar la cabeza fuera del entrepuente, un espectáculo horroroso, pero sublime, apareció delante de mi vista asombrada. A la luz de la luna que salía de tiempo en tiempo de entre las nubes, se descubrían á los dos costados del navío, al traves de una niebla amarilla sin movimiento, las sombras de una tierra salvaje. El mar alzaba sus ondas como montañas en el canal donde estábamos abismados: tan pronto se apiñaban las olas lanzando chispas y espuma, tan pronto no ofrecían sino una superficie aceitosa, jaspeada de manchas negras, bronceadas ó verdosas, según eran los bajos fondos que atravesaban; otras veces una oleada monstruosa venía ella sola rodando sobre sí misma sin romperse, como una mar que iría á estrellarse contra otra mar. Un momento, se confundía en uno solo el ruido de los vientos y el del abismo; un momento des-

pues se distinguía el estruendo de las corrientes, el silvar de los arrecifes, y la voz triste de la oleada lejana que va viniendo. De la concavidad del bastimento subían arriba otros ruidos que hacían latir al corazón mas intrépido. La proa del navío cortaba la masa espesa de las ondas con un fragor horroroso; de entre el timon, los torrentes de agua saltaban en torbellino como en la boca de una esclusa. En medio de este estrepito pavoroso, y de tantos terrores juntos, nada alarmaba tanto como un murmullo sordo, parecido al de un vaso que se llena.

« Cartas, reglas, compases, instrumentos de todo género, estaban extendidos á nuestros pies. Cada uno hablaba distintamente de aquella tierra, donde estaba sentado sobre un escollo el Genio de los naufragios: el piloto declara que la pérdida de la nave era infalible. El sacerdote del bajel leyó entonces en voz alta las oraciones que llevan en una ráfaga hasta el Dios de las tempestades las almas de los náufragos. Yo noté que los pasajeros partieron luego á buscar lo que tenían mas precioso para salvarlo:»

la esperanza es como la Montaña Azul en las Floridas; desde sus altas cumbres vé el cazador un pais encantado, y no cuenta los precipicios que hay por delante. Yo y los otros gefes salvages, tomamos cada uno un puñal para defendernos, y un buen hierro tajante para cortar un arco y tallar una flecha, ¿Fuera de la vida, que teníamos nosotros que perder? La postrer ola que nos echase sobre una tierra inhabitada, nos volvia á nuestra patria; el hombre desnudo saludaria el desierto, y entraria en posesion de su imperio.

«A la soberana sabiduria le plugo de salvar el bajel; pero la misma onda que lo sacó de los escollos, se llevó un mastelero y me arrojó en el abismo: yo cai como un pájaro de la mar que se precipita sobre su presa. En un abrir y cerrar de ojos estaba ya el navio á una inmensa distancia, ni le era dado detenerse sin correr otra vez el peligro de naufragar. Yo quedé abandonado; y perdiendo toda esperanza de alcanzarle, me eché á nadar hácia las costas menos lejanas.

«Los primeros pasos de la mañana se

habian impreso con manchas encarnadinas sobre las nubes de la tormenta , cuando cubierto de espuma y de brozas de los mares, abordé á la ribera. Abrazándome de las rocas , y corriendo sobre los limos enverdecidos y las pirámides de mariscos , toqué a tierra y me puse á salvo de los furores del Genio de las aguas. De allí á poco , encontré una gruta cerrada con franbuesos, aparté las malezas , y pasé adentro bajo la bóveda de la roca, donde hallé con placer una fuente de agua dulce que brotaba de una hendidura y partia murmurando á los silos de la caverna. Pronto, cogí en la mano de aquel agua , y haciendo una libacion : « Quien
« quiera que tu seas , exclamé, Manitú de
« este retiro , no repulses á un suplicante
« que el Grande Espiritu ha arrojado á tu
« puerta , ni porque me ves maldecido del
« cielo pienses que es un impio esté mal-
« parado salvage que te invoca. Si alguna
« vez vuelvo á ver los ocozoles de mi pa-
« tria y á respirar su perfume , yo te haré
« un sacrificio de dos pollos de cuervo mas
« atezados que el vestido de la noche. Tu

« proveerás la mesa de tu huésped cuando
« sea tiempo: ahora no necesito mas que el
« descanso.» Acabada mi súplica me acosté
sobre unas ramas de pino, y aniquilado de
fatiga, me dormí á los suspiros del Sueño
que bañaba sus miembros delicados en la
concha limosa de la fuente, y reclinada la
cabeza en el musgo, regalaba su oído con
el dulce murmullo de las aguas.

«A la hora que el hijo de las ciudades,
cubierto de una rica vestidura, se entrega
á la alegría de un festin servido por la
mano de la abundancia, se volvieron á abrir
mis ojos en la gruta solitaria. Un momento
mas tarde hubiera despertado hecho trozos
entre los dientes carniceros de un oso blanco,
que se aparece en la puerta, da un hor-
rible bulido, fija en mí sus ojos sangrien-
tos, y se apercibe para la presa. Yo re-
trocedo algunos pasos, y empuñando el
cuchillo con presteza, observo sus movi-
mientos y me dispongo al combate. El mons-
truo se levanta en dos pies, se avalanza so-
bre mí sin dejarme mas tiempo y me coge
entre sus brazos. Su aliento me quemaba

el rostro , y sus dientes crujian junto á mi oido : yo me sentia ya ahogado ; sus uñas iban á separar mis espaldas tan facilmente como abren una concha en los arreeifes ó desgarran una celmena en los bosques. En tamaña apretura invocho al Manitú de mis padres , y con una mano que me ha quedado libre , sepulto mi puñal en el corazon de mi enemigo. Los brazos de la fiera se aflojan , y bien pronto abandona su presa , se desploma , se revuelve sobre las rocas , y estremeciendo la cueba con sus ansias y sus gemidos , vomita el feroz espiritu en las tinieblas.

« Lleno de alegría , junto musgos y raíces á la entrada de mi gruta : dos guijarros me dan el fuego , y mi nuevo hogar resplandece y levanta su llama por cima de los mares. En seguida despojo mi víctima , la bago piezas , quemo los nervios de la lengua y las demas porciones que acodician los Genios , cuido mucho de no quebrar los huesos , y acomodo sobre las ascuas los pedazos mas suculentos. Una vez aprestado el banquete , me acomodo sobre dos piedras

bruñidas por el légamo de las aguas, y comienzo otra vez las comidas del desierto con la hostia que el destino me habia ofrecido, con berros picantes y con algas de las rocas, mas tiernas que las entrañas de un cervatillo. La soledad de la mar y de la tierra estaba sentada conmigo á la mesa; y en verdad no estaba solo del todo, porque alzando los ojos y paseando la vista á lo largo de las ondas, vi, muy léjos, blanquear las velas de mi bajel, que brillaba como una estofa de plata con los postreros resplandores de la tarde. Despues vino la bruma y disipó aquel encanto.

« Satisfecha mi hambre, y esparcido ya el primer velo de la noche, me retiré de nuevo á mi cueva con la cobertura del monstruo que me habia deparado mi fortuna. Guarecida despues mi puerta con una fuerte estacada, me senté y le di gracias al Soberano Espiritu que me habia hecho nacer Salvage, y me daba en aquel momento tantas ventajas sobre el hombre civilizado. Mis pies eran veloces, mis brazos vigorosos, mi vista un lince, y mi corazon imperturbable. Un

Genio amigo de los niños, hijo de la Inocencia y de la Noche cerró otra vez mis ojos, y me dió á beber el zumaque fresco del Meschacébe (1) en la copa dorada de los sueños.

«El silvido de los ehorlitos y los gritos de la barnacla (2) me anunciaron la vuelta del dia. Mi primer cuidado fué salir y parar mis provisiones de guerra: hice un arco, corté seis flechas y armélas con los mejores dientes de la bestia, me tracé una charpa de juncos, labré una percha de cazador, y formé una cuerda de raices. Hecho así, preparé y tomé luego mi refeccion matutina, y cargando á la espalda los restos de mi victima, á manera de un leon marino me avanzo á lo largo de las costas.

«Durante mi mansion en las Cinco Naciones Iroquesas estuve algunas veces en

(1) Bebida refrigerante, sacada del frnto del Zumaque ó Vinagrero, de la cual hacen mucho uso los Salvages de las Floridas.

(2) Cierta especie de ganso que se cria en las orillas del mar.

el país de los Esquimales, y aprendí aquella lengua. Yo sabía que la isla de mi naufragio se hallaba cerca de las costas del Labrador, y me propuse ir subiendo á buscar el estrecho. Mi camino fué largo, porque me engañé muchas veces, y las nieblas y brumazones me escondian la tierra y los mares con frecuencia. Yo atravesé un gran número de valles mas silenciosos que la noche, los mas de ellos de piedra viva tapiada de musgo blanco, por medio de los cuales corrian arroyos de un agua medio elada que iba á esconderse entre las zarzas. Algunos abedules y alerces esparcidos aquí y allí, breñares de frambuesos y groselleros que cerraban algunas veces los caminos, y una multitud de estanques salados cubiertos de todo género de aves de mar, variaban la tristeza de aquellos eternos deshabitados. Estos pájaros me ofrecian un sustento abundante y regalado: los murages, las acederas, los esmirnios y las ovas, ayudaban al condimento y al lujo de mis banquetes.

« Despues de muchos dias acertaron por

fin mis pasos el estrecho: las costas de la tierra del Labrador se mostraron algunas veces á mis ojos, al salir el sol y al ponerse. Esperando hallar algun navegante, caminaba cuanto podia á lo largo de las playas, me empinaba en los promontorios mas elevados, y cruzaba los cabos tempestuosos de aquel mar de las brumas y las nieves: yo corrí de un extremo á otro aquella soledad donde tenian su asiento todos los Genios de las tormentas: yo comencé á perder la esperanza; no ofrecia aquel parage ni una ilusion siquiera que hiciese imaginar la presencia del hombre; la braveza de aquellos mares escalaba las cimas de las rocas y se tragaba la tierra: toda la costa estaba sembrada de ruinas de montañas descoyuntadas aguardando otras nuevas ruinas; y aplicando el oido entre las hendiduras de los montes, se sentia el paso de los torrentes que deramaba el mar alli dentro y llenaban las cataratas del abismo.

« Un dia estaba yo sentado bajo un pino: las olas estaban delante de mí; yo me entretenia con los vientos y con las nubes.

Una brisa fria se levanta de las regiones del Norte, y la bóveda del cielo despide á mi derecha una ráfaga luminosa. Yo descubro una montaña de yelo flotante que se acerca á la ribera. ¡Manitú del hogar de mi cabaña! ¡di tú cual fué mi sorpresa y mi asombro, cuando saliendo una voz de aquel escollo móvil, rompió el silencio de tantos dias, y sonó á mis oídos en aquel sitio la lengua de los amores! Aquella voz cantaba en dialecto Esquimal estas palabras:

« Salud, Dios de las tormentas, salud,
 « ¡O el mas hermoso entre los hijos del
 « Océano!

« Baja de tu montaña, donde el sol avanza
 « riento no luce nunca, desciende, bella
 « Elina; subamos y naveguemos en el ca-
 « rámbano. Las corrientes nos llevan en medio
 « de los golfos; vé los lobos marinos cual reto-
 « zan á nuestros pies sobre las nieves. ¿Por
 « ventura no es esta la estacion de los amores?

« Sé propicio á mi amor, ¡O Dios de las
 « tormentas! guia delante ¡O el mas bello
 « entre los hijos del Océano!

« Yo te haré una venda, preciosa Elina,

« que defienda tus ojos del brillo de la nie-
« ve : yo te labraré una cabaña debajo de
« la tierra , y la calentaré con fuego de mus-
« gos : yo te haré treinta túnicas que sean
« impenetrables á las aguas del mar. Ven,
« cara Elina , sobre la cumbre de nuestra
« roca flotante : desde allí mandaremos á los
« vientos en medio de las nubes , por cima
« de las espumas de las olas. ¿ Por ventura
« no es esta la estacion de los amores ?

« Salud , Dios de las tormentas , salud ,
« ¡ O el mas hermoso entre los hijos del
« Océano ! »

« Tal era aquel encanto raro y prodigioso
que parecía salir de una nube. Cubriendo
mis ojos con una mano , y arrojando á las
olas una parte de mi vestido , clamé con una
voz alterada : « Divinidad de estos mares
« que te has dignado de hacer llegar hasta
« mí tus armoniosos acentos , séme propicia,
« y favorece mi retorno á la patria. » Mien-
tras tanto siguió adelante la montaña , y
en poco tiempo , empujando la mar contra las
piedras , y moviendo un estruendo espanto-
so , quedó barada en las orillas.

*; Cual fué mi admiracion cuando vi bajar de ella un hombre y una muger, aferrados en pieles de las bestias marinas! Las caricias que prodigaban á un niño de tierna edad, me hicieron conocer que eran padre y madre, y que tenia junto á mi una familia. Asi lo ha querido el Grande Espiritu; la felicidad es de todos los pueblos y de todos los climas: el miserable Esquimal sobre un escollo de yelo, es quizá mas dichoso que un monarca europeo en su solio de púrpura: uno mismo es por todas partes el instinto que hace palpitar el corazon de los amantes y de las madres, entre las nieves del polo, ó bajo el tierno plumon de los cisnes del Sena.

«Un espíritu me sugirió de repente un feliz pensamiento. Para sacar partido de aquel Salvage, convenia hacerme dueño suyo é imponerle la ley de la fuerza. Yo dirigí mis pasos hácia la muger; y el marido volando al socorro de sus dos objetos queridos, se viene á mi con furor. Sus ojos negros y pequeños echaban chispas al traves de sus dos lunetas de concha; su cabeza

era gruesa, la nariz afilada, los labios gordos, los dientes anchos, el cabello y las cejas negras, la barba roja y poblada hasta el pecho, la estatura mediana, los brazos y los lomos fornidos. La embestida de mi adversario fué terrible; pero hurtándole el cuerpo, lo dejo pasar en vago, le avanza en aquel momento, lo suspendo en mis brazos, le hago medir la tierra, y poniéndole encima una rodilla le amenazo con el puñal. Su muger desolada se precipita á mis pies gimiendo, y presenta á mi compasion la tierna flor de su seno asida al uno de sus pechos. Yo procuro tranquilizarla, y pasando la mano por cima del Esquimal, lo halago á manera del cazador que acaricia á su perro que ha de guiarle al fondo de los bosques. El Esquimal se incorpora un poco sobre la tierra, y me abraza las rodillas en señal de reconocimiento y servicio. Sin embargo en aquella actitud no tenía nada de rastrero ó de humilde á la manera de Europa: era un hombre rendido, y no mas, al imperio de un poder superior. Reconocido así mi derecho de fuerza, los dos amantes se so-

metieron á su señor y recibieron mis órdenes. Yo aproveché mi tiempo, y les dije que queria pasar á la tierra del Labrador.

«El Esquimal dejó en rehenes su esposa, y partiendo á la roca de yelo, baja un fardo de cueros de becerro marino, los extiende y los acomoda con barbas de ballena, forma una canoa, y la cubre toda en contorno con una piel elástica. Despues se coloca en medio de aquella especie de odre, me hace entrar con su muger y su niño, cierra la piel al rededor de su cintura, y semejante al gran Michabú, da sus órdenes á las ondas, arrea los mares, y enseña las furiosas corrientes del estrecho.

«Un trineo que hubiese partido del gran village de tus padres al tiempo que nosotros dejamos la isla del naufragio, no llegaria mas pronto al famoso palacio de tus Reyes, que tardamos nosotros en arrivar á las costas del Labrador. Era entonces la hora en que las conchas y las pechinas de las playas se entreabren á los rayos del sol, y la estacion del año en que los ciervos comienzan á renovar sus frondosas coronas. Yo salté.

en tierra lleno de alegría ; yo pisaba ya el continente donde vieron mis ojos la primer luz. Mas los Genios me preparaban otros nuevos destinos : yo mandaba ; yo iba á servir.

« A muy poco de andar en aquellas riberas nos encontramos una partida de Esquimales. Aquella tribu de pescadores y guerreros , sin informarse de los árboles de mi pais ni del nombre de mi madre , me cargaron con los pertrechos y los avios de sus pescas , y me hicieron seguir con ellos á una grande canoa que los aguardaba á la vuelta de un promontorio. Cuando estuvimos dentro , armaron mi brazo con un remo , y rompimos á bogar juntos y á subir á lo largo de aquellas costas bravías. Los dos esposos , poco antes mis esclavos , se embarcaron con nosotros , y fueron á la vez mis señores. Al mas fuerte el imperio , al mas endeble la obediencia : esta es la ley de la tierra ; yo me resigné á mi fortuna.

« Despues de muchos dias de viage y de largos y penosos trabajos , llegamos á una region donde el dia no se acababa. Pálido y enſanchado , giraba el sol allí tristemente

por encima de un aire espeso y brumoso. Hacia un lado se veían montañas inaccesibles y precipicios horrorosos donde pasaban como sombras animales desconocidos; hacia el otro embestia los ojos una llanura inmensa de yelo donde venia á vaciarse una mar sin color: mas allá se elevaba una tierra desnuda y macilenta, erizada de peñascos, ceñida de bahías solitarias y de largos cabos descarnados. No se veía ni un village ni una choza; nuestra sola posada eran las hendiduras de las rocas, donde disputábamos el abrigo á las águilas marinas y á los lobos y los leones de las aguas. La tristeza, la soledad, el silencio y el estupor reinaban como en su asiento en aquellas comarcas desamparadas: se sentia allí pesar el cielo, y oprimir y desolar los sentidos una especie de pasmo, yo no sé que manera de desconuelo ó que suerte de espanto imposible de definir. La naturaleza no estaba del todo muerta; pero aquel modo de vida que mostraba, ponía mas grima que la muerte; yo me creia estar fuera de la tierra de los hombres.

« Y sin embargo, amigo mio, aquellos

mismos yermos tan desmarridos y tan mustios, tenían también sus fiestas, y nosotros estábamos en el tiempo de la alegría. Al salir de un puerto estrechísimo por donde caminamos muchas horas sin descanso sobre losas de yelo, desembocamos en un llano espacioso donde había grandes puestos de familias mercantes, y pacian en los musgos las recuas de los tarandos que servían al transporte de las riquezas de aquella zona escondida de la tierra. Víanse allí amontonados y repartidos por clases mil preciosos surtidos de forraduras finísimas que acodiciaban y se reservan vuestros Reyes; grandes odres de esperma albisima de las orcas marinas, con que se iluminan los palacios; pieles y coberturas sin número, con las que se engalanan vuestros corceles, y se embozan las sienes vuestros guerreros; de bigotes y astillas de ballena no se veía el fin, que algún día servirían para ajustar los pechos de vuestras vírgenes. Todas estas cosas preciosas se trocaban allí con alegría contra esencia de fuego, contra dardos y arpones acerados, contra anillos y dijes y mercerías

relumbrantes. Una tropa de mercaderes ingleses mas fieros que los mismos salvages, conducian á los surgideros aquel rico botin de los mares y de las selvas, y se daban prisa á esquilmar aquel campo de la inocencia. Mientras tanto el amor tenia puestas tambien sus tiendas y abria la feria de los placeres. Antes de separarse aquellos hijos de las nieves, se entregaban al regocijo, se hacian banquetes, habia juegos y danzas, y la alegría sentada como un ave de paso entre los chaparros y arbustos medio verdes, hacia cantar un pajarillo maestro á manera del ruiseñor que embelesa de noche nuestros bosques. Concertados los padres y las familias, se celebraron las bodas de los hijos, se repartieron los ajuares á los esposos, y en mirando que el sol bajaba cerca del horizonte y que se avencidaba la noche, se hizo el postrer festin de la despedida, se dieron los últimos abrazos, y cogiendo delante sus ganados, cada cual se apartó á buscar la manida de sus Genios.

«Nosotros nos quedamos los últimos, yo y mis amos: la soledad dió otra vez sus

suspiros, y bien pronto á una claridad perpetua sucedió una noche sin fin; una tarde se puso el sol y no volvió á parecer. Una aurora estéril, que no es el astro del dia quien la engendra, pareció del lado del Norte. Nosotros marchábamos á aquella luz reflejada de los palacios del Grande Espíritu, y al resplandor confuso del crepúsculo de una tarde sin vuelta. Las nieves descendieron otra vez á los valles: los gamos y los ciervos se retiraban en tropas de aquella tierra de destruccion, y los cielos se despo- blaban, sin cesar un instante de pasar por encima de nosotros, gritando, las aves que partian presurosas á los campos meridionales. ¡Ninguna cosa era tan triste, René, como esta emigracion que dejaba al hombre solo! Algunos truenos que se prolongaron en soledades donde ningun ser animado podia oirlos, parecian separar las dos escenas de la vida y de la muerte. La mar clayó sus ondas, las montañas alzaron por cima de las nubes sus garzotas de yelo, las brumas se asentaron sobre los vientos; ninguna cosa se mueve mas debajo de aquel cielo de már-

mol; un silencio profundo reina por todas partes. Al momento mis huéspedes se pusieron á labrar sus cabañas de nieve, y tuvimos tres salones de yelo. Una gran lámpara de piedra, llena de aceite de ballena, con la mecha de musgo seco, nos alumbraba, y servia al mismo tiempo para templar el frío y cocer las carnes de los becerros marinos. La bóveda de aquellas grutas sin aire llovía sobre nosotros gotas eladas: no se podía vivir sino apiñando nuestros cuerpos y apretándonos mucho los unos con los otros: algunas veces era forzoso sujetar el aliento y abstenerse de respirar: otras veces era preciso salir de nuestros sepulcros á buscar provisiones, y alargarse hasta los extremos del mar elado á acechar los ganados de Michabú: allí eran los dolores, y los ayunos, y los tormentos juntos del frío, del hambre, y de aquella noche perdurable, y de aquella niebla continua de escarcha que cortaba las carnes como el acero y quemaba como la llama. ¡Alma de la Gran Liebre! (1) ¡Hasta

(1) Especie de exclamacion de los Salvages del Canadá.

donde no alcanza, ó que género de trabajo desecha, la paciencia del hombre!

— «A medida de estas penas era luego el contento en medio de estos horrores del cielo, si la suerte nos deparaba una foca, ó clavábamos por fortuna una orca. Mis huéspedes se entregaban entonces á alegrías, tan salvages, que yo mismo me espantaba. Se arrastraba al monstruo sobre la nieve, la matrona mas diestra montaba sobre el animal palpitante, le abria el pecho, le arrancaba la hiel, y bebia con ansia el aceite sin hartarse. Todo el mundo se tiraba sobre la presa, y rompiéndola con los dientes, devoraban las carnes crudas: á los gritos de gozo de los salvages se añadian los abullidos de los perros que devoraban los restos del banquete y lamian el rostro ensangrentado de los niños. El guerrero vencedor de la bestia recibia una porcion mas grande que los otros; y euando, abito yá y rebentando de vianda, no podia pasar mas bocado, su muger en señal de amor le obligaba á tragar otros nuevos pedazos y los hacia pasar con sus dedos besándolo. Yo me

acordaba entonces, René, del palacio de tus Reyes y de mi cena en la casa de la Ikuessen.

« Dos viejos y una muger se murieron en estos regocijos de la miseria, y yo comencé á enfermar y á servir de carga á mis dueños. Los Genios de la cabaña de mis mayores, apiadados de mis trabajos, hicieron llegar allí una familia aliada de mis huéspedes, que venia en un trineo tirado de seis perros disformes. Esta familia trajo muchos presentes y se volvió á poco tiempo. La matrona de nuestra huta partió con ella, y me mandó acompañarla.

« La tribu de Esquimales de la raza de los Monsanis donde llegamos, estaba mejor parada que la nuestra, y en vez de una cabaña de nieve ocupaba una gruta espaciosa. Mas de mil individuos se refugiaban en aquel subterráneo, alumbrado con grandes fuegos, y repartido en diversos cuarteles, que podria haber servido en aquella tierra para el alojamiento de un príncipe. La señora de aquel palacio era hija de un marinero frances ya muerto, prisionero de

aquellos pueblos, que libertó su madre cuando le llevaban á los tormentos. No sabia hablar vuestra lengua ; pero el acento heredado de su padre descubria algun tanto su origen , y para mí , á lo menos , tenían cierta especie de encanto sus palabras. La presencia de aquel Frances habia civilizado hasta cierto punto á mis nuevos huéspedes: su esperiencia y su industria les habia enseñado el camino de la riqueza , y sobre todo les habia dado la prevision , que por milagro se encuentra en los Salvages. Aquella roca excavada parecia mas bien un almacén de campaña surtido de todos los menesteres preciosos de la vida , que la mansion precaria de una horda errante. Conociase allí algun órden de gobierno : el marido de aquella India comandaba doscientos hombres de guerra ; todas las otras tribus de aquellos páramos eran sus aliadas , la dulzura de sus costumbres le valia una suerte de imperio en la tierra de las nieves.

« Yo reparé mi salud entre aquella gente hospedadora y benéfica , y lo que es mas , á los ruegos de aquella Esquimala Fran-

eesa, obtuve mi libertad. El hibierno se acababa: la luna habia ya mirado tres meses de lo alto de los cielos las ondas fijas y mudas que no volvian su imágen, cuando una pálida aurora se deslizó á la parte del Mediodia. Aquella luz confusa desapareció: despues siguió mostrándose, cada vez por mas tiempo; se agrandó y tomó poco á poco sus colores. Un juglar que fué enviado á la descubierta, se presentó una mañana y nos dijo que el sol iba á parecer: nosotros arrancamos en turba, aprisa, fuera del subterráneo, á gozar los primeros rayos y saludar al padre de la vida. El astro salió un momento y volvió á esconderse. Parecióme el sol aquel dia la aparicion de un justo que levantando su cabeza radiante sobre la losa del sepulcro, vuelve á hundirse al instante asombrado á la vista de la desolacion de la tierra. Nosotros dimos un grito de alegria y de dolor.

«El sol corrió despues sucesivamente un camino mas largo en el cielo. El mar y la tierra se cubrieron de neblinas volantes, la superficie sólida de los ríos se desató de sus

riberas; se oyó por primer ruido el grito solitario de un pájaro; en seguida empezaron á murmurar los arroyos de la nieve, y los vientos encontraron su voz. Las nubes apretadas en los aires reventaron por último; de todas las montañas bajaban cataratas de un agua turbia; de lo alto de las rocas se despeñaban con estruendo las pesadas aludes medio fundidas, y el viejo Océano, despertando en el fondo de sus abismos, rompe en fin sus cadenas, sacude su cabeza erizada de carámbanos, y vomitando las olas encerradas en sus hondas entrañas, mueve los brazos, balancea las corrientes, y derrama en las riberas, mugiendo, las mareas resonantes.

«A esta señal los pescadores del Labrador dejaron su caverna, y partieron á hacer sus logros y á cantar sus amores. Mis generosos huéspedes me colmaron de regalos, y yo partí tambien hácia las regiones del Mediodía y del Poniente á buscar los rios y los lagos de mi infancia. Despues de atravesada una inmensidad de desiertos y haber comido la porcion del viagero entre cien na-

ciones escondidas, con quien discurri algunos años y completé la escuela de los trabajos del hombre, llegué en fin á los Siujos, gente querida de los Genios por la pureza de sus costumbres, por su sinceridad, su justicia, su religion y su larga piedad con los peregrinos. Este pueblo pastor se extiende en las praderas entre las aguas del Misóuri y del Meschacébe; no tiene gefe ni leyes; el instinto de la virtud lo gobierna: sus ganados le hacen dichoso y le dan la paz de la abundancia.

«Cuando supieron la llegada de un extranjero, vinieron los padres de familia y se disputaban el honor de albergarme. Nandú, que contaba seis hijos y un gran número de yernos, obtuvo la preferencia: se declaró que él la merecia como el mas justo de los Siujos, y el mas feliz por la fecundidad de su esposa. Aquel viejo benigno me tomó entonces de la mano, y me llevó á una tienda de pieles abierta por todas partes, sostenida por cuatro estacas y levantada al paso de un arroyo, bajo la sombra de un sauce antiguo. Las otras tiendas, dó se

vian bullir mil familias gozosas, estaban esparcidas en la inmensa extension del campo que recogen las dos riberas: los rebaños pacian al léjos en las llanuras.

«Las mugeres lavaron mis pies, y me sirvieron despues un cesto de panales, crema de nuez, cuajadas, y bollos tiernos de harina de cebada amasados con azucar de erabulo. Mi huésped hacia entre tanto una libacion con leche y con agua de la fuente, invocando al piadoso Tebeo, Genio pastoral de aquellos pueblos. Acabada la ceremonia religiosa, y satisfecha mi sed y mi hambre, me tomó otra vez de la mano, y llevóme á un lecho blandisimo de agayomba y de manzanilla olorosa cubierto del vellocino de una cabra montesa. Rendido por el cansancio de mi postrer jornada, me dormi al religioso murmullo de los votos que hacian al cielo mis huéspedes, á los cantos de los pastores, y á los últimos rayos del sol que bajaba tambien á acostarse, y cruzando la tienda cerraba con sus palillos de oro mis párpados soñolientos.

«La mañana siguiente me preparaba ya

à buscar las deseadas orillas del Meschacébe, pero me fué imposible arrancarme à la tierna solicitud de aquel pueblo. Cada familia me queria dar una fiesta: todos me preguntaban; fué preciso contarles mi historia. Su piedad y su compasion se aumentaban à cada instante; las matronas lloraban, los viejos me miraban como un prodigio de la fortuna, y bendecian los Genios que se encargaban de la guarda del hombre. Yo consenti à quedarme y comer ocho dias con ellos el pan sabroso de la inocencia.

«De todas las naciones que he visitado, ninguna me ha parecido mas dulce ni mas feliz. Los Siujos gozan todos una vida cómoda y agradable; en su modo de subsistir no les falta ninguna cosa de cuanto satisface los deseos verdaderos del corazon: los cuidados inquietos, la envidia, la ambicion la sed del oro y la plata, ninguno de los vicios que han traído à los desiertos los Europeos, han tenido jamas entrada en aquel pueblo incorruptible. Una sola pasion los domina, el amor de la libertad; y ellos gozan hasta tal punto este bien precioso, que

ni el suelo mismo natal que subyuga y que circunscribe á los demas hombres, podria tasarles su independencian. Como el ave viagera, van y vienen tras de los dias hermosos y las brisas fragantes. Donde quiera que hace verano y hay un campo risueño y fértil sin dueño donde puedan clavar sus tiendas y apastar sus rebaños, allí está tambien su patria sin mas lindes que los hibiernos ó los mares. No hacen agravio á nadie, ni lo padecen: ningun pueblo podria atacarlos impunemente ni querria tenerlos por enemigos, porque son tan valientes, como humanos y amigos de la equidad y la justicia. Los Dioses protectores y medianeros de la lealtad y de la buena fe de los pueblos van con ellos á todas partes: su estandarte es un sol, emblema de la bondad; un escudo, que significa su independencian, y un caldero y un báculo con que expresan la vida errante.

«Yo estaba ya á la vispera de partir: era muy de mañana, y cuando salí de mi tienda, ví que se hallaban juntos los pastores. Nadú se llegó á mí con dos de sus hijos, y

me condujo á un cercado de árboles donde se habia reunido un consejo. Los ancianos se sentaron ; los jóvenes escuchaban de pié derecho al rededor de sus padres.

« Nadué tomó la palabra y me dijo : « Chác-
« tas, hace ya días que nuestros viejos, ob-
« servando el acrecimiento de esta nacion ,
« y pensando siempre lo mejor para ella ,
« han resuelto que no conviene dejar nues-
« tra dicha presente á la suerte inconstante
« de las cosas humanas. Las familias se mul-
« tiplican y los parentescos se alargan ya
« entre nosotros de tal manera , que el lazo
« de la sangre y las habitudes domésticas
« no podrán ser bastantes , á poco tiempo de
« aqui , para mantener esta paz y esta union
« que nos legaron nuestros mayores en me-
« nor número que nosotros, de la cual pende
« nuestra existencia y nuestra virtud. Des-
« pues de esto, el desierto se halla invadido
« por todas partes de los Blancos más fuer-
« tes y mas astutos que nosotros , los cua-
« les, ó nos exterminan con la guerra , ó
« nos pierden y nos corrompen con su amis-
« tad. Nosotros tenemos necesidad de un

« jefe de nuestras carnes , pero que sea me-
« nos simple que nosotros , y que esté mas
« probado en los usos y en las costumbres
« de las naciones civilizadas. Los Siujos lo
« han meditado , y á una voz te han pedido
« por su caudillo : nosotros te emprestare-
« mos nuestro poder , sin dañar nuestra li-
« bertad ni alterar nuestra regla de vida.
« Tu serás el conservador y el guardian de
« nuestros derechos : nuestros viejos te asis-
« tirán en los consejos , y nuestros jóvenes
« irán tras de tí contra los agresores , en las
« demandas y en las querellas que nos mo-
« viere cualesquier enemigo.

« He aqui pues lo que haremos : tu esco-
« gerás la mas bella de las hijas de los Siu-
« jos. Cada familia te ofrecerá cuatro novillas
« de tres años y un toro , siete cabras preña-
« das y otras cincuenta cabras de leche , con
« mas un perro adestrado en las carreras del
« corzo , de la bicerra y de las otras bestias
« monteses. A estos dones añadiremos cua-
« renta vellocinos de búfalos con que cubras
« tu tienda. Cuando vean tus riquezas , nin-
« guno podrá dejar de tenerte por dichoso.

« Considera , Cháctas , los Genios que nos
 « escuchan y nos han inspirado esta pro-
 « puesta. Nosotros deseamos formar un pue-
 « blo , tú nos gobernarás con justicia, y po-
 « drás adquirirte una gloria inmortal. ¿Por
 « ventura podrias llenar en la tierra algun
 « destino mas sagrado? Tu padre no existe
 « mas , y tu madre duerme con él ; en tu
 « patria serias mirado como extraño. Guarda,
 « si nos desprecias , que los cielos castiguen
 « tu ingratitude ; ó que agriados , porque
 « frustrares sus esperanzas rehusándote , te
 « maldigan en su dolor los Siujos : tu no
 « ignoras que el Grande Espiritu cumple las
 « maldiciones que pronuncian los hombres
 « simples. »

« Tal como un hombre herido por la fle-
 « cha invisible de un Genio , me quedé mudo
 « en medio de la asamblea. Cuando encontré
 « mi lengua y pude hallar las palabras , res-
 « pondi de esta suerte : « ¡ O Nadué á quien
 « los pueblos honran justamente ! yo te ha-
 « blaré en la pureza de la verdad. Yo pongo
 « por testigos á los Manitús protectores del
 « hogar donde he recibido el asilo , que ja-

« mas la palabra de mentira ha manchado
« mis labios : tú verás tambien en mi ros-
« tro hasta que punto se ha conmovido mi
« corazon. La acogida que he hallado entre
« vosotros , no se apartará un instante de
« mi memoria en los dias de mi vida. Los
« presentes que me ofreceis , no podrian ser
« desechados por ningun hombre que tu-
« viese algun sentido ; pero yo no soy sino
« un miserable que los destinos han conde-
« nado á vagar por la tierra. ¿Qué interes
« ó atractivo podria tener para mí el rei-
« nar? Hijos afortunados de los dos rios se-
« ñores de la tierra ¿por qué causa descon-
« fiais de la virtud que heredásteis de vuestros
« padres , y pretendéis elegiros un due-
« ño ! ¿Qué sabéis , si un espiritu enemigo
« y envidioso de vuestra suerte , os ha ten-
« tado mas bien con el pensamiento de ar-
« rendar vuestra libertad ! Si llegais á per-
« derla ¿pensais vosotros que estará luego
« en vuestras manos el volverla á adquirir ?
« La libertad ¡o Siujos ! es un arbusto de la
« misma familia que la inocencia ; en cor-
« tándole no retoña , todos sus hijos perecen.

« ¿Que teneis vosotros que temer? Si ene-
« migos injustos osaren alguna vez atacaros,
« implorad el cielo y os salvará, porque vues-
« tras costumbres son santas.

« Por lo que hace á mí, si he podido ins-
« piraros algunos sentimientos de compasion,
« no detengais mas mis pasos; llevadme á
« las orillas del Meschacébe, dadme una
« barca de cipres, y dejadme ya que des-
« cienda á la tierra del liquidambar. Yo no
« soy un malvado á quien los Genios cas-
« tigen por sus crímenes: no temais incur-
« rir en la indignacion del Soberano Espí-
« ritu porque favorezcáis mi retorno. Mis
« vigiliás, mi sueño, mis dias, mis noches,
« el aire que respiro, todo está lleno de las
« imágenes de esa patria querida por la cual
« suspiro tanto tiempo. Yo soy el mas infe-
« liz de los cervatillos de los bosques: no
« cerréis vuestro oido á mis lamentos.»

« Los pastores se enternecieron; el Grande
« Espiritu los habia criado compasivos. Cuan-
« do cesó el murmullo de la turba, volvió á
« hablar Nadué y me dijo: « Tus palabras
« han movido á estos hombres, y á los Ge-

« nios tambien. Nosotros te concedemos la
« piragua para tu vuelta ; pero contraigamos
« primero nuestra alianza : juntemos pie-
« dras ; levantemos un alto , y comamos en-
« cima.»

« Al instante pusimos mano al convite sa-
grado : el Manitú de Nadué, el de los Siujos
y el de los Natches , recibieron el sacrificio.
Cumplida la alianza y complacidos con ella
los pastores , marché con ellos seis dias en
busca del Meschacébe : cuando me dijeron
que estaba cerca , comenzó á darme saltos
el corazon y queria subirse á mis ojos. Yo
le ví en fin , lancé un grito y llegué á sus
orillas de una sola carrera. Yo me arrojé á
sus ondas como un pescado que se escapa
de las redes. Puesto de pié derecho con el
rio á la cintura , y llevando á la boca un
puño de aquel agua consoladora : « ¡ Tú
« estas aquí , grité como un loco , tú estas
« aquí , yo te tengo , rio querido que bañas
« el pais de Cháctas ! ¡ Tú estas aquí , yo te
« poseo otra vez , rio bendito , donde ape-
« nas venido al mundo me chapuzaron mis
« padres ; en cuyas frescas márgenes reto-

« zaba de niño con los tiernos amigos de
« mi infancia ; rio que corrias delante de la
« cabaña de Utalissi , y regabas el tama-
« rindo donde colgaba mi madre mi hama-
« ca ! Si , yo te reconozco ! Este es , este es
« el color de tus ondas que blanquean como
« la leche de las cabras ; este es tu mismo
« gusto , y tu frescor deleitable , y tu tacto
« blandísimo. ¡ Ah ! si ya la alegría de mis
« primeros años no se pudiere atar á los dias
« de viudez y luto que me decretaron los
« astros , yo lloraré á lo menos en tus ri-
« beras con libertad abrazado á los árboles
« de mi patria. »

« Tales cosas hablaba en el arrebatado de
mi espíritu : mis huéspedes se gozaban en
mi contento como hombres justos y senciellos.
Yo abracé á Nadué y á sus hijos , y pronuncié
en voz alta sobre aquel pueblo misericordioso
las bendiciones del pobre. La piragua estaba
ya lista , amarrada á un tronco , y cargada de
presentes. Yo parti : los pastores conmovidos
se esparcieron por las orillas y me hicieron
llegar largo tiempo sus saludos ; las mugeres
tiraban flores al

rio, y una tropa de zagalillos siguió á nado mi esquife un buen trecho, invocando los Genios conductores. Mi viage fué dichoso: de memoria de hombre no ha sucedido nunca desgracia al viagero que recomiendan al cielo los votos de estos pueblos pacíficos. Los Dioses aman los pastores y se alojan de preferencia en medio de las tiendas y los baños.

« No tardé mucho tiempo en llegar á la embocadura del Misóuri: tú has visto ya, René, lo demas del camino. Mi agitacion se aumentaba por instantes; cada rio tributario del Meschacébe que yo via entrar, me parecia un auxiliar de mi marcha: mi piragua volaba; mis deseos la hacian avanzar otro tanto como los vientos y las ondas: pronto ví la familia de las mimbreras con que se tejen los canastillos pintados de los Náches, y las altas cañas lozanas, en cuyos anchos nudos bebia yo la tisana rica de mis erablos. Cuando, mas adelante, divisé las palmeras de los Selonis y los Panimas, al instante volvi la vista á la ribera del Oriente, y descubri las cimas de los magno-

lios, y alcanzaron mis ojos los techos de la patria! Mi corazon flotó en mi seno, y cesó de latir; yo cai desmayado y sin sentido en el fondo de mi barca, que empujada por la mano del río, fué ella misma á bararse á una orilla sagrada entre el templo y la cerca de las tumbas.

« ¡Boscages de la muerte que cubrireis bien pronto con vuestra sombra las cenizas del viejo Chaactas! ¡Encinas antiguas, compañeras y amigas dulces de mi vida llorosa y solitaria! ¿cuales fueron, decid, mis pensamientos, cuando vuelto en mí mismo del golpe con que me hirió el Genio de la patria, me hallé sentado en medio de la plaza delante de aquella turba curiosa que se apiñaba en mi rededor! Yo miraba el cielo y la tierra, las casas, los árboles, los Salvages, sin poder hablar ni explicar los transportes de mi alma. Pero cuando uno de aquellos incógnitos se acercó á preguntarme y me dijo algunas palabras en náteche, entonces, aliviado de mi opresion y llorando á gritos, me tiré al suelo, y abracé mi tierra natal, y pegué mis labios á aquella madre

querida. Levantándome luego, exclamaba como un loco: «¿Son estos ya los Natches? «¿Manitú de mis desgracias, sería esta «una vision ó un delirio! ¿Es la lengua de «mi pais la que acabo de escuchar? ¿No se «habrá engañado mi oido?»

«Yo tocaba los brazos, el rostro, los vestidos, y los collares de mis hermanos. «Hablad, amigos míos, les decia; mis queridos amigos, hablad, repetid esas palabras que yo entiendo todavia; alegrad otra vez mi oido con los dulces acentos de la patria. ¡O language querido de los Genios! ¡O lengua en la cual aprendí á pronunciar el dulce nombre de padre, y que entendia yo ya, cuando me acariciaba, colgado de sus pechos, mi madre! ¡Natches! ¡Natches! ¿por qué os tardais así en abrazarme?»

«Los Natches estaban asebrados. Al notar el desorden de mis sentidos, se persuadieron que yo era un hombre poseido por el espíritu de Atahansía en castigo de alguna accion execrable, y me querian sacar, como á un hombre entredicho, de las

inmediaciones del templo. ¿Quién podía conocerme despues de diez y siete nieves de ausencia, y de tantos rigores con que habia alterado mi rostro la fortuna?

«El bullicio crecia: de repente se eleva un grito en la muchedumbre, y yo á mi vez doi otro reconociendo los compañeros de mis ca d ena en tu patria y arrojándome entre sus brazos... « ¡ Cháctas! ¡ Cháctas! » esto es todo lo que ellos pueden decir en su enternecimiento. Al momento resuenan otras mil voces: « ¡ Cháctas! ¡ Cháctas! ¡ Genios « inmortales! ¿Es este Cháctas, el hijo de « Utalissi, el desafortunado guerrero del « Canadá, que quedó sepultado en los ma- « res, cuya cifra hace poco tiempo que gra- « bamos sobre la losa de sus padres? »

«Por todas partes subian las aclamaciones al cielo; resonaba un ruido confuso en la aldea semejante á los ecos de las olas en las montañas. Mis amigos me contaron que llegados á Quebec en el mismo navio de mi infortunio, volvieron á su patria dichosamente, y que al cabo de tres años habian venido á contar mis desgracias á mis parien-

tes y á mi pais. En seguida me condujeron los sacerdotes al templo donde colgué mis ropas en ofrenda. Desde allí, despues de haberme purificado, y sin tomar ningun alimento, me trasladé á los Boscages de la muerte y saludé las almas de mis padres y mis abuelos. Los ancianos vinieron allí á buscarme; la noticia de mi llegada habia volado ya de cabaña en cabaña. Muchos de ellos me conocieron al instante, sin que nadie los advirtiese, por la sola semejanza á mi padre. «He aqui los cabellos de Utalissi» exclamaba el uno: «Ese mismo era su mirar y su voz» decia el otro: «Ese era el aire y la marcha de su abuelo, decia una antigua matrona; pero el nieto es mas alto, y su expresion es mas dulce.»

«Los hombres de mi edad acudian tambien, y trayéndome á la memoria pasages y circunstancias de nuestra infancia, me dejaban que adivinase quien eran: á otros los conocia, primero que me hablasen, que me habian sido muy familiares; mas no podia acordarme de sus nombres. Las matronas y las dóncellas no se vian satisfechas

de preguntas : casi todas venian cargadas de presentes.

«Yo pregunté por mis parientes: la hermana de mi madre existia, pero enferma, en el último trance de la vida. Mis amigos me condujeron á su lecho. Cuando oyó pronunciar mi nombre, abrió los ojos con ansia, é hizo un grande esfuerzo por verme. Ella me conoció, me tendió la mano, miró hacia el cielo con una santa sonrisa, y cumplió su destino. Yo salí con el alma oprimida de los mas tristes presentimientos: un funeral fué la primera y la postrer fiesta de familia que yo encontré para solemnizar mi retorno!

«La noche la pasé en la cabaña de mis compañeros de esclavitud. Nosotros nos contamos sobre la piel de oso muchas cosas sacadas del fondo del corazon, de aquellas cosas que se hablan entre amigos y camaradas de infortunios, escapados á las tormentas de la fortuna. Por la mañana, despues de haber saludado la hermosa luz de la patria, me fui solo á buscar la cabaña de mis padres. Tal estaba, René, como la

habian puesto la soledad y los años; un magnolio se alzaba en medio de aquel suelo desamparado, y sus ramas atravesaban los techos; los muros estaban por todas partes resquebrajados y cubiertos de musgo, y una yedra abrazaba con sus manos negras y vellosas todo el contorno de la puerta.

« Yo me senté al pié del magnolio, y conversé largamente con mis recuerdos. « Tal vez, me decia yo á mí mismo, si la religión del desierto no se engaña en sus hondas creencias, tal vez que haya vuelto mi madre á su cabaña, bajo la forma de este árbol, á esperar á su hijo y guardar su hogar. » Lleno de estas ideas, acariciaba aquel tronco doméstico que se habia aposentado en mi casa desierta y le servia de Genio durante la ingrata ausencia de los amigos de mi familia. Complaciamme, en verdad, y adulaba hasta cierto punto mis justas quejas encontrar en la sucesion de mi techo hereditario, no los hijos indiferentes de los hombres, sino una generacion pacífica de árboles y de flores. La conformidad de destinos que yo encontraba en mí

y en aquel magnolio misterioso que estaba solo de pié derecho entre ruinas, enternecia mi corazón. Además de estas cosas, ¿no fué también una magnolia la postrera flor que yo puse en la cabeza de Atala y bajó con ella á la sepultura?

«Todas estas ideas tiernas y melancólicas se apoderaron de mi espíritu, y me tuvieron todo el día distraído en medio de los obsequios que me hicieron algunas familias aliadas de mis padres. Yo me volví á la noche á mis ruinas, y busqué en aquellas dulces tinieblas mi reposo. Mi pensamiento dominante al quedarme dormido, fué de restablecer mi cabaña y consagrar el magnolio á la memoria de Atala. No tardaron en sucederse los sueños llenos de sombras, de terrores y de estraños enigmas. Mas de una vez desperté azorado, y creí sonar ruidos y murmullos cerca de mí. Yo recogía mis miembros, me cubria la cabeza, é invocaba mi Manitú, sin poder comprender la voluntad de los Genios. Pero al fin se explicaron, cuando vencido ya de fatiga hacia la mañana, yo no sé si dormido ó ve-

lando, vi llegarse hácia mí un Sachem tan viejo como la tierra. Relumbraban sus ojos de un fuego oscuro de color de esmeralda, y la frente, limpia de cabellos, parecía una roca de alabastro. Una barba espesa y canosa le hacia sombra en la cintura, y un vello lacio y desmarrido, semejante á la yerba que nace en las lagunas, cubria su pecho. Adornaba sus sienes una corona de espadaña y de algas; sus riñones iban ceñidos de un lustroso faldon de juncias y de tristes mastranzos; en su espalda ondeaba una larga capa de nutria, y por báculo se apoyaba sobre una caña erizada de nudos y poblada de hojas verdiondas: el agua corria á chorros de sus vestidos y de su barba limosa.

«A la vista de aquel prodigio que se acercaba cada vez mas, me crugian los huesos, y se me abrian las carnes de espanto: yo me sentia embargado y hacia vanos esfuerzos por levantarme; yo queria hablar y mi lengua estaba inmoble; yo queria suspirar, y una fuerza invisible me sujetaba el aliento. En fin resonó la voz de aquel viejo porten-

«toso, que juzgara yo ser tal vez el anciano
de los rios, ó el Meschacébe mismo salido
de sus hondos palacios. «Cháctas, Cháctas,
«me dijo (y el ruido que salia de su pecho
«se parecia al retumbo del huracan), hombre
«desavisado, ¿te atreverás tú á disputar con-
«tra un Genio la posesion de esta morada?
«¿Piensas tú que ha llegado el fin de tus
«trabajos, y que no te falta mas que sen-
«tarte sobre la estera de tus padres? ¿Por
«ventura pretenderás suceder á Utalissi, y
«apartar los terribles presagios que ame-
«nazan al Nátche? Un dia vendrá...; Di-
«choso tú, si antes que se derrame la san-
«gre se hubiesen ya cerrado tus ojos! Los
«tiempos...»

«Alli se interrumpió; y sacudiendo la
caña que llevaba en la mano con mas fra-
gor que si se moviese una selva, balanceando
de arriba abajo su cabeza y agitando furio-
samente con la otra mano la desmelenada
barba, me lanzó una mirada profética. Yo
me arrojé á la tierra, y aguardaba mi fin,
apegado mi rostro contra el polvo. Succe-
dióse despues á esto un silencio profundo.

Cuando alcé mi cabeza , me encontré solo en mi retiro : mis miembros estaban yertos , mi corazon se salia por la boca , mis arterias sonaban en mis oidos como los pasos de un torrente , la tierra se andaba toda en mi rededor . Yo tardé todavía mas de una hora en volver en mí mismo y cobrar mi espíritu . La luz del dia vino en fin , y yo dejé mi cabaña para siempre .

« Lo que quiera que aquello hubiese sido , sueño , vision , realidad , ó delirio de mi cabeza exaltada , yo no he osado despues en mi vida volver á entrar en aquel recinto querido , ni he podido nunca vencer cierta especie de terror religioso que me inspira aquel sitio . Yo labré mi nueva cabaña bien léjos en el lugar que tu conoces . Hecho este sacrificio á la voluntad posible de los Genios , abnegué tambien , cuanto á mí , los demas deseos de la vida , y me consagré todo entero á la patria , sin tener cuenta con aquella amenaza oscura que me vedára seguir los senderos santos de la sabiduria de mi padre Utalíssi . Yo no he podido jamas persuadirme que el Grande Espiritu nos pro-

hiba practicar la virtud y nos mande abstenernos de hacer bien á los otros hombres. Adario volvió de allí á pocas nieves, y los dos trabajamos de consuno con ese anciano heróico, nuestro Gran Gefe, en mejorar la suerte de los Náches y establecer su libertad sobre una larga base de intenciones leales y de principios generosos. El suceso ha correspondido á mis esperanzas, y no he tenido nunca motivo de arrepentirme: por un poco de bien que he hecho, me han pagado con mucho amor.

«Yo avanzo á grandes pasos hácia el término de mi carrera: mientras tanto dirijo al cielo mis súplicas porque aparte las tempestades con que de largo tiempo amenaza á los Náches, y si se necesita una víctima, que me reciba á mí en sacrificio. A este fin procuro santificar mis dias y hacerme digno de mis votos. Esta es la sola precaucion que he tomado contra los riesgos, sean los que fueren, del porvenir. Yo no he querido preguntar á los juglares ni consultar los oráculos: nosotros debemos cumplir los deberes que la virtud nos enseña, sin pretender

forzar los secretos en que la voluntad suprema se envuelve. Hay una especie de sabiduría inquieta y de prudencia culpable que los cielos castigan justamente. Si despues de puestos los medios que encaminan al bien, llega el mal, no seremos nosotros á quien se pida razon de los destinos inexorables que burlan las esperanzas inciertas, y los impotentes designios de los hombres. »

Cháctas acabó aquí sus historias, y pareció transportarse en un éxtasis religioso. René admiraba cada vez mas la sabiduría de aquel anciano, semejante á la voz del cisne cuando canta en la soledad y embelena las orillas del lago en los dias posteros de su existencia inocente.

LIBRO NONO.

Los viageros llegaron al pais de los Ilineses, donde Cháctas arregló en pocos dias con los gefes de las tribus los derechos y las disputas pendientes entre las naciones del desierto. En seguida, dado el aviso á los Nácthes, la juventud cazadora subió el rio, se sortearon los distritos á cada pueblo, y se poblaron de enemigos los silenciosos valles habitados por los castores. Aquellos pacíficos y maravillosos anfibios fueron atacados y destruidos en sus retiros. Ofrecidos despues los holocaustos de costumbre á Michabú y á los Genios subalternos que presiden las cazas, en el dia señalado por

los juglares se juntaron los Indios , y comenzaron el despojo de sus víctimas.

Tres causas graves de guerra existen entre los Salvages : la invasion de las tierras, el rapto de una familia , y la destruccion de las hembras de los castores. Ignorante del derecho público de los Indios , y no teniendo todavía la experiencia de los cazadores, René había tirado sobre algunas hembras. A muy poco de empezado el despojo , se oyó el grito de un Indio asombrado que dice : « ¡ Una hembra de castor ! » — « ¡ No hay una, sino « mas ! » replicó otra voz angustiada. Los guerreros mas firmes se estremecieron y soltaron las cuchillas de sus manos : Cháctas mismo pareció turbado. Los Natches se reunen en confusion , y se comienza á deliberar en tumulto. Onduré pretende que se entregue el culpable á los Ilineses para evitar una guerra sangrienta. René salta en medio al instante , no presenta ninguna excusa y se muestra pronto á servir de expiacion. « Donde quiera que voy , dijo á Cháctas , me siguen mis infortunios : deshaceos « de este hombre que pesa sobre la tierra. »

Otugamiz sostuvo que el guerrero blanco, cuyo Manitú de oro, gage de la amistad jurada, llevaba al cuello, no habia pecado sino por ignorancia. « Los que tienen tanto « miedo de los Ilineses, dijo con una noble « arrogancia, podrán ir á suplicarles que « les concedan la paz. Por lo que hace á « mí, si ellos fueren injustos y no admitie- « ren razones, yo sé otro modo mejor de « obtenerla, que es el hacha. El hombre « blanco es mi amigo; cualquiera que sea « su contrario lo es mio tambien » Al pronunciar estas palabras, el jóven Salvage dejó caer una mirada terrible sobre Onduré.

Otugamiz tenia otro tanto crédito entre los Náches por su valor como por la candidez de su alma. Sus amigos solian llamarle Otugamiz el simple porque no tomaba jamas la palabra en los consejos, ni en los corrillos de los mozos: sus virtudes se mostraban tan solo en sus acciones. Aquella salida repentina, y aquella varonil elocuencia que la amistad habia puesto en sus labios, acabó de cautivarlos: la juventud generosa y guerrera aplaudió sus sentimientos y se unió á

ellos. Demas de esto, René habia adquirido sobre sus compañeros salvages aquel género de ascendiente que, sin buscarlo, le daban sobre los ánimos la belleza de su persona y la noble sencillez de su carácter. El dictámen de Onduré fué desechado. Se ofreció un sacrificio expiatorio á los Genios de las hembras de los castores; se quemaron las tres que habia muertas, y se echaron al fuego tres dardos y tres flechas maldecidas por un ministro del templo. Despues se impuso á todos segun el rito sagrado la obligacion del silencio.

Aunque los Ilíneses no tuvieron por entonces noticia de este fatal accidente, se creyó sin embargo necesario abreviar el tiempo de las cazas. Esta vuelta temprana no causó mucha estrañeza en las familias, porque la atribuyeron á noticia que habrian tenido los cazadores de ciertas libertades que durante su ausencia se habian tomado en la aldea las gentes del castillo. Algunos soldados borrachos, y unos pocos aventureros de la colonia, habian insultado á las mugeres. El intendente Febriano promoviendo

secretamente estos desórdenes, se habia propuesto irritar de nuevo á los Náteches, y suscitar obstáculos á la renovacion de las treguas que se hallaban muy cerca de ajustarse. Mas el capitán Artagnetes, protector vigilante de los Indios, hizo reprimir estos excesos, y habia llegado á la sazón, por encargo del Comandante, para ofrecer una justa reparacion á las familias ofendidas. Esta fué la ocasion de conocerse con René, á quien habia defendido mas de una vez contra las siniestras imputaciones de Febricano. Los dos Franceses se amaron desde aquel dia con un afecto simpático. El viejo Adario, enamorado de las prendas de aquel noble guerrero, se complació en tenerle en su cabaña: Otugamiz y Celuta se juntaron con la familia de su tio para agasajar á su huésped. La humanidad y la dulzura de este bravo oficial le ganaron la confianza de los Náteches, y las negociaciones se adelantaron á punto de poder esperarse una paz honrosa y duradera.

Despues de algunos dias, cuando apenas los Náteches habian vuelto á gustar las dul-

zuras del reposo y á prometerse un porvenir favorable, he aquí una noche, estando Cháctas sentado con sus amigos junto al fuego de su cabaña, cayó á sus pies un hacha teñida en sangre. Sobre el mango de la cuchilla habia sido grabada la imágen de una hembra de castores, y el simbolo de la nacion ilinesa. En las demas cabañas de los otros Sachems fueron arrojadas del mismo modo otras hachas. La guerra era inevitable.

El feroz Onduré que habia visto frustrarse la mejor ocasion de perder á su rival europeo; cuyo orgullo habian humillado los cazadores; que se encontraba detestado por los Sachems, cuya ambicion no tenia mas apoyo que el favor caprichoso de una muger criminal, á quien aborrecia, y á quien estaba sacrificando sin premio todas sus afecciones, Onduré, en fin, que aguardaba ver de un instante á otro á Celuta en los brazos del estrangero, habia sido el incitador de aquella guerra fatal que iba á encenderse. En su sed de venganza, necesitaba para saciarla empuñar el cetro. La muerte del Gran Gefe se tardaba demasiado para llevar á cima

sus esperanzas inícuas, y era menester una guerra cuyos azares le pudieran poner en sus manos los destinos del Nácthe. A este fin hizo llegar astutamente á los Ilineses la nueva del sacrilegio cometido en la caza de los castores, encargando á sus emisarios de exagerar el escándalo de la impunidad en que vivia el delinente, y el desprecio que se habia hecho del derecho de las naciones. Conseguido irritar aquel pueblo y que tomase las armas contra los Nácthes, sabia muy bien que el viejo Sol marcharia, á la cabeza de su pueblo, á buscar al enemigo; y en este caso, si faltaba una flecha Ilinesa que le hiciese caer, él podria muy bien con una suya deshacerse de aquel gefe importuno en la confusion del combate. Una vez el imperio vacante, el amor de Akansia moveria cielo y tierra por alcanzarle la tutela del Sol; él se ayudaria al mismo tiempo con sus riquezas para adquirirse los votos flacos del consejo, y si la suerte se mostrase aun dudosa, la amistad de Febriano, y la proteccion del castillo, con que, merced á sus traiciones, contaba, decidirian su eleccion.

Tan léjos como esto avanzaban sus horribles proyectos. Su primer cuidado desde aquel dia fué embaucar á la muger Gefe y encadenar su corazon á fuerza de halagos y promesas. Aquella muger crédula y disoluta no tardó en consentir á todos los delitos al precio de una caricia.

Entre tanto el amor de Celuta á René se aumentaba cada vez mas en el silencio y en el dolor de su corazon. Los murmurios que comenzaban á levantarse por todas partes contra el guerrero blanco, redoblaban el interes de la noble India por aquel hombre inocente y desgraciado: el verdadero amor crece con los peligros y las desgracias del objeto que se idolatra. Celuta amaba, en medio de esto, de valde. René cumplia su suerte, y arrastraba la enfermedad de su corazon, cuyo mayor tormento era el deseo de amar, sin hallar en toda la tierra ninguna cosa que pudiese engañar la desgana y el tedio de su voluntad paralitica. Ya el desierto tan nuevo, que le pareció tan brillante y tan lleno de encantos en los primeros dias, se comenzaba á envejecer á sus

ojos: sus tristezas volvieron, y las llagas de sus recuerdos se tornaron á abrir con los mismos dolores. En la sed insaciable de sus deseos, vagos é incomprensibles, estaba ya apurando la soledad, como habia apurado de antes el mundo. Personage inmóvil en medio de tantas criaturas en movimiento, centro de mil pasiones que él no participaba, y á las cuales servia de cebo sin saberlo ni buscarlo, el hermano de Amelia se encontraba siempre por algo en las calamidades y en los fracasos del lugar que habitaba: su figura y su voz atraían, y causaban despues una especie de ajojo: amar y sufrir era la doble fatalidad que parecia imponer á cualquiera que se acercaba á su persona. Arrojadó en el mundo como una grande desgracia, su pernicioso influencia se extendia hasta cierta distancia á su rededor: de la misma manera hay árboles hermosísimos, debajo de los cuales no es posible sentarse ni respirar sin morir.

René conocia bien esta triste virtud apegada á su existencia, y se echaba á si mismo en cara, como una suerte de impiedad,

el haber trahido su mala estrella entre aquellas gentes inocentes. « ¿Qué necesidad tenían ellos, clamaba con un dolor amargo, de asociarse á las inquietudes y á las miserias de mi vida? ¿Como ha sido posible que yo les vuelva una guerra en pago de su hospitalidad generosa? ¡Yo voi á ser la causa de la desolacion de estas cabañas pacíficas! ¿Qué razon daré yo á cada madre de la sangre que se derrame de sus hijos? ¿por qué no aceptan en lugar de ella esta vida penosa que no merece ningun rescate y es una plaga sobre la tierra? »

Pero este sacrificio no era ya realizable sino en el campo de batalla: la guerra estaba declarada, y no quedaba á los Natches otro partido que pelear. El Sol tomó el comando de la tribu del Aguila con la cual fué resuelto que se atacase á los Ilineses sin esperar su llegada. Onduré logró el mando en segundo. Adario se quedó en los Natches con las tribus de la Tortuga y de la Serpiente para defender la patria: á Otugamiz le eligieron por capitan de los guerreros bi-

soños que deberian guardar las cabañas. René, adoptado en la tribu del Aguila, fué nombrado uno de los doce que compondrian la guardia escogida del Gran Gefe.

El dia de la partida, Otugamiz habló asi al hermano de Amelia: «Nosotros vamos
« á apartarnos: los Sachems me obligan á
« permanecer aqui; la patria es antes que
« la amistad. Tu irás solo al combate sin tu
« compañero de armas; esta es para mí
« una desgracia bien grande. Si tu mueres,
« ¿qué haré yo para encontrarte?

« Acuérdate de nuestros Manitús en la
« batalla; he aquí la cadena de oro de nues-
« tra amistad que me contará cuanto hagas;
« el mio te hablará tambien muchas veces
« al oido.

« Yo no te ocultaré que te vas, y que mi
« corazon echa menos alguna cosa. Deseaba
« yo, mi querido René, que hubieras sido
« mi hermano antes de dejarme. Mi her-
« mana te ama; todo el mundo lo dice; no
« hay nadie sine tú que parezca ignorarlo:
« tu no le has hablado nunca de amor. ¿No
« la encuentras tú muy hermosa? Si tu muer-

« res, René, nadie vendrá á llorar con ella
« sobre la estera de su dolor, porque no es
« tu esposa. Y sin embargo Celuta gemiría
« y daría gritos como una viuda desolada.

« Yo soy Otugamiz tu amigo, á quien
« llaman el simple, porque dicen que no sé
« hablar en presencia de los Sachems; pero
« cuando yo estoi contigo, mi corazón me
« envia las palabras, y mi Genio se en-
« tiende con el tuyo.

« A Dios René, yo me tendré siempre por
« dichoso de amarte y de haberte querido
« mucho, sea que yo llegue á ser feliz,
« ó que llegue á ser desgraciado por tu
« causa.»

Asi habló el Salvage: René se abrazó con él y le dijo: « Yo soy tu amigo, Otugamiz: « tuya es esta vida que tu has querido res- « catar, y que para mi no tiene mas pre- « cio que ser un don de tu amistad. ¿No « será esto bastante? ¿Para qué querrias tú « enlazar la fortuna de una hermana ado- « rada con la de un hombre sobre quien « pesa todo el rigor de los destinos? ¿Para « qué querrias tú que yo dejase sobre la tierra

« herederos de mis desgracias? Cuando el
« cielo se declara enemigo, persigue con
« mas furor los hijos y los nietos. ¡Mira ya
« un pueblo entero llorando el fruto de mi
« adopcion! » René no dijo mas: el dolor y
los llantos de las madres despidiendo á sus
hijos resonaban en todo el campo. Otuga-
miz y René mezclaron un instante sus lá-
grimas, y los dos amigos componiendo luego
sus rostros y serenando sus ojos, partieron
cada cual á seguir los decretos de su suerte.

A poco tiempo de esto, la tribu se puso
en marcha con el viejo Sol á su frente: to-
das las familias salieron al camino. Geluta
no podia contener por mas que se esforzaba
los sentimientos de su dolor, y tenia los
ojos siempre clavados en René. Al pasar le
dijo en voz baja: « No te olvides de los dos
« huérfanos que desean volver á verte » y
se escondió en los brazos de la madre de
Mila. Esta pequeñuela lloraba, y saliendo
junto á las filas dijo á René con un candor
infantino: « No vayas á morir. » Cháctas ge-
mia de no poder seguirle, y atormentado
de un doloroso presentimiento, le encomendó

tres veces que velase por la vida del Sol. El capitán Artaguete que se hallaba allí todavía, le recordó el honor y la gloria de la Francia. Los guerreros iban formados en tres columnas: cuando pasó la tercera, salió Onduré de una tienda donde estaba la muger Gefe, y cerró la marcha. La postrera mirada de estos dos torpes amantes ofreció alguna cosa de siniestro y abominable.

Mientras tanto habia comenzado una gran turbacion entre los habitantes del fuerte. Los colonos descubrieron los rastros de una trama sediciosa entre los esclavos, que se decia tener ramificacion en la aldea de los Salvages. Y era así, que Onduré mantenía inteligencias secretas con los Negros, y hacia resonar en sus oídos el halagüeño nombre de libertad. Los esclavos ignoraban quien los movia: Onduré se valia para esto de algunos Indios errantes bien pagados: su designio era perder á René. Un Negro jóven y atrevido era el gefe de aquella asociacion misteriosa, y cultivaba á la sazón unas tierras vecinas de la cabaña de Celuta y Otugamiz.

No fué menester mas para que Febriano diese suelta á su ingenio fatal y moviese una tempestad horrorosa. El comandante Chepar le ordenó formar el proceso á los conjurados y presentarle su dictámen. El perverso intendente hizo decir cuanto quiso á los culpados, y los Natches aparecieron como maquinadores y auxiliares contra los Blancos de un proyecto espantoso de exterminio. Todas estas cosas se creen, cuanto son mas disparatadas y absurdas, si el terror se apodera de la masa de un pueblo. Los colonos enviaron sus prohombres al consejo y pidieron la guerra con ahinco. No estaba alli Artaguetes, y el piadoso padre Souel habia partido ya para los Yazues. ¿Quien podrá defender la causa de los Indios?

Para asegurar mas su golpe, Febriano es quien se presenta por defensor de los Natches. Cuando le llegó su turno de hablar, se expresó de esta suerte: « ¡Ojala
« hubiera yo sido mas elocuente, ó mejor
« oido en los últimos consejos en que se
« trató de las tierras de los Indios. Yo veia
« bien desde lejos prepararse estos males,

« que ahora comienzan, y podrán arruinar
« la colonia si no se quita de en medio la
« ocasion de estos disturbios. Yo propuse
« entonces la guerra, yo no me opondré á
« ella tampoco en la ocasion presente; pero
« como buen Frances y cristiano, que me
« precio de serlo sobre todas las demas co-
« sas, me mostraré generoso. La conjura-
« cion está ahogada: lo que nos falta ahora
« es tan solamente impedir que estas ten-
« tativas infames se renueven. Yo lo he
« dicho otras veces: la colonia estará se-
« gura cuando posea por entero la izquierda
« del castillo, donde se confunden los cam-
« pos del fuerte y el territorio de los In-
« dios, sin ninguna barrera que impida el
« mezclarse á qualquier hora los dos pue-
« blos. Los Natches mismos son interesados
« en que se pongan estos límites, porque
« á decir verdad, los colonos se exceden
« tambien muchas veces, y se derraman en
« la aldea, y comprometen el reposo de las
« familias. Yo votaré la guerra si no hubiere
« otro medio de llegar á este resultado pre-
« ciso de que pende absolutamente la cou-

« servacion y la paz de los dos pueblos ;
« pero aseguremos primero nuestra justicia,
« y ahorremos, si está es posible , nuestra
« sangre y la agena. Propóngase de una vez
« á los Sachems este concierto saludable , y
« que acaben de resolverse á cedernos las
« tierras donde estan los confines natura-
« les de la colonia. Ellos pueden rehacerse,
« y ocupar , si se encontraren estrechos ,
« otros territorios desiertos no menos fér-
« tiles que les lindan á las espaldas. Y digo
« mas ; si les salieren enemigos que preten-
« dieran oponerse á este ensanche , noso-
« tros somos justos , y debemos brindarles
« con el auxilio de nuestras armas. La oca-
« sion de lograr esta demanda es tan oportu-
« na , quanto que ahora se encuentran
« empeñados en una guerra de religion con
« la nacion ilinesa. Nada nos seria mas fá-
« cil en tales circunstancias que apoderar-
« nos de sus tierras por entero , y castigar
« de una vez sus perfidias ; pero á fuerza de
« hallarnos moderados , ellos moderarán
« tambien sus resistencias inútiles. Si des-
« pues de esto nos engañáremos , y prefirie-

« ren la guerra, no seremos nosotros quienes
« tengan que responder ante Dios y los hom-
« bres del exterminio de una nacion inde-
« fensa. »

De esta suerte logró Febriano desvane-
cer los escrúpulos de Chepar, y dorar á sus
ojos la iniquidad de una agresion hasta cier-
to punto alevosa, que mancharia el honor
de la Francia. Aquel gefe poco advertido,
incapaz de discernir las costumbres y las
pasiones de los pueblos salvages, no alcanzó
á ver por el pronto, que situados como es-
taban los sepulcros y el templo de los Nát-
ches en los campos que acodiciaba Febriano,
los inocentes Indios sabrian morir y dejarse
abrasar con sus familias, primero que ce-
der aquella tierra consagrada por la pre-
sencia de sus Dioses y dejar que el arado
escarbase los huesos de sus padres. Léjos de
imaginarlo, la opinion del malvado inten-
dente le pareció tan mesurada y concilia-
tiva, que sin consultar el parecer de los
otros gefes, y temiendo que le empeñasen
en una guerra absoluta que acarrease la
destruccion de los Nátches, cerró el con-

sejo, y dirigiéndose á Febriano le dijo:
« No en valde os habia yo encargado este
« negocio difícil. Las instrucciones que re-
« cibo todos los dias de la Nueva Orleans
« me dejan libre para transigir con los In-
« dios; ó hacer la guerra, segun lo estime
« necesario. Yo pienso que ya es tiempo de
« acabar esta incertidumbre que podria ha-
« cer pasar por flaqueza mis miramientos.
« Ellos han pecado: id á declarar á los Sal-
« vages mi final decision: ó que cedan to-
« dos los campos de la izquierda; ó que
« se aperciban á defenderlos, porque no-
« sotros iremos dentro de tres dias á tomar-
« los.»

Febriano miró á los colonos con una sonrisa triunfante al dejar á Chepar, y partió apresurado á llevar el mensaje á los Náches. Artaguetes volvió cuando no era ya tiempo de remediar tanto daño.

El consejo de los Sachems se junta, y el nuncio ignoble de la Francia da cuenta de su mision. « ¡Así, le respondió Cháctas,
« aprovechais este claro que os ofrece nues-
« tra afliccion de un momento, para alte-

« rar la fé sagrada que de una parte y otra
« estaba ya consentida; y por no confesar
« vuestro oprobio, calumniáis un pueblo
« inocente! Si en medio de nosotros hay
« alguno que te parezca (porque nosotros
« te conocemos ya de algun tiempo, Fe-
« briano) denúnciale, y el consejo de la
« nacion hará justicia. Id y preguntad á
« Artaguetes cuales son las disposiciones de
« los Natches en favor de los Franceses.
« ¿Qué les diremos ahora de vosotros á tan-
« tas almas leales?... ¿Que la voluntad del
« Grande Espiritu sea hecha! Nosotros de-
« seábamos vivir en paz: nosotros sabremos
« tambien inmolarlos por la patria.»

¡Ultima tentativa de prudencia y moderacion! Cháctas, él mismo, quiere ir á presentar todavia al castillo la pipa de la amistad. Los Sachems contaban con su reputacion y con la autoridad de sus años. ¡Vana esperanza! El populacho, embriagado con la esperanza de una nueva reparticion de tierras, ocupaba las avenidas del arsenal, pedia armas y se hacia alistar en un cuerpo de milicia; Febriano no dejaba un instante el

lado del comandante; los magnates de la colonia entraban y salian sin cesar á ofrecer sus tesoros y á brindar con sus carros, sus caballos y sus almacenes de víveres: los soldados estaban gozosos, los oficiales hacian revista de armas, una alegría marcial reinaba por todas partes: en un campo se ama la guerra, y el soldado es mas sensible á la gloria que á la justicia. Cháctas no encontró en su camino sino desprecios y ultrajes. No solamente rehusó la paz el comandante, sino tambien por colmo de la injusticia y la violencia, sugerido por Febricano, retuvo á Cháctas prisionero en el castillo. « Vosotros no quereis acabar de
« comprender, le dijo, que eso que voso-
« tros llamais imperio ó monarquía de los
« Nácthes, no es mas que un féudo de la
« corona de la Francia, y que los derechos
« del feudalismo se pierden por la traicion
« y la deslealtad á su señor natural. Yo no
« veo ya en vosotros sino un jabardo de
« rebeldes: la colonia se ha hallado á punto
« de perecer por vuestras artes secretas;
« habeis hecho causa comun con los Negros:

« yo tenia el derecho de destruiros como
« vasallos infieles del primer monarca de la
« tierra, y sin embargo os habia ofrecido el
« perdon sin poner os mas condiciones que
« las precisas para salvar nuestra paz y la
« vuestra. Tu te pones á la cabeza de una
« causa perdida; yo te quiero suponer ino-
« cente, y por eso te retengo: de esta
« suerte quedarás preservado del estrago
« comun, y no irás á mancharte alentando
« la rebelion con tus consejos.» Chepar lo
hizo retirar al instante y ponerle bajo custodia
sin que pudiese comunicar con los Náteches.

Satanas habia estado ausente muchos dias
en los consejos de Yum-Tchim junto á las
puertas del Oriente para acabar con los cris-
tianos de la China: mientras tanto ganó la
anarquía las legiones innumerables que ha-
bia traído del infierno para sublevar el norte
de América. Los mas de estos Espiritus ha-
bian obrado sin concierto, y habian fomen-
tado las guerras y los odios, con el ansia
tan solo de hacer mal, sin tener cuenta con
los pueblos ni las personas. La comitiva de
la Fama, sobre todo, caprichosa de suyo é

incapaz de doblarse al órden, habia revuelto todas las cosas y agitado los ánimos tan sin tino, que léjos de servir los designios del Rey de las tinieblas, habia desbaratado en gran parte su empresa. La situacion de los Nácthes era enteramente desesperada: el egército cristiano se preparaba á caer de repente sobre la aldea y á hacer desaparecer á los hijos del Sol de la sobrefaz de la tierra. Satanas congrega de nuevo su proterva milicia, la somete á una rigorosa obediencia, señala á cada gefe su puesto, y les manda salvar á toda costa aquel pueblo que él ha elegido para servir de cuadro á la insurreccion general de los desiertos. Entre tanto, para dar tiempo de prepararse á los Indios desencadena un huracan, hace venir del Austro millares de torbellinos apiñados y caer torrentes de los cielos: el rayo surca los aires y reverbera de las cuatro plagas del mundo; los bosques se encienden y se apagan alternativamente con el fuego de los orages y con las cataratas que se desprenden de las furiosas mangas y de los ruidosos tifones que se rebientan en los

aíres; caen las selvas enteras, y las montañas bajan á las llanuras deshechas en cieno y légamo. Rico de estos despojos, el Meschacébe levanta sus ondas y remeda el furor del Océano, los caminos desaparecen, todos los campos estan cubiertos por delante del fuerte, los bagages y trenes del ejército se han quedado clavados en medio de las aguas; las tropas se retiran consternadas á sus cuarteles: la guerra se halla impedida por muchos días.

Los Náches se aprovechan de esta tregua dichosa que les ofrecen los elementos, despachan mensajeros á las naciones amigas, y les envian las conchas en que se bebe el caldo de la carne enemiga, las pipas rojas, y las banderas de la sangre con que se apellida la guerra de salvacion. El consejo de los Sachems se celebra á la luz de los relámpagos entre los estampidos del trueno y el bramido horroroso de los vientos: todo hombre capaz de jugar un arco, lanzar un dardo, ó sacudir una honda, se alista entre los defensores de la patria: se hacen sacrificios y lustraciones á toda prisa;

la serpiente del templo es llevada por los circuitos de la aldea en medio de la noche, alumbrada con dos mil teas, al sonido de los tambores y los pifanos de Areskui; se ofrece el perro sagrado, toman todos la sopa del horrible festin, y se cuelga en la plaza la caldera de la muerte. Los sacerdotes dispensan los ayunos y vedan todos los ritos dilatorios; los juglares reparten yerbas y talismanes, se bendicen las armas; y los agoreros del sol seguidos de las mugeres, de los viejos y de los niños, en lo alto de las cumbres, dan los gritos de la inocencia, y pronuncian la maldicion del enemigo. Los adivinos echan sus suertes, oyen los sueños, consultan los oráculos, y dan respuestas favorables.

El Gefe Adario salió solo á los Bosques de la muerte á ofrecer un sacrificio á los Manes del gran Sifanes su padre. Los Salvages refieren que en lo mas interior de la Florida Oriental, existe un sitio ignorado de los hombres, donde no va ningun camino, y que en medio de un bosque hay un lago con una isla donde brota una fuente

milagrosa. Según fama, las aguas de aquella fuente rejuvenecen los miembros desecados por los años, y tiñen con el fuego de las pasiones la cabellera blanca de los viejos: las ilusiones de la vida, y los sueños de la primera edad, habitan con los céfiros y las flores en aquel retiro encantado. Una randa de rosas, de jasmínes, de cardenales y de frondosos bejucos enlazados con las gayombas y los mirtos salvages, se extiende por encima de la cristalina corriente que despide un vapor de vida. Las palomas que beben de aquellas aguas tienen siempre huevos en sus nidos; las plantas hasta dó alcanza su frescura, están siempre cubiertas de pimpollos y vestidas de primavera. Jamas, dicen, falta allí la luz: de noche se recogen sobre la nacarada taza del manantial todos los brillos del cielo; y se tiene por cierto que es en aquella cuenca de aljófares donde la aurora tiende su lecho y descansa hasta que es la hora de abrir las rejas del Oriente y soltar la calandria, que despertando los otros pájaros, preludia el himno de la mañana.

Mientras rogaba Adario sobre la tumba de Sifanes, he aquí una sombra rojiza que se le acerca, y presentándole una copa luciente: «Toma y bebe, le dice, y calienta tu sangre, y suscita tu juventud para el día del combate.» Adario no se turba, recibe el vaso con reverencia, y lo apura en el nombre de Areskui. Era sin duda el agua maravillosa de aquella fuente: al instante observa el Sachem que se mueve su corazón con un vigor desusado; su sangre se reanima y toma el ardor juvenil, las arrugas de la vejez y los nudos de los años desaparecen sobre su piel que brilla de un nuevo lustre, sus pasos se vuelven rápidos, sus brazos, ágiles y robustos; sus manos, firmes y aparejadas para el estrago como las garras de un leon hambriento. «¿Quién eres tú, exclamó, para que yo te reverencie y te alabe, ó deidad escondida que has entendido el ruego del pobre; por quien me siento renacer esta noche y recobrar el poder de la vida entre el polvo de los sepulcros?» Sus oídos escucharon estas solas palabras: «Yo soy el Genio de la

Patria : yo te asistiré en la refriega. » Adario se postró en tierra, adoró aquel prodigio, y volvió á las inmediaciones del templo á llenar de esperanza y consuelo á los Náches.

El temporal siguió muchos dias : mientras tanto se pusieron empalizadas, se levantaron vallados, se abrieron fosos, y se impidieron las avenidas del enemigo con los despojos de las selvas. Bien pronto comenzaron á llegar las partidas de las tribus vecinas. Adario ordenó tres cuerpos de milicia : el primero contiene toda la juventud de los Náches ; el segundo se forma de los guerreros aliados ; el tercero es un batallón compuesto de los Sachems. Otugamiz tiene el mando del primero ; el valiente Korlánes de la Móbila es el capitán de los extranjeros ; Adario será el primer jefe del ejército, y estará á la cabeza de los ancianos. El primer dia que apareció la aurora sin nubes, se hizo la reseña y se hallaron seis mil hombres de guerra.

La mitad y algo mas de la luna del escorpion se pasó en los preparativos de la

defensa, en los egerecicios de armas y en las plegarias religiosas. El egército del castillo, con noticia de los refuerzos que acudian á los Natches, se dió prisa á salir á pesar de la inundacion de las llanuras, y á fuerza de rodeos y de grandes trabajos, alcanzó á tomar puesto por detras de la aldea en los collados á la parte de Oriente. Al momento que los vigias anunciaron la venida del enemigo, las mugeres se ausentan llevando á las espaldas sus niños, y dejando los Manitús colgados á la puerta de sus hogares. El grito de la guerra, la cancion de la muerte, y el terrible sonido de la danza de Areskni resuenan por todas partes. El batallon de los cazadores, y la tropa de los Amigos, en donde se ha reunido tras de los veteranos la juventud bisoña llena de corage y de esfuerzo, son los primeros que se mueven y desplegan al aire las serpientes pintadas en las blancas banderas de corteza. Otugamiz va delante; disimulando su tristeza porque no lleva á su lado á su compañero el guerrero blanco.

Celuta llega á buscar á su hermano, le

estrecha entre sus brazos, y le ruega que mire por su vida. «Piensa bien, no te olvides, le dice, ¡o mi águila protectora! que yo he nacido contigo en el nido de nuestra madre. El cisne que elegiste tú por amigo, ha volado á las riberas lejanas; Cháctas gime en los hierros; Adario va quizás á morir; Artaguetes está en las filas del enemigo. ¿Qué me queda en el mundo, dulce hermano de esta huérfana desvalida, si te arranca la muerte de mi lado?»

«Hija de Tabamica, respondió Otugamiz, si yo muero, no te olvides del festin fúnebre: si estuviera aquí el hombre blanco, á él le tocaria este cuidado. Pero ve aquí su Manitú de oro sobre mi corazon; él me preservará de todo peligro, porque esta mañana me ha hablado muy temprano y me ha dicho cosas secretas. Tranquilízate, hermana mia: invoquemos la amistad, y llamemos á los Genios que dan castigo á los opresores. No creas tú que los Franceses sean los mas fuertes: combatiendo, como nos ves, por los huesos de nues-

« tros padres , estos combatirán tambien por
« nosotros. No los ves , no los ves ya salir
« de los Boscages? ¡ « Valor! vienen di-
« ciendo , ¡ Valor! Con vosotros pelean to-
« das las potestades de la noche , todos los
« Genios de las tumbas. » ¿ Crees tú , Celuta ,
« que nuestros enemigos resistan á esa pá-
« lida milicia? ¿ No escuchas tú la Muerte ,
« no la ves que camina puesta á la frente
« de ese escuadron de esqueletos armados ,
« y que lleva en la mano una maza de
« hierro? ¡ O Muerte! Tu no embistes sino
« á aquel que te teme : nosotros te abraza-
« mos á cualquier hora que te place lle-
« gar á nuestras puertas , y te miramos como
« un Genio pacífico. Tu libertarás los se-
« pulcros ; nosotros vamos á defender tus
« asilos. »

Las matronas tiraron de Celuta llorando para los bosques. Otugamiz fué á apostarse con sus guerreros en el collado de las Encinas por encima de la gran puerta de los Entierros ; los Indios auxiliares se formaron en escalones á la derecha por delante de las cabañas ; los Sachems se colocan en la

selva sagrada y defienden las avenidas del templo. Una admiracion profunda sobreco-
gia el corazon á la vista de aquellos viejos
armados: como las ondas argentadas de un
rio que pasa debajo de los árboles, asi pa-
recian sus cabezas calvas ó emblanquecidas
moverse en la opaca espesura de aquel re-
cinto temeroso. Adario sobresale por medio
de ellos toda la altura de su frente: su voz
suena por intervalos entre las filas silencio-
sas de aquellos Dioses de la patria.

Pronto llegó á los Náches desde los ve-
cinos alcóres el eco de los clarines y de las
cajas de la tropa enemiga. Los batidores se
adelantan por los costados de las cumbres,
y á poco rato asoman, y coronan los mon-
tes, las relumbrantes bayonetas y las albas
banderas de las lises. Como el fuego an-
nual de los estios, cuando queman los Sal-
vages el henó de los campos, y hace correr
el viento en las costaneras y en la llanura
las olas magestuosas de la bullente llama
devastadora, así baja y se desarrolla el bri-
llante ejército, desplegando en batalla sus
columnas y haciendo alto frente á frente de

los Sachems. Para no dejar esperanza de mas salud, ha persuadido Febriano que se acometa el templo, que se arrasen los monumentos religiosos, que se destrozén los sepulcros y se asombre á los Indios con los estragos que designau sus profecías como término de su imperio. Los Sachems se adelantan á la estacada que guarnece á la selva: Otugamiz y Korlánes descienden de sus puestos y cubren los dos flancos de aquella tropa venerable. Las dos masas guerreras estan suspensas, ninguno da la señal de la embestida: de la una y la otra parte han ganado un momento los ánimos el terror de Areskui. Mientras tanto consulta Adario los ancianos, sale de la estacada, y se presenta solo delante de los guerreros de la Francia. En una mano lleva el calumé de la paz; en la otra tiene un hacha teñida en sangre. Su marcha es grave; la composura de su rostro, noble y austera; su mirada, tranquila y magestuosa. Una guardia avanzada sale á su encuentro y le guia hasta Chepar.

De pié derecho, en medio de un gran cerco.

de capitanes, sin inclinarse, sin abajar su cabeza, sin ningunos saludos ni preámbulos habló así al general de los Franceses:

«Mi nombre es Adario: de padre en
«hijo todos mis ascendientes han muerto
«defendiendo la patria. Desde muy niño
«comencé yo á desear, y despues en la
«larga carrera de mis años he salido á
«buscar muchas veces esa hermosa corona
«hereditaria de mi familia, que los cielos
«me han guardado tal vez para este dia,
«y me está haciendo gran falta. Los sol-
«dados franceses me conocen de antiguo:
«mira esta mano mutilada; ella te dirá
«mas que mis palabras.

«Escucha Onontio: yo te digo estas co-
«sas porque no pienses que es el miedo
«quien conduce mis pasos á tu campo. Si
«se tratase de mí solo, yo no traeria con-
«migo otra cosa que esta hacha, y me vo-
«taria á los Dioses del abismo. Pero se
«trata de mi pueblo: no que venga yo á
«disculparlo de su inocencia, ni á pedirte
«perdon de su antigua amistad con voso-
«tros; sino para ponerlo en mejor lugar

« que el tuyo cerca del Grande Espíritu,
« que es quien pesa la justicia de las na-
« ciones en las formidables balanzas de
« Areskui. Ve tu aqui por lo que conviene
« que yo te haga estas preguntas:

« ¿Quien eres tú? ¿Cuales son tus de-
« signios? ¿Qué te hemos hecho nosotros?
« ¿Pretendes tú asesinarlos, porque nos
« crees indefensos, en esas mismas cabañas
« en donde dimos la hospitalidad á tus pa-
« dres? ¿Qué te han hecho esos muer-
« tos heróicos que partieron con ellos estas
« tierras inagenables que ningun estrangero
« se atrevió jamas á acodiciar sin castigo?
« ¿Y aun por eso querriais echarlos de la
« estrecha morada donde al presente duer-
« men el sueño de su eterno reposo? ¿Pre-
« tendéis despertarlos vertiendo encima de
« ellos la sangre de sus hijos?...

« Escucha Onontio. Mi voz es la de los
« Sachems, guardianes de las promesas y
« de la fe de los Náches. Abre todavía el
« oido para entender lo que se dignan ha-
« blarte.

« Los Sachems dicen, que cuando enter-

« raron el hacha en el campo en presencia
 « del otro Onontio tu antecesor, plantaron
 « en el mismo lugar con vosotros los árbo-
 « les de la paz que nos estan sirviendo de
 « limites : la mitad de los árboles cada
 « parte : un Indio un árbol , y un Frances
 « otro ; y que en cada árbol se dijo una im-
 « precacion contra quien quiera que fuese
 « el que pretendiera arrancarlos : que vues-
 « tros Dioses y los nuestros fueron testi-
 « gos de este pacto : que los Natches no lo
 « han violado ni dejarán violarlo , y que
 « se encomiendan á la justicia del Grande
 « Espiritu.

« Ve aqui todo lo que yo traia que de-
 « cirte. Tu has violado ya la fe pública
 « deteniendo á Cháctas. Sin embargo yo
 « no he temido venir delante de tí , porque
 « una de dos cosas ; ó tu alma volverá á
 « abrirse á los sentimientos de la equidad ;
 « ó cometerás una nueva injusticia ; en el
 « primer caso , nosotros tendremos la paz ;
 « en el segundo tu habrás colmado la me-
 « dida de la impiedad.

« Elige : he aqui el calumé de la paz, fu-

« ma. ¿No te cuadra ser justo? He aqui el
« hacha de la sangre; da la señal de la ba-
« talla.»

Tal como un hierro presentado á la fragua se penetra de un rojo ardiente, así el rostro de Chepar pareció inflamado de cólera con las palabras del Salvage: « Rebelde,
« dijo gritando aquel viejo indomable, este
« pais pertenece al Rey mi señor: yo no
« tengo que aceptar hachas ni pipas de vo-
« sotros, sino quebrarlas y reduciros á la
« obediencia, ó exterminaros de la faz de la
« tierra. Date prisa á salir de estos reales
« y á anunciar su castigo á esos miserables
« que has enganchado para la muerte. Vé
« traidor, no te tardes en ir y llevarles
« mi respnesta.

« Si, yo iré, exclamó Adario rompiendo
« el calumé de la paz, yo contaré á los
« Náthes tu iniquidad; pero antes, en nom-
« bre de ellos, te declaro una guerra eterna;
« yo te voto á tí y á los tuyos á la impla-
« cable Atahansia. Ven á hacer un pan digno
« de tus soldados con la sangre de nuestros
« viejos, la leche de nuestras jóvenes espo-

« sas y las cenizas de nuestros padres ! Tu
« no lo harás de valde ; ven y prueba lo
« que es el odio de la inocencia oprimida y
« de la amistad ultrajada ! Venid mons-
« truos ; á cada uno , y á todos juntos os
« desafía mi justicia. Mis miembros, cuando
« esten rotos , y se hallaren ya ahitas de
« vuestra sangre mis entrañas , se moverán
« todavía para haceros la guerra como los
« trozos de la serpiente cortada : mis pies
« marcharán solos contra vosotros ; mi mano
« separada de la muñeca , lanzará sin errar
« el hacha contra vuestras cabezas ; mi pe-
« cho , cuando esté ya apagado , hallará
« su voz sin embargo para dar el grito de
« la guerra á los vivos , y mi espíritu , en
« viéndose desatado de los lazos del cuer-
« po , volará por encima de las montañas
« y los lagos , y moverá en su cólera con-
« tra los Franceses los numerosos enjam-
« bres del desierto. ¡ Genios que me escu-
« chais , recibid esta súplica ! ¡ Que los huesos
« de los opresores sean reducidos en polvo ,
« como los tiestos de esta pipa que desha-
« cen mis pies para siempre ! ¡ Que jamas

« el árbol de la paz vuelva á extender sus
« ramas sobre los Nátches y los Franceses
« mientras quede un guerrero solo de cada
« parte! ; Que maldito sea el que se apiade
« de ningun prisionero , y maldito el que
« en esta guerra no bebiere la sangre y no
« muerda las entrañas de su enemigo!»

Dijo , y la horrible súplica fué aceptada del infierno. Las potestades de la guerra, que escuchaban envueltas en una nube, dan un grito de gozo , bajan precipitadas , y sacuden sus crines emponzoñadas en los dos campos. El dia se cubre , suena un trueno espantoso , los Manes aullan en las selvas, y las mugeres indias, escondidas en sus retiros , oyen gemir los hijos dentro del vientre de las madres. Adario arroja el hacha en medio de los guerreros ; la tierra se abre y la devora ; los que estaban mas cerca la sintieron sonar dando saltos entre las rocas del abismo.

El terrible Sachem aparece otra vez entre los suyos , y corriendo las filas y vertiendo espumas de corage les dice : « ; Nátches á las armas ! ; Harto tiempo estuvimos

« ociosos y tranquilos sobre la estera! Ju-
 « ventud valerosa, refrescad vuestros cabe-
 « llos, pintaos el rostro, llenad bien cada
 « uno vuestro carcax, haced temblar las sel-
 « vas con vuestros cantos: desenfademos
 « nuestros muertos, alimentemos sus Manes
 « con una carne deseada.

« Infame vive el que huye: las mugeres
 « le presentan el paño con que se cubre el
 « pudor, y los hombres lo envian á torcer
 « el huso con las viejas. Pero el que muere
 « por su patria, ¡ oh! ¡ como le honran! Sus
 « huesos son recogidos en pieles de castores,
 « se les perfuma con gomas olorosas, se les
 « envuelve entre martas y armiños, y se
 « les deposita en las arcas del templo. Su
 « memoria se mezcla en las solemnidades
 « religiosas, en las fiestas de los guerreros,
 « en los banquetes del cazador y en los re-
 « gocijos de las bodas. Las vírgenes dicen
 « al esposo de su eleccion sobre la montaña:
 « Asegúrame que tu serás semejante á ese
 « héroe.

« ¿Y qué tenemos nosotros que temer? ¡O
 « Natches! ¿Por ventura han temblado jamas

« nuestros corazones delante de los Blancos?
« ¿no estan llenos nuestros collares de cuen-
« tas rojas que señalan los triunfos de dos
« siglos? ¿Los Dioses han abandonado ja-
« mas nuestra causa? ¡Oh! si el destino
« nos quisiera entregar en esta nueva lu-
« cha á que sus decretos nos llaman, hu-
« bieran comenzado por quitarme para este
« dia de entre de vosotros. No es señal
« de la cólera de los cielos que viva to-
« davía el viejo Adario. Fíad en mí, y des-
« cargad las hachas, seguros de vuestro
« golpe, por donde quiera que veais bri-
« llar mi cabeza calva á la cual no ha rehu-
« sado jamas sus laureles la victoria. Nues-
« tros son, yo los siento debajo de mi mano
« á esos extranjeros ladrones que han vi-
« vido siempre de gracia entre nosotros,
« tristes hijos de las espumas de las mares
« que en muriendo no tienen quien los
« reemplace, ni quien los llore, ni quien
« pueda vengarlos. Nuestros son; asem-
« bremos á esos cobardes, comencemos noso-
« tros el ataque. Areskui está en lo alto; yo
« le veo, yo le veo que sacude su cabellera

« empolvada y nos da la señal desde esa nube
« negrísima frangeada de oro que se des-
« plega y vuela contra el campo malvado.
« ¡Sénos favorable, O gran Dios capitán
« de los desiertos! Tu formidable macana
« va armada con dientes de cocodrilo; el
« cortante escalpeló reluce en tu cintura,
« la cantimplora de la sangre se menca en
« tus espaldas, el olor de carnicería que
« se exhala de tus vestidos viene ya á con-
« fortarnos. ¡A ellos, Náches! las brisas
« de la mañana se refuerzan y arrojan el
« polvo de nuestros pasos contra los ojos
« del enemigo: nuestros padres están mi-
« rando desde las cimas de los árboles.»

Así habla Adario, ó mas bien canta este nuevo Tirtéo de las selvas; la alarida de los Salvages le corresponde tres veces con el *hé* furibundo sacado de lo mas hondo de las fauces: cada cual se asegura en su puesto y aguarda la señal de la marcha.

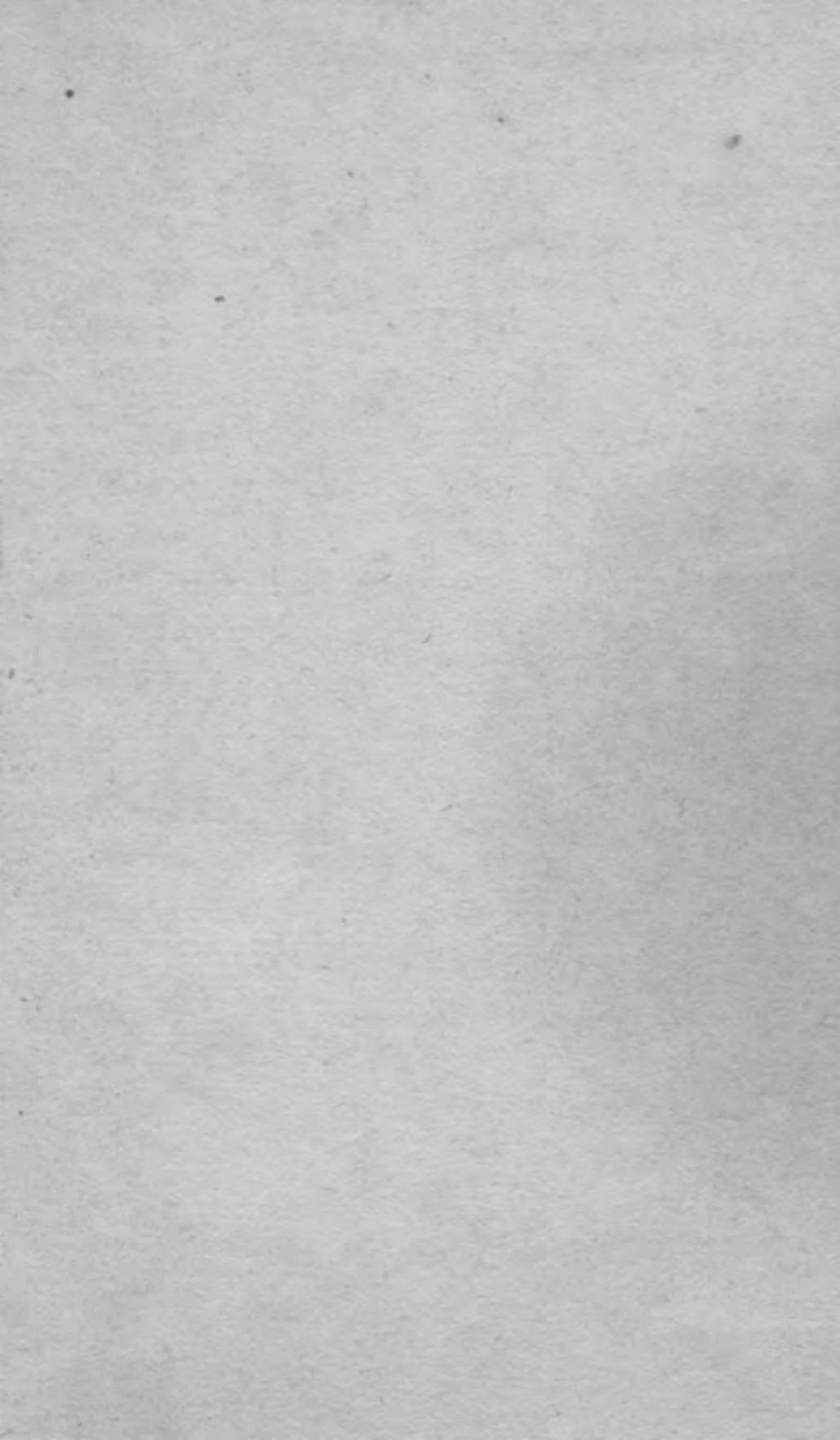
Al instante el Gran Sacerdote coge una tea encendida y se coloca algunos pasos delante de las tropas inmóviles. El pavo-

roso ministro lleva los pies descalzos , el brazo derecho desnudo , y su rostro pintado con ondas rojas , salpicadas de puntos negros y amarillos : su túnica está manchada con sangre y ceñida con dos culebras , que él solo tiene el arte de encantar y hacer dóciles á su voz. Seis Levitas le asisten y tienen en sus manos las banderas del templo : otros dos sacerdotes le presentan el pebetero sagrado surtido de las brasas del fuego eterno de los Natches ; otro lo destapa , y otro le alarga un hacecillo de yerbas consagradas. El Pontífice lo echa al fuego , y al instante se alza una llama clara y ondeante. Sus ojos se animan , su frente se desarruga , una feroz sonrisa se derrama por sus mejillas , se ven moverse aprisa sus labios , y se sienten salir sonidos de su pecho : un momento despues , las serpientes se desatan silvando de su cintura , suben por sus vestidos y se trenzan al simulacro del pájaro de la noche que corona su cbellera. « Los Dioses se declaran por los oprimidos , marchemos » clamó atronando las selvas aquel rey de los sacrificios ; y

cebando la tea y revolviéndola en el fuego sagrado, maldice al enemigo y la lanza contra su campo. Los juglares sin detenerse comienzan el himno de la guerra, resuena el triple coro de las columnas, y se rompe la marcha del ataque.

Los Franceses formados en batalla se maravillan de ver aquellos hombres medio desnudos, que se avanzan cantando contra las bayonetas y los bronces amenazantes. ¡Religion! ¡Libertad! ¿De qué género de virtud y de qué proezas no son capaces por vosotras los hombres?

FIN DEL TOMO SEGUNDO.









AH 1509

